UNIVERSITY OF NEBRASKA AT KEARNEY
DP245 .M54
1898 / Fernando Diaz
Stack
02819997
3 5085 00113 8239

1898

UNITED NATION GIVES THANKS TO THE GOD OF BATTLES

On Bended Knees North, South, East and West Unite in Prayers of Praise and Thankfulness for the Victories Won by Our Army and Navy Over Spain, Which Will Bring Freedom to an Oppressed People.

fernando díaz plaja

LIBROS DE BOLSILLO

El autor de la presente obra, Fernando Díaz-Plaja, es una personalidad bien conocida en el mundo de las letras. Licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad de Valencia y Doctorado por la de Madrid, Lector de español en universidades europeas como las de Heidelberg o Milán y Profesor en numerosas universidades norteamericanas, autor de unos cuarenta libros que abarcan temas muy variados: "Otra historia de España" o "Francófilos y germanófilos" (historia), "A Roma por todos los caminos" (novela), "Guzmán el malo" (biografía), "Manual del imperfecto viajero" (viajes), "La sociedad española desde sus orígenes hasta nuestros días" (costumbres), "La historia de España en sus documentos" (documental), varias antologías, etc... Obras como "Otra historia de España" y la serie sobre los Pecados Capitales, han figurado en la lista de "bestseller" españoles durante cuatro años y han sido traducidos al inglés y alemán.

En 1898, Fernando Díaz-Plaja nos da una estampa de un año que fue de hondas consecuencias para el espíritu español. Utilizando preferentemente documentos contemporáneos y dejando hablar a los protagonistas de aquellos doce meses inolvidables, el escritor nos acerca a sentimientos y reacciones muy curiosos desde nuestro punto de vista de 1976, tanto en lo que se refiere a la política como a la vida diaria de la época.

EN

T-3-BJV-025

P. V. P. 150 PTAS.

INDICE

LA POLITICA 7
LA VIDA ESPAÑOLA EN 1898 105
El teatro 107
Los toros 121
La literatura 131
ILUSTRACIONES 157

1898

© Copyright 1976, Fernando Díaz-Plaja
Editora Nacional, Madrid (España)
ISBN: 84-276-0339-8
Depósito legal: M. 17.970-1976 - Printed in Spain
Impreso en J. Benita. González Arias, 14. Madrid-26

LIBROS DE
BOLSILLO

FERNANDO DIAZ PLAJA

1898

CALVIN T. RYAN LIBRARY
KEARNEY STATE COLLEGE
KEARNEY, NEBRASKA

EDITORA NACIONAL
Generalísimo, 29 - Madrid

LA POLITICA

La Europa de 1898 tiene dos acontecimientos importantes. Uno es la obra de un anarquista, de un partidario de la violencia contra el mundo corrompido y burgués, hermano ideológico del que, apenas hace unos meses, ha acabado con la vida de Cánovas. En esta ocasión la víctima es una mujer. La emperatriz de Austria, de estancia en Suiza, es apuñalada en el momento de embarcar en un vaporcillo del lago para una excursión; reponiéndose, al parecer, del atentado subió a bordo pero perdió el conocimiento y murió poco después. El asesino, como tantos anarquistas del tiempo, es de nacionalidad italiana y se llama Luigi Luccheni. Fue el 11 de septiembre.

Pero el gran acontecimiento político es el proceso a Dreyfus, que termina a primeros de año. En Francia se divide la población entre los enemigos que, en principio, son los pertenecientes a partidos o simpatizantes de la derecha tradicional y los amigos que, también muy ampliamente, reúnen a los izquierdistas.

En España, un poco al margen de la vida europea, hay, sin embargo, en líneas paralelas a la francesa, partidarios y enemigos del militar acu-

sado. La ausencia de un elemento judío importante en la vida española quita fuerza antisemita a los que creen que Dreyfus es culpable, pero la condena de su defensor, Zola, provoca una reacción indignada de «Clarín», a la que sigue un artículo duro de Enrique Gómez Carrillo, gran conocedor de la vida francesa donde reside y residirá durante años, escribiendo crónicas para los periódicos españoles. Su protesta aparece en una revista que, a pesar de su título, ofrece páginas de gran seriedad y, quizá, la mejor colaboración literaria del momento. Gómez Carrillo titula su artículo con una sola palabra:

«PROTESTA.

Nuestro querido maestro "Clarín" aconsejaba hace pocos días a los jóvenes españoles que no manifestasen públicamente su entusiasmo por Emilio Zola, sin cerciorarse antes de que la manifestación sería verdaderamente grande y verdaderamente unánime.

Porque, decía el prudente autor de la *Regenta*, "fuera de muy mal ver que sólo se presentase una minoría. Las minorías, en estos casos, pese al orgullo, siempre son algo débiles".

Hace un mes, en efecto, cuando Emilio Zola era el acusador del ejército y también el acusador de la justicia humana, una contramanifestación o, por lo menos, una atmósfera de indiferencia pública que ahogara el entusiasmo generoso de los jóvenes manifestantes, habría sido de temer.

Ahora no.

Ahora que Zola ha sido condenado al "máximo de la pena" por doce representantes de la burguesía patriotera de Francia, toda la juventud de España se ha puesto tácitamente de acuerdo para manifestar su admiración por el gran luchador del pensamiento moderno y su odio contra el

chauvinismo cruel e instintivo de las sociedades modernas.

Emilio Zola tiene un alma de apóstol. En sus primeros años de labor, fue el apóstol de la libertad en el arte. Gracias a él la literatura pudo ser la representación palpitante de la vida moderna. En España todos o casi todos le debemos algo.

Ahora, después de haber vivificado el arte moderno, se entrega a la "vida política" se convierte en el apóstol de la tolerancia.

Porque en realidad la campaña en que Zola ha sido vencido, no fue, en principio una campaña en favor de la tolerancia y del humanitarismo, un acto público de la gran religión del Sufrimiento Universal, una cruzada en pro de la teoría del Perdón, esa teoría aceptada hoy por todos y practicada por muy pocos.

Zola no dijo al principio: "Dreyfus es inocente y los consejos de guerra se han equivocado".

Dijo:

"Dreyfus puede ser inocente y la justicia de los hombres puede equivocarse. Yo no tengo interés ninguno en salvar a Dreyfus. Lo que anhelo es contribuir a que un ser viviente, *que puede ser víctima* de un error, logre probar su inocencia, en caso de que sea inocente. Lo que anhelo, además, es que el odio contra la raza de Israel no ciegue a la conciencia francesa."

El público respondió con insultos a esas palabras, y llegó a exasperar al paladín de la tolerancia, hasta convertirle en delator, y hacerle parecer odioso.

Zola, delator de Estehrazy, es, en efecto, odioso. Pero Zola, defensor de Dreyfus, es admirable.

Y aunque el pretexto para condenarle a un año de prisión haya sido sus acusaciones contra el comandante Estehrazy, todos sabemos que en él se ha condenado únicamente al defensor de Dreyfus.

En nombre de la juventud española, pues, *El Madrid Cómico* protesta contra la sentencia del jurado del Sena; protesta contra la burguesía francesa y protesta también —con verdadera tristeza— contra la juventud de París, cuya actitud ha sido repugnante por primera vez en la vida de la gran nación francesa, cuna, en otro tiempo, de la libertad y hoy sepulcro de la tolerancia.

Terminaremos citando dos líneas de "Clarín" dirigidas al maestro de Medán:

"Si la juventud francesa te escarnece, la juventud de otro pueblo hermano te aclama, te sigue, te venera."

Enrique GÓMEZ CARRILLO.»

Pero sería difícil que cualquier español del tiempo y aún mucho después recordase el año 1898 como el del asesinato de la emperatriz de Austria o por el momento culminante del proceso Dreyfus. Para los españoles de entonces, sus hijos y aun sus nietos, 1898 es el año de la catástrofe colonial, la desaparición total de España del Caribe y del Pacífico; el año de Cavite y de Santiago de Cuba.

La primera proclamación pidiendo, clara y lisamente, la separación de España se remontaba a 1868 y la lanzó Carlos M. Céspedes, en Yara; dio motivo a la primera guerra, terminada en 1878 por el convenio de Zanjón, que provocó, al principio, entusiasmo sin límites porque prometía a los cubanos ciertas autonomías. Contra esa esperanza y quienes la mantenían, se formó el partido españolista llamado «Unión Constitucional», dispuesto a conservar las cosas como habían estado siempre y sus maniobras en Madrid, donde la intransigencia es, casi siempre, la reacción corriente, provocó el estallido de nuevo. Esta vez,

el firmante del movimiento revolucionario era un poeta llamado José Martí. El partido se llamaba «Revolucionario Cubano», y nació en enero de 1892.

Un político hábil, Antonio Maura, intenta detener la marejada con la propuesta de la ley de autonomía para Cuba, en junio de 1893. Fracasó la iniciativa al cesar en su puesto ese ministro y volvió luego a surgir cuando era ya demasiado tarde. En febrero de 1895 hubo el «grito de Baire» y con él empezó la segunda guerra de independencia cubana.

La política española con respecto a Cuba y a Filipinas había pasado, de la mano blanda —Martínez Campos— a la dura —Weyler— y otra vez a la blanda —Blanco—, en un intento de resolver el problema de la insurrección indígena. La precisión en dividir a los generales españoles del tiempo en «blandos» y «duros», está clara en la carta de Martínez Campos a Cánovas: «Yo no puedo hacer ésto; Weyler, en cambio, sí.»

«No puedo yo, representante de una nación culta, ser el primero que dé el ejemplo de comodidad e intransigencia; debo esperar a que ellos empiecen. Podría reconcentrar las familias de los campos en las poblaciones, pero necesitaría mucha fuerza para defenderles; ya son pocos en el interior los que quieren ser voluntarios. Segundo, la miseria y el hambre serían horribles, y me vería precisado a dar ración, y en la última guerra llegué a 40.000 diarias; aislaría los poblados del campo, pero no impediría el espionaje; me lo harían las mujeres y los chicos. Tal vez llegue a ello, pero en caso supremo, y creo que no tengo condiciones para el caso. Sólo Weyler las tiene en España, porque además reúne las de inteligencia, valor y conocimiento de la guerra; reflexione usted, mi querido amigo, y si, hablando con él, el sistema lo prefiere usted, no vacile en

que me reemplace; estamos jugando la suerte de España; pero yo tengo creencias, y son superiores a todo y me impiden los fusilamientos y otros actos análogos. La insurrección, hoy día, es más grave, más potente que a principios del 76; los cabecillas saben más, y el sistema es distinto al de aquella época.»

En los albores de 1898 había ganado la batalla la fórmula de acomodamiento. La autonomía había sido declarada para Cuba y Puerto Rico con un gobierno que inició sus tareas el 1 de enero y que compartían las Cámaras insulares elegidas por el pueblo residente y un gobernador general, nombrado por la Corona. En este ambiente las graves acusaciones hechas por los Estados Unidos contra Weyler habían sido aceptadas y ampliadas por los elementos liberales de Moret. Contra ellas se defendió el ex capitán general en una sesión del Senado:

«...Y vamos ahora a esas medidas de rigor que yo tuve que emplear y que el señor Moret, en su discurso de Zaragoza, también censuraba duramente, y, por cierto, que ese discurso agradó mucho a los insurrectos, pero no a los españoles de Cuba. Y no quiero decir más sobre este punto, porque deseo hacer al señor Moret la justicia de que estaría mal informado.

Dijo S. S. que yo hacía la guerra con mucho rigor. Pues ¿cómo se hace la guerra? La guerra no se hace con dulces ni con caramelos, como decía antes. Eso está muy bien para los obispos que emplean pastorales, pero los que somos generales tenemos que desenvainar la espada, y ese es mi procedimiento.

El mismo partido liberal, en circunstancias en que era necesaria la energía, acudió a mí. Fui después a Cataluña, donde seguí el mismo siste-

ma con idéntico resultado, demostrando los hechos que no debía adoptarse otro distinto. La crueldad que se me atribuye es falsa, completamente falsa. ¿Ha habido alguno que me haya denunciado algún abuso, algún asesinato, algún incendio? Si he tenido conocimiento de alguno (y podría citar la persona; pero no lo hago por varias razones), en el acto lo he castigado en la forma que la ley dispone.

Que he fusilado a muchos prisioneros. Sí, es verdad; pero no han sido fusilados como prisioneros de guerra, sino como incendiarios, como asesinos. Sabe muy bien el señor general Martínez Campos que, en los últimos días de su mando, partidas numerosas, dirigidas por Máximo Gómez y Maceo, invadieron Las Villas, Matanzas, La Habana y Pinar del Río. Estoy bien seguro de que no lo pudo impedir. ¿Qué hacían todas esas partidas? Incendiar los poblados, incendiar los ingenios, incendiar las fincas de valor, asesinar, robar, violar.

En los mismos alrededores de La Habana, en la zona de cultivo de La Habana, por decirlo así, en los mismos días de mi llegada, se ahorcaba a ciudadanos pacíficos. ¿Era justo que a individuos aprehendidos de esas partidas se les guardaran iguales consideraciones que a un prisionero en circunstancias normales? Yo no lo creo justo, ni me parece que haya nadie que así pueda creerlo. ¿Qué se hace en tiempo de paz cuando se coge a un incendiario? ¿Qué es lo que se hace con un asesino? Tratarlos con todo el rigor de la ley. De ahí la necesidad en que me encontré de dictar esos bandos (que los tengo aquí y puedo enseñarlos a los señores senadores que quieran verlos), en que se imponía a dichos individuos la pena de muerte, con arreglo al Código.»

El general Weyler contesta luego a una acusación muy repetida en el mundo, especialmente

en el anglosajón, y de la que se habían hecho eco los liberales y republicanos españoles.

«Vengo ahora a lo de la reconcentración, porque el señor Moret, en ese mismo discurso decía presentándole como una de las causas para la concesión de la autonomía, que no se podía fundar la paz sobre pueblos destruidos, o una cosa así.

¿Quiénes eran los que habían incendiado? ¿Eran los soldados españoles? Yo lo niego; los soldados españoles han dado pruebas siempre de disciplina, de valor y de sufrimiento como nadie. Los insurrectos eran los incendiarios, y esta fue la causa de la reconcentración y de la miseria, que ya principió en tiempo del señor general Martínez Campos.

Al invadir los insurrectos esos pueblos que incendiaban, las familias que residían en ellos tenían que refugiarse en alguna otra parte. Las afectas a España se iban a otros poblados ocupados por nuestras tropas; aquellas que tenían alguno de sus individuos en la insurrección, se iban con los rebeldes, porque éstos las obligaban a ello.

Entonces empezó la miseria de esas mismas partidas, cuyos individuos no disponían de la ración que nuestros soldados, y tenían que vivir sobre el país, así es que el campo cultivado en que caían lo agostaban. Pero nuestras tropas continuaron las operaciones, y al írse extendiendo en cada provincia en la forma que yo lo hice en la de Pinar del Río, llevando 40 batallones que la ocuparon en su totalidad, esas familias iban huyendo, hasta que, ocupados todos los puntos, tuvieron, por hambre y por desnudez, que venir a refugiarse en nuestros poblados, pero ya completamente extenuadas, y allí el que primero practicaba la caridad era el soldado español, que compartía su galleta y su rancho con esas familias,

cuyos individuos se encontraban en tal estado que su estómago ya no podía digerir.

Esa es la gran mortalidad que ha habido, de la que hizo mérito el señor Moret, y que han consignado también los Estados Unidos en sus alocuciones como pretexto para clamar contra la barbarie de los españoles, dando motivo al presidente de aquella república para llamar "bruto" al representante de España y de nuestro rey en Cuba, representación que ostentaba el que en este momento tiene el honor de dirigir la palabra al Senado, sin que en aquellos momentos al gobierno de S. M. le parecieran mal, sino, por el contrario, muy bien, esos calificativos, obligándome por propia dignidad a pedir respetuosamente que se me hiciese justicia. (El señor duque de Tetuán: Pido la palabra.) Pero era tal la actitud que predominaba en el gobierno, y que yo califiqué de debilidad, ante los Estados Unidos, que no por animosidad contra mí, que eso no lo puede suponer, sino por el deseo de hacerse agradable a aquella nación, se trató de imponerme dos meses de castillo, y todavía estoy encausado. Es una atención más que tengo que agradecer al gobierno.

Pues bien, esa brutalidad y esa barbarie que me atribuye el presidente de los Estados Unidos, no las he tenido. Yo he procurado siempre ser patriota, ser buen soldado en cuanto de mí ha dependido y ser humano; pero recto y riguroso.

Hubo también mucha mortalidad, no se puede negar. Máximo Gómez y Maceo, según telegramas del señor general Martínez Campos, de 14 y de 20 de enero, tenían 40.000 hombres entre La Habana y Pinar del Río (El señor Martínez Campos: "No decía eso, sino que se podía reunir ese número en toda la isla de Cuba"); aquí tengo los telegramas de S. S., y puedo enseñárselos si quiere. Esos 40.000 hombres allí se quedaron en gran parte.

Mandé construir la línea de Mariel, quedando casi todas esas partidas encerradas en la provincia de Pinar del Río, en donde, por la activa persecución que sufrieron y por efecto de las viruelas, las calenturas y del hambre, murieron la mayoría de los individuos que las componían.

Esta es la mortalidad que ha habido en Cuba y que tanto ha servido de pretexto a mis detractores, y, sobre todo, a los Estados Unidos.»

(*Diario de Sesiones del Senado,* 1.° de mayo de 1898)

(Este había sido el bando famoso de «Reconcentrados», promulgado por Weyler el 21 de octubre de 1896.

«Ordeno y mando: 1.° Todos los habitantes en los campos o fuera de la línea de fortificación de los poblados se reconcentrarán, en el término de ocho días, en los pueblos ocupados por las tropas. Será considerado rebelde y juzgado como tal todo individuo que, transcurrido ese plazo, se encuentre en despoblado. 2.° Queda prohibida en absoluto la extracción de víveres de los poblados y la conducción de uno a otro por mar o por tierra sin permiso de la autoridad militar del punto de partida. A los infractores se les juzgará y penará como auxiliares de los rebeldes. 3.° Los dueños de reses deberán conducirlas a los pueblos o sus inmediaciones, para lo cual se les dará la protección conveniente. 4.° Transcurrido el plazo de ocho días, que en cada término municipal se contará desde la publicación de este bando en la cabecera del mismo, todos los insurrectos que se presenten serán puestos a mi disposición para fijarles el punto donde hayan de residir, sirviéndoles de recomendación el que faciliten noti-

cias del enemigo que se puedan aprovechar, que la presentación se haga con armas de fuego, y más especialmente si ésta fuera colectiva. 5.° Las disposiciones de este bando sólo son aplicables a la provincia de Pinar del Río.»)

Como en todas las guerras, había en la España del tiempo halcones y palomas. Los halcones sostenían que toda concesión era inútil, que los rebeldes estaban decididos a terminar con el dominio español y que había que impedírselo por la fuerza. Si los Estados Unidos intervenían tenía que castigárseles y basta. Por ejemplo, *El Correo Español*, órgano del Tradicionalismo, titula un editorial...

«BASTA YA

A los ojos de un mundo que un día tembló en nuestra presencia, esa nación de mercaderes se entretiene para recreo propio y regocijo de extraños, en golpear nuestra humillada frente con la vara de medir, con las pesas de despachar sus cerdos.

Juega con España como un gato con un ratón ya indefenso y magullado.

Fiada en su jactanciosa fortaleza y en nuestro probado apocamiento, a todo se atreve.

...Principió esa nación haciendo con España lo que hacen entre los suyos los matones del golfismo: mojándonos la oreja para tantear hasta dónde llegaba nuestro honor puntilloso.

España rió como una gracia aquella primera afrenta del rufián, y éste, al verla cobarde, se atrevió más; cerró el puño y le dio en la cabeza sonoro cocotazo, entre las bestiales risotadas o egoísta indiferencia de las que aquella ignominia presenciaron.

Más tarde le señaló en cierta parte con la punta

de la bota, haciéndole perder el equilibrio y le escupió en la cara y le azuzó los canes de la manigua y le amenazó con la vara de medir.

Los gobiernos españoles no han aceptado el reto que, desde un principio y del más humillante modo, los *yankees* lanzaron, y al ver éstos que España no se defiende, que no responde a la voz del honor ultrajado, ni de los prestigios infamados, ni de los ultrajes repetidos, quieren tomar la iniciativa, como si no pudieran calmar ya las impaciencias con que han esperado un rompimiento.

Ahí está, como una amenaza ya inaguantable, como un reto solemne, como una declaración de guerra, si hubiera vergüenza y virilidad en el acaramelado gobierno de Moret-Gullón, la presencia de la escuadra *yankee* en las proximidades de Cuba, la no esperada ni explicable aparición del *Helena* en Lisboa, y del acorazado *Maine* en el puerto de La Habana.

A ver, ¿dónde está el gobierno español? Pasar por este atropello es ya demasiado: no exigir al gobierno de Washington una pronta y satisfactoria explicación, es, más que cobardía, una infamia que enlodará la reputación de los ministros mucho más que la inepcia, más aún que el poner el honor español bajo las pezuñas *yankees*, tanto como la traición, como una venta.

¿En qué estado se encuentra nuestra escuadra después de tres años para prepararse al conflicto?

Que se sepa.

España necesita saber que no ha sido vendida.

España necesita saber que ante ese alarde de fuerzas navales con que los Estados Unidos alientan la insurrección, buscan un conflicto y se preparan a la última de las aventuras, a lo que, desde un principio, debiera haberse atrevido España, no sólo por su honor, sino por sus conveniencias, y no estar desprevenida e inerme.

Necesita saber que tiene ministros para algo más que para dormir plácidas siestas sobre las blanduras del Poder.

Necesita saber si el *Maine* se retira de La Habana o de la plaza de las Descalzas el representante de Mac-Kinley.

Esto es ya inaguantable.

Las blandenguerías de Moret y los apocamientos de Gullón se traducen en nuevos atropellos, en más afrentosas humillaciones para España.

Tanto se tira de la cuerda, que al fin tiene que romperse.

Pero que no se nos culpe.

No hay aquí quien acepte este reto de Mac-Kinley, pues tendrá que aceptarse.

El honor de España, su prosperidad y su vida, valen demasiado para dejarlos en las manos pusilánimes y cobardes de las comparsas moretistas.»

(*El Correo Español*, 27 de enero de 1898.)

Ha empezado una actitud que luego compartirán otros periódicos ahora todavía moderados. Lo que hay que hacer es gritarle a los americanos y, si se ponen farrucos, terminar con ellos a tiros. Para la extrema derecha española toda concesión es inútil y sirve sólo para animar a los adversarios. Cuando se mantiene la guerra, a pesar de la concesión de la autonomía, el mismo periódico ironiza:

«LA AUTONOMIA ES LA PAZ

Así decían los apóstoles del nuevo régimen antillano, así lo pregonaban los señores del gobierno, y así lo declaraban, *urbi et orbi*, los órganos del autonomismo, aquende y allende los mares.

La autonomía es la paz.

Tan pronto como el nuevo régimen se implante en la isla de Cuba y empiece a funcionar el gabinete chico, y el país se convenza de los grandes beneficios que va a obtener, no sólo regresarán a la isla los que emigraron a los Estados Unidos, sino también la mayoría de los separatistas que forman las juntas revolucionarias de Nueva York, Tampa y otros puntos del extranjero, y se acogerán, además, a los beneficios de la paz la mayoría de los insurrectos en armas, con sus jefes más prestigiosos a la cabeza.

Esto nos decían, y esto hacían creer a gentes sencillas todos esos periódicos y todos esos hombres partidarios del nuevo régimen, por obra y gracia de Mac-Kinley y de Moret.

Y nos decían más.

Nos decían que, como la autonomía desarmaría la insurrección, España no tendría necesidad de hacer nuevos sacrificios de hombres para mandarlos a morir a la isla de Cuba.

Y esto, que sonaba gratamente en los oídos de las pobres madres españolas, hacía en ellas, hasta cierto punto, simpática la autonomía, que la recibieron como aurora de paz para la patria.

Pero se implantó el nuevo régimen, comienza a funcionar el gabinete chico, y las cosas continúan, no ya como estaban, sino mucho peor de lo que estaban.

Porque las juntas separatistas protestan enérgicamente contra la autonomía, los jefes insurrectos machetean y ahorcan a los comisionados que llegan a su campo con misiones de paz, y los emigrados, en vez de regresar a Cuba, declaran que no lo harán, a pesar de las facilidades que para ello les ofrecen nuestros cónsules y agentes americanos.

Y, en cambio, en la isla de Cuba, la insurrección ha tomado mayores vuelos, y los elementos

españoles más valiosos y más probados, tienen que devorar en silencio todas las humillaciones que les imponen esos insurrectos disfrazados con casaca de ministro español, aumentando el malestar y los temores que reinan en toda la isla.

Y para complemento de todo esto, el general Blanco pide al gobierno de la metrópoli nuevos refuerzos, para poder, en parte, hacer frente a las demasías de los insurrectos orientales.

Y el ministro de la Guerra se dispone a enviar 14.000 soldados, llevando el luto y la desolación a 14.000 hogares españoles más.

De modo que la autonomía no ha sido la paz, es la guerra.

Y la guerra en condiciones vergonzosas para España.

Porque la autonomía ha fracasado completamente, cayendo en el mayor de los ridículos.

Y nuestros soldados, que fiaban en esa autonomía y esperaban en sus resultados para regresar al hogar de sus mayores y al regazo de sus pobres madres, se verán burlados y se sentirán desmayar ante este nuevo engaño y ante el inútil sacrificio que de su propia soberanía hizo España para obtener la paz.

Y cuando los que tengan que embarcar para La Habana recuerden lo que hace poco todavía dijo el general Pando, *que sería un crimen enviar un soldado más a la isla de Cuba, porque con los que hay bastan y sobran para terminar la guerra,* seguramente que sus entusiasmos no serán los que muevan su voluntad para marchar a pelear por la patria.

Irán como pobres víctimas destinadas al sacrificio.

Pero a sacrificio inútil.

G.»

(El Correo Español, 5 de enero de 1898.)

En Filipinas el movimiento independentista había empezado sus actividades con la Liga Filipina, fundada por José Rizal, poeta, como Martí, y que, como él, tenía que morir a manos de los españoles, en combate el primero y ejecutado el segundo. Una misteriosa agrupación titulada «Katipunan», era la encargada de llevar al centro del poderío español los golpes independentistas. Como en Cuba, se alternó el trato duro con el blando; el general Blanco, acusado de demasiado comprensivo con la revolución, fue sustituido por el general Polavieja, que cuya primera medida de gobierno fue la confirmación de la sentencia contra Rizal. Como ésta ni otras medidas de represión sirvieran para disminuir la fuerza rebelde en todo el archipiélago, Polavieja tuvo que dimitir y fue sustituido, como tocaba, por un «blando», el general Fernando Primo de Rivera, que consiguió el pacto de Bial-Na-Bato, por el que se concedían ventajas a los indígenas, además de entregar una gran cantidad de dinero a los jefes.

El solemne acto se celebró el 23 de diciembre de 1897 y el 26 salieron los dirigentes filipinos hacia Hong-Kong, acompañados por el teniente coronel Miguel Primo de Rivera, que habría de ser el dictador de España en 1923. El acto irritó muchísimo a la prensa de derechas española, como el *Diario de Barcelona.*

«Los insurrectos no abandonaron, durante la travesía, ni el uniforme, ni el revólver; nuestros oficiales iban desarmados; Aguinaldo mostraba, al desembarcar, un fajín que el teniente coronel Primo de Rivera le aconsejó se quitase al llegar a tierra, así como el revólver, como lo hizo, temiendo no se los fuesen a quitar de otro modo los *policemen.*

Al salir de su camarote, Aguinaldo, un séquito abierto en dos filas al lado de la puerta le saludaba militar y respetuosamente.

El *árbitro,* señor Paterno, jamás hablaba con Aguinaldo sin llamarle *señor presidente.*

El *ministro de Hacienda* dijo en el hotel donde se aloja que quería marchar a Singapoore, pero que, en vista del estado del mar, preferiría viajar en *ferrocarril.*

La Junta revolucionaria ha visitado a los recién llegados, y aún se ignora si se aliarán o reñirán, pues a las observaciones de la Junta, Aguinaldo y los suyos responden que ellos se han batido y se han expuesto, y, por tanto, la cuestión importante, o sea, la del dinero (pesos 400.000 es la cifra de lo aquí entregado, a lo que entiendo, el primer plazo), no se sabe si servirá para reforzar la insurrección o para que los que la han cobrado se la gasten alegremente.

Tanto el cónsul señor Navarro, como las autoridades inglesas, trabajan lo indecible, y es muy de aplaudir, sobre todo, la actitud de estas últimas.

El *Uranus* ha regresado a Manila con los conductores de los cabecillas, siete de éstos y los Paterno, que van con instrucciones, a lo que se dice, de cobrar el segundo plazo y seguir entregando armas y presentando a indulto la gente que aún sigue esperando las órdenes del *generalísimo.*»

...Pero en las Filipinas hubo satisfacción general, reflejada en un *Te Deum* en la catedral y la recompensa de la Gran Cruz de San Fernando al capitán general. La impresión era que, como en Cuba, había terminado la guerra.

La división de opiniones sobre lo que hacer en Cuba, que aparte de las víctimas cuesta 38 millones de pesetas mensuales, no está sólo en España. En la misma isla los ánimos están fuertemente divididos y entre los separatistas y los

unionistas que no quieren, en ninguna manera, perder los vínculos con España, los autonomistas sinceros se encuentran entre la espada y la pared. La guarnición, especialmente, se siente a disgusto con la nueva libertad de prensa y un día de enero asalta la redacción de un periódico hostil a su causa, en acto parecido a lo que ocurrirá en Barcelona, siete años después, con el *Cu-Cut* y *La Veu de Catalunya*. Como en ese caso, la prensa de la extrema derecha aplaudirá el asalto.

«...Ampliaremos las noticias de nuestra *Edición de noche*, acerca de lo ocurrido en La Habana, con nuevos e interesantes detalles.

Como era natural, los autonomistas, prevaliéndose de la protección que les dispensan los poderes oficiales, se han descocado atrozmente contra todo lo que recuerde a la anterior situación y a la anterior política del general Weyler.

De la violenta situación en que se halla aquéllo, y de los odios despertados contra España entre la grey periodístico autonomista, da idea el siguiente suelto incalificable publicado por *El Reconcentrado*, periódico que ha tenido el privilegio de encender los ánimos y provocar los acontecimientos de estos días:

"FUGA DE GRANUJAS

En el vapor *Monserrat* marcha para la madre patria el capitán señor Sánchez, ejecutor de aquellas órdenes terribles del señor Maruri, que todos recordamos.

El capitán señor Sánchez ha tenido la desgracia de perder a su esposa, pero, en cambio, ha hecho verter mucha sangre y muchas lágrimas a infinidad de madres cubanas."

El señor Maruri, a quien el suelto alude, ha sido alcalde en Guauabacoa.

La conducta del gobierno cubano con la prensa

Semejante lenguaje no podía menos de indignar a cuantos vistieran el honroso uniforme del ejército español.

Y lo que debió indignarlos más, era que las autoridades lo permitieran; sin duda entendió todo el mundo que el honor del ejército quedaba indefenso y que era preciso, como en la Edad Media, buscar por la propia mano reparación a las injurias sufridas.

Porque aquella no era la primera. Aquella era una de tantas, como con sistemática y rencorosa campaña viene infiriendo la prensa autonomista contra cuantos ejercieron autoridad, especialmente contra el general Weyler, el ex gobernador civil de La Habana, señor Porrúa, y contra el comandante señor Fonsdeviela.

Esa campaña criminal motivó las quejas de las personas honradas contra los procesos y estas quejas llegaron al general Blanco. El general se limitó a prohibir que se atacara al general Weyler. Pero, en cuanto a lo demás, dejaba las medidas que contra la prensa debieran adoptarse a la iniciativa del nuevo gobierno.

Los ministros mostráronse vacilantes, y esto produjo muy mal efecto en la opinión, y, muy particularmente, entre los oficiales del ejército.

Atribuíase la lenidad del nuevo gobierno a influencia del gobernador de La Habana, señor Bruzón, a quien se acusa por muchos de estar complicado en ciertas campañas de *El Reconcentrado*. Y se entendía que por esta causa no se había atrevido a hacer nada el gobierno insular contra los periodistas de *El Reconcentrado*.

Decisión de los oficiales españoles

En esta situación, y colmada la medida con el suelto de *El Reconcentrado,* "Fuga de granujas", entre los oficiales que se hallaban en el teatro Albisu, parece que surgió la idea de reparar el agravio yendo a la redacción de *El Reconcentrado.*

Comienza el movimiento

Los oficiales que se pusieron de acuerdo en el teatro de Albisu visitaron muy temprano a otros compañeros de armas, y reunidos a las nueve de la mañana unos 100 oficiales de todas las armas, se dirigieron a la redacción e imprenta de *El Reconcentrado.*

A aquella hora no se encontraban allí ni el director ni los redactores de este periódico. Los empleados que había trataron en un principio de detener a los oficiales, pero opusieron muy escasa resistencia. A los primeros golpes diéronse a la fuga, y los oficiales rompieron cuanto constituía el mobiliario de la casa y arrojaron por las ventanas sillas, mesas y tinteros.

Bajaron luego a la imprenta y allí empastelaron todas las cajas, destruyeron la maquinaria y, con la tinta de imprenta, mancharon el suelo y las paredes.

En "La Discusión"

Por la calle de O'Railly se dirigieron a las oficinas de *La Discusión,* cuyo director —si no estamos mal informados— es don Antonio Escobar y Laredo, deportado por el general Weyler, e indultado después por Blanco, las cuales se hallan situadas en la Acera del Louvre. Entraron los

oficiales y, a imitación de lo ocurrido en *El Reconcentrado,* rompieron todos los muebles y destruyeron todos los enseres de la imprenta.

Varios oficiales, al entrar en *La Discusión,* gritaron: "No maltratar a nadie". Y, en efecto, los empleados que allí se encontraban no recibieron golpe ninguno.

Como por la Acera del Louvre circula mucha gente, reunióse pronto un grupo numerosísimo. Comenzaron a oírse entonces vivas a España y algunos mueras a la autonomía y a los insurrectos disfrazados.

La policía intentó detener a los oficiales, pero éstos arrollaron a los agentes de la autoridad.

Cuando esto ocurría, se presentó el general Garrich, gobernador militar interino de La Habana.

Abrióse éste paso por entre la multitud, y llegando hasta los oficiales, los arengó ordenándoles que se retiraran.

Estos cumplieron el mandato y se disolvieron, pero quedó un numeroso grupo de paisanos que comenzó a gritar: ¡Al *Diario de la Marina!*

El general Garrich, seguido de algunos agentes de seguridad, trató de impedir que el grupo se dirigiera a la redacción de este periódico, pero sus esfuerzos fueron infructuosos.

En el "Diario de la Marina"

Hállanse situadas las oficinas de este diario en el Parque Central, enfrente de *La Discusión.*

Noticiosos los empleados del *Diario de la Marina* de lo que ocurría, cerraron las puertas y las ventanas.

Cuando los amotinados llegaron, viendo que les era imposible derribar las puertas, comenzaron

a tirar piedras, con las que rompieron todos los cristales de la casa.

Logró el general Garrich abrirse de nuevo paso entre los sediciosos, y consiguió así disolverlos; pero el más numeroso de los grupos recorrió varias calles con el propósito de encontrar al director de *El Reconcentrado.*

En este grupo iba un hombre con una gran cuerda que había de servir, según decía, para arrastrar al periodista en cuestión.

Los generales Parrado y Solano se presentaron ante este grupo y lograron disolverlo.

Coméntase mucho que el gobernador civil de La Habana, señor Bruzón, no se haya presentado en el lugar del suceso.

Restablecida la tranquilidad, merced a los esfuerzos de los generales Garrich, Parrado y Solano, se nota, sin embargo, grande excitación entre las gentes, que hace temer nuevos trastornos.»

(*Diario de Barcelona,* 13 de enero de 1898.)

Los periódicos españoles enjuiciaron el asalto de acuerdo con sus ideas políticas.

El Imparcial, órgano liberal, por ejemplo, condena la actuación de los militares en La Habana.

«EL DOLOR DE ESPAÑA

Amargura muy grande hubieron de producir en los corazones las noticias llegadas de La Habana ayer.

No solamente ha causado vivo dolor ver la autoridad del capitán general desconocida, sino que se presiente, con profunda pena, el efecto

que acontecimientos de tal índole han de tener en el extranjero y en la manigua.

Las esperanzas más o menos justificadas, pero muy despiertas en estos días, han experimentado quebranto gravísimo. Vuelve a apoderarse de los ánimos la desconfianza sombría, debilitadora del fuerte espíritu nacional, hasta un punto que nadie pudo presumir.

Se recuerda con tristeza aquellas semanas que siguieron a los sucesos de marzo de 1895 y durante las cuales la mayoría de los periódicos europeos emitieron sobre nuestro estado social y sobre el papel que en la vida de la nación hacia nuestro ejército juicios durísimos y depresivos en el más alto grado. El temor de que esos juicios se repitan con motivo de los motines de La Habana llena las almas españolas de inquietud.

Sobre ellas cae, como el agua helada sobre quien tirita de frío, la consideración del júbilo que habrán de sentir los intransigentes separatistas al enterarse de tales hechos, y de la consistencia que lo ocurrido dará a los propósitos de los enemigos de España.

Después de tantos y tantos sacrificios hechos por esta infeliz nación en aras de la paz, tras de consumir tantas vidas y tantos millones, a raíz del esfuerzo más doloroso, cuando se entraba por un nuevo camino en busca del deseado objeto, se perturba todo y se oscurece todo, merced a los manejos e intrigas de politicastros que intentan explotar en su provecho las pasiones de clase.

En esto la reproducción de lo acaecido en Madrid (1), pero se ha intentado en condiciones más difíciles, en circunstancias más graves y cuando

---

(1) Referencias al asalto de los periódicos *El Resumen* y *El Globo*, por parte de varios oficiales de guarnición en Madrid, ante unos comentarios sobre la falta de voluntarios para Cuba.

todo el mundo civilizado tiene fijos en nuestro ejército los ojos.

Fácil es excitar la pasión de gente moza con susceptibilidades de clase, avivadas constantemente por los que de tarea semejante hacen su negocio. Estos tales no perciben lo que de natural hay en ello, sino lo que puede servir a planes que de militares, precisamente, no tienen carácter alguno.»

Las circunstancias se van precipitando. Poco a poco se va montando en los Estados Unidos una campaña de propaganda antiespañola que se manifiesta en el apoyo explícito o escondido a todos los que se han levantado. En la isla sigue la continua sangría. He aquí un parte típico del tiempo:

"*La Habana,* 10.—Capitán general a ministro Guerra:

Novedades desde mi telegrama del 5, además de las comunicadas:

En Pinar, guerrilla Delicias recogió un muerto, y batallón Gerona, en Piedras, hizo dos muertos. En Fuerte Campanero tuvimos un herido. Acogido un individuo con armas.

En provincia Habana, batallón Lealtad hizo dos muertos y un prisionero, batallón Barbastro, en Cavo Vara, causó al enemigo cuatro muertos, y batallón Guipúzcoa tuvo cuatro heridos. Fuerza de Portugalete, en loma Quints, recogió dos armas de fuego y una blanca. En San Rafael, fuerza de San José Lajas y guerrilla de Tapaste tuvieron combate con el enemigo, que hizo diez heridos a compañía Lealtad, que salió en auxilio, general Maroto destruyó zanjas en Ciénaga, tomando campamento y cogiendo un muerto, un prisionero, imprenta y armería con herramientas, 27 armas de fuego y 17 blancas.

En Matanzas, batallón María Cristina, en Loma Pan, recogió dos muertos y un prisionero; tuvo siete heridos. Batallón de Cuenca, en San Jerónimo, recogió un muerto. Acogidos, 10.

En Santa Clara, la guerrilla de Lajas ocupó un prisionero, un arma de fuego y una blanca; en Soledad, un muerto. Batallón Cataluña, un muerto. Batallón Luchana, en Manicaragua, dos muertos y tres prisioneros. La guerrilla de la primera subzona, cuatro muertos. Batallón Saboya, en Cartagena, tuvo cinco muertos, un oficial y cuatro de tropa heridos. Fuerzas de la quinta subzona, en Cimito, recogieron un muerto; tuvieron dos heridos. Batallón Saboya, en Ciénaga, cuatro muertos. El de Antequera, en Valdespina, dos muertos. Fuerzas de la primera subzona, en Varina, cuatro muertos. Fuerzas movilizadas, en Siguanea, cuatro caballos. Batallón de Zaragoza, un arma de fuego y un caballo. Fuerza de la quinta subzona, en Charco, dos muertos; tuvo un herido. Guerrilla de Placeta, en Monte Perdier, hizo tres muertos. La de Lajas, en Corojo, dos, uno titulado comandante y un prisionero. La de Ranchuelos, un muerto, uno titulado alférez y dos armas de fuego. Acogidos 37, con armas.

En Sancti Spíritus, el coronel Arjona, en Loma Miguel tuvo un muerto e hizo a la partida de Máximo Gómez ocho muertos; cogiéndoles tres caballos; tuvo siete heridos. Coronel Ruiz tuvo en Zaza dos heridos. Batallón de Tetuán, en Maguaraya, cogió dos armas de fuego. Acogidos, dos sin armas y cuarenta pacíficos.

En Manzanillo, general Ochoa recogió un muerto. Batallón de Mallorca, un prisionero y dos caballos. Coronel Escario, en Veguita, un muerto y un prisionero. Acogidos, 35, sin armas, y 155 pacíficos. Batallón de Cuba, en Florida Blanca, tres muertos; en zona, un muerto. Fuerzas movilizadas, en San Justo, un muerto; en Manacas, un

herido. Coronel Aldecoa, en Soledad, hizo cuatro muertos y cogió 20 caballos; tuvo dos heridos."

Acción y contra acción. Se toma un pueblo; se abandona para acudir a otro lugar, se pierde el pueblo. La guerrilla actúa eficazmente protegida por la manigua y la colaboración, mayor o menor, del paisanaje. Era una guerra que no hubiera terminado jamás con una victoria por parte del rebelde sin la ayuda de los Estados Unidos ni con una victoria por parte de Madrid, aun sin esa intervención. Día a día, una escaramuza. Los "acogidos", en el lenguaje del parte, son los pasados del enemigo a nuestras filas.»

El presidente Mac-Kinley quiere llevar las cosas a su extremo, pero necesita una excusa más positiva que las «faltas a la humanidad» de que acusa vagamente a España para declarar la guerra.

En estas circunstancias los «jingoistas» o «jingoists», que así se llaman a los patrioteros en los Estados Unidos, se encuentran con un regalo. El crucero *Maine*, que se encontraba en aguas de La Habana, como una tácita advertencia al gobierno español del interés con que Washington observaba la situación cubana, salta en el aire por una explosión que costó 264 muertos y 59 heridos. Así la vio un testigo presencial, el capitán norteamericano Sigbee, desde otro barco:

«Fue un estampido ensordecedor, seguido de una serie de ruidos metálicos causados, seguramente, por el derrumbamiento de la superestructura central, y la explosión y la caída de grandes masas de materia. El casco experimentó una sacudida violenta, acompañada de trepidaciones, cabeceando y escorándose violentamente a babor, con un movimiento general de sumersión. Mu-

chos, tanto a bordo como en tierra, oyeron dos estampidos; el primero fue breve, pero el segundo, que siguió inmediatamente, fue mayor y más prolongado. Desde tierra se vio una espesa columna de llamas y humo gris que salía del buque, proyectando en el espacio fragmentos incandescentes. A una altura de 150 o 160 pies, la columna de humo formaba como un dosel de nubes, que se cernía en el barco, dejando caer una lluvia de trozos de materiales, algunos de los cuales cayeron a media milla del barco. Me di cuenta inmediatamente de que el barco se hundía por la banda de babor...»

La explosión ha sido «externa» afirma, en seguida, el gobierno americano; «interna» asegura el español, pidiendo que se nombre una comisión neutral para investigarla...

«El ministro de Estado al ministro plenipotenciario de Su Majestad en Washington.—Telegrama.—Madrid, 27 de marzo de 1898.—El ministro de Marina ha recibido un extracto telegráfico del informe español sobre la voladura del *Maine*. Consta el informe de declaraciones de testigos presenciales y peritos, de las conclusiones del fiscal y del resumen hecho por el auditor del Apostadero. Con declaraciones de testigos y peritos demuéstrase la ausencia de todas las circunstancias que acompañan siempre a la detonación de torpedos. No vióse elevar columna de agua, ni agitarse ésta, ni chocar con los costados de los buques próximos, ni se notó trepidación en la costa, ni después flotaron peces muertos. La declaración del práctico mayor del puerto confirma la abundancia de peces; lo asegura también el ayudante de obras del puerto, quien dice haber encontrado siempre peces muertos después de las muchas explosiones hechas para los trabajos de la bahía. Los buzos, al reconocer los fondos, no pudieron ver el pantoque del buque por estar en-

terrado en el fango, pero sí examinaron los costados, cuyas desgarraduras hacia fuera son signos indudables de explosión interna. Reconocidos los fondos de la bahía, en contorno del buque, no se hallaron señales de la acción de torpedos. Se hace constar en el informe que la naturaleza del procedimiento seguido y el respeto absoluto a la extraterritorialidad del *Maine* han impedido practicar aquellas averiguaciones en el interior del mismo que permitieran fijar, siquiera en hipótesis, el origen interno del siniestro. Contribuye también a ello la negativa a establecer la necesaria relación entre la comisión española, el comandante y la dotación del *Maine* y los funcionarios americanos, comisionados al mismo objeto. Asegura el informe que el reconocimiento interior y exterior del *Maine,* cuando sea posible hacerlo, a condición de no producir alteración por los trabajos para la extracción total o parcial del mismo, y el del lugar de la bahía donde se encuentra sumergido, justificarán que la explosión fue producida por causa interior.—Gullón.»

Los esfuerzos españoles para exculparse resultan inútiles. El gobierno de los Estados Unidos no iba a dejarse escapar una ocasión tan fabulosa y que le justificaba ampliamente ante cualquier país europeo que pudiera molestarse con la intervención americana en el Caribe. He aquí un barco que iba en misión de buena vecindad y amistad a un puerto extranjero y es volado. En el mensaje al Congreso de su país, el presidente Mac-Kinley recuerda todos los motivos que le fuerzan a una intervención militar.

«...Obediente a un precepto constitucional, cumplo el deber de dirigirme al Congreso federal con motivo de la crisis relativa a las relaciones que en la actualidad mantienen España y los Estados Unidos por efecto de los tres años de guerra que devasta la isla de Cuba, y me veo obligado a ha-

cerlo así a causa de la íntima relación entre la cuestión cubana y el estado de nuestra propia Unión y la grave responsabilidad que ahora pesa sobre nuestra nación al adoptar procederes que mantengan la política tradicional de nuestro gobierno, de tal manera que esté de acuerdo con los preceptos establecidos por los fundadores de la república y religiosamente observados hasta nuestros días.

La actual revolución de Cuba es una de la serie de insurrecciones análogas que han estallado en la isla en un período de cerca de medio siglo, cada una de las cuales, durante su desarrollo, ha impuesto a los Estados Unidos grandes esfuerzos y gastos para mantener sus leyes de neutralidad, ha causado enormes pérdidas a la industria y al comercio norteamericanos, ha provocado irritación, molestias y disturbios entre nuestros conciudadanos, y por el ejercicio de prácticas militares crueles, bárbaras y contrarias a la civilización, ha herido la sensibilidad y ha ofendido al espíritu humanitario de nuestro pueblo desde que comenzó la revolución actual en febrero de 1895.

Ese país, situado a nuestras mismas puertas, ha visto destruida su riqueza por el fuego y la espada en el curso de una lucha nunca vista en la historia de la isla y rara vez igualada en cuanto al número de combatientes y al furor de la lucha.

Nuestro pueblo ha observado que esa sociedad próspera quedaba reducida a una relativa miseria, su lucrativo comercio virtualmente paralizado, disminuía su proverbial feracidad, sus campos asolados, sus fábricas en ruinas y su pueblo pereciendo por millares de hambre y de extenuación.

Nos hemos visto constreñidos a observar aquella neutralidad estricta que nuestras leyes impo-

nen y que prescribe el derecho internacional, a vigilar nuestras propias aguas y nuestros mismos puertos y a evitar que se cometiese acto ilegal alguno en ayuda de los cubanos.

Nuestra industria ha sufrido, a consecuencia de ese estado de cosas; el capital empleado por nuestros conciudadanos en Cuba ha quedado perdido en gran parte, y la templanza y previsión de nuestro pueblo se han visto puestas a prueba tan dura, que se ha manifestado peligrosa inquietud entre nuestros compatriotas.

Esa inquietud, sin que haya sido dable evitarla, ha hallado eco, de tiempo en tiempo, en el Parlamento nacional, de tal modo que incidentes de todo punto extraños a nuestro propio cuerpo político, absorben la atención y son un obstáculo para que esta atención acuda al progreso interior que constituye la prosperidad propia, cuya principal base ha sido huír las complicaciones exteriores.

Todo esto ha despertado sumo interés en el gobierno, como lo había despertado en las épocas de mis predecesores y en la mía propia.

En abril de 1896, los males de que sufría nuestro país, a consecuencia de la guerra cubana, fueron tan abrumadores, que mi predecesor inmediato hizo un esfuerzo para obtener la paz empleando la mediación de su gobierno en cualquier forma que pudiera conducir a un arreglo de la cuestión entre España y su rebelde colonia sobre la base de algún plan eficaz de gobierno autonómico para Cuba, bajo la bandera y soberanía de España.

El intento fracasó, por la negativa del gobierno español, que ejercía entonces el poder a examinar cualquier forma de mediación o cualquier plan de arreglo que no comenzase por la sumisión efectiva de los insurrectos a la autoridad de la madre patria y exclusivamente bajo las condicio-

nes que la misma España juzgase oportuno conceder.

La guerra continúa indominada; la resistencia de los rebeldes no ha disminuido; España acrecienta su esfuerzo enviando nuevas expediciones a Cuba y aumentando los horrores de la lucha, hasta hacerla tomar un aspecto nuevo e inhumano, afortunadamente sin precedentes en la historia moderna de las naciones civilizadas y cristianas.

El capitán general de la isla de Cuba inauguró una política de devastación y de concentración. El bando de 21 de octubre de 1896, promulgado en Pinar del Río, se hizo extensivo a todo el territorio que abarcaba el dominio español.

Obligóse a los campesinos a concentrarse en las ciudades que tenían guarnición o en los simples puestos aislados donde había alguna tropa.

Prohibióse el cultivo y el transporte de provisiones. Destruyéronse los plantíos; quitáronse las techumbres a las casas; incendiáronse los poblados y se derrumbaron las fábricas: en una palabra, uno y otro bando contendientes hicieron todo lo posible para devastar el país y para inutilizarlo de modo que no pudiera servir de vivienda al ser humano.

Cuando mi gobierno se encargó del poder, la reconcentración era efectiva en la mayor parte de las provincias. En La Habana, Pinar del Río, Santa Clara y Matanzas, 300.000 campesinos o más, hallábanse encerrados en rediles, como ganado, en las ciudades y puestos militares. Carecían de albergue y de ropas y estaban sujetos a las condiciones de vida más antihigiénicas.

El hambre sobrevino rápidamente, como consecuencia de la devastación...»

Como resultado de ese mensaje presidencial, las dos cámaras, la de Representantes y el Sena-

do, adoptaron, el 19 de abril de 1898, una resolución conjunta, cuyo texto es como sigue:

«Considerando que las horribles condiciones que han existido en la isla de Cuba, tan próxima a nuestras costas, por más de tres años, condiciones que han ofendido el sentido moral del pueblo de los Estados Unidos, que han sido una vergüenza para la civilización y que han culminado en la destrucción de un acorazado de los Estados Unidos, durante una visita amistosa al puerto de La Habana, con la pérdida de 266 de sus oficiales y tripulación, no pueden soportarse por más tiempo, como lo afirma el presidente de los Estados Unidos, en su mensaje de 11 de abril de 1898, sobre el cual el Congreso ha sido invitado a pronunciarse.

En consecuencia, el Senado y la cámara de Representantes de los Estados Unidos, reunidos en Congreso, han resuelto:

Primero: Que el pueblo de la isla de Cuba es, y tiene el derecho de ser, libre e independiente.

Segundo: Que los Estados Unidos tienen el deber de pedir, y, por tanto, el gobierno de los Estados Unidos pide, que el gobierno español renuncie inmediatamente a su autoridad y gobierno sobre la isla de Cuba y retire de Cuba y de las aguas cubanas sus fuerzas terrestres y navales.

Tercero: Que se autorice y faculte al presidente de los Estados Unidos, como lo está por la presente, para usar todas las fuerzas terrestres y navales de los Estados Unidos, y para movilizar las milicias de los diversos Estados al servicio de los Estados Unidos, en la medida que pueda ser necesario para la ejecución de la presente resolución.

Cuarto: Que los Estados Unidos declinan por la presente toda disposición o intención de ejercer soberanía, jurisdicción o autoridad (control) sobre la dicha isla, excepto para su pacificación, y

afirma su determinación, una vez ésta realizada, de dejar el gobierno y control de la isla a su pueblo. 10 de abril de 1898.»

El 20 de abril la reina regente, doña María Cristina leía el mensaje de la corona. Pero ya prácticamente había empezado la guerra al sancionar el presidente Mac-Kinley la declaración de las cámaras americanas.

«Las graves preocupaciones que embargaban mi ánimo y el de la nación la última vez que os dirigí la palabra, han aumentado su pesadumbre y avivado la inquietud pública con el presentimiento de nuevas y mayores complicaciones. Motívalas el giro que a los asuntos de Cuba da la actitud de una parte del pueblo de los Estados Unidos que, al ver pronta y cercana la constitución de aquella personalidad, solemnemente ofrecida a las Antillas en mi anterior mensaje, presiente que la libre manifestación de la voluntad del pueblo cubano representada por sus cámaras va a destruir para siempre los planes que contra la soberanía de España vienen fraguando los que, con recursos y esperanzas enviados desde aquellas costas, han logrado mantener el fuego de la insurrección en aquella querida y desgraciada isla... Posible es que el atentado se consume y que ni la santidad de nuestro derecho, ni la moderación de nuestra conducta, ni la expresa voluntad del pueblo cubano, libremente manifestada, sirvan para contener las pasiones y los odios desencadenados contra la patria española... A los graves asuntos que de esta suerte solicitan vuestra atención hacia los mares de Occidente, viene a unirse el estado de nuestras posesiones en el lejano Oriente. Las islas Filipinas, cuya lealtad ha puesto a prueba una grave insurrección, felizmente dominada, sienten todavía las consecuencias de aquella agitación profunda. Para calmarla

y para prevenir en lo futuro el descontento, remediando las causas del anterior malestar, mi gobierno os someterá importantes resoluciones.»

El mismo día, el consejo de ministros acordaría entregar sus pasaportes al embajador norteamericano, Mr. Woodford.

«...Por oscuro y sombrío que el porvenir se nos presente, no han de ser superiores las dificultades que nos rodean a las energías del país para vencerlas. Con un ejército de mar y tierra cuyas gloriosas tradiciones enardecen su valor ingénito; con una nación unida y compacta ante la agresión extranjera y con aquella fe en Dios que guió siempre a nuestros mayores, en las grandes crisis de la Historia, atravesaremos también, sin mengua de nuestra honra, la que hoy se intenta provocar sin razón y sin justicia.»

Tras el ultimátum americano, el país, literalmente enloquece. Quizá por considerar absolutamente injusta la intervención de los Estados Unidos, por ver en esa entrada de un tercero en discordia, una descarada muestra de abuso de poder, todos los españoles, de derecha, de izquierda, de centro, insurgen en una manifestación colectiva en la que resulta imposible descubrir una mínima muestra de razonamiento ante el peligro inminente con que se enfrentaba España. Para *El Imparcial,* por ejemplo, todas las blanderías tienen que cesar y las responsabilidades esperar. Ahora hay que ir a vencer:

«¡¡ESPAÑA, ESPAÑA!!

Pensemos en España.

Llegará el momento en que habrán de ser depuradas las responsabilidades enormes del gobierno conservador y las que ha contraído el minis-

terio actual, que no son leves; si viene el desastre, hablaremos de culpas para distribuirlas equitativamente; si el éxito sanciona la razón de un pueblo, repartiremos la gloria a quienes corresponda.

Pero ahora, frente a la iniquidad, a la ingratitud y a la soberbia que pretenden arrollar unos derechos evidentes y una bandera honrada; frente a la falsía de los que, con sus actos, alentaban la rebelión cubana y con sus notas exigían el término de la lucha; frente a los que cobardemente decían que llevaban sus barcos a modo de cortesía internacional, siendo así que colocaban baterías para la guerra; frente a los que, desdeñando la santa iniciativa del augusto Pontífice, presentan un *ultimátum* con seis horas de plazo; frente a los que, en fin, imaginan que la riqueza de un pueblo puede ir más allá que el honor de otro pueblo, ahora, frente a tales gentes y a tales procedimientos, es fuerza pensar sólo en España.

Dando hoy noble ejemplo, y acaso mañana severa lección, a esos hombres que se suponen invencibles, porque son ricos, debemos pensar tan sólo de que somos españoles.

Mañana se ofrecerá la ocasión de acordarse, unos de que fían en el credo tradicionalista, otros que mantienen los principios republicanos, otros que profesan las ideas del régimen vigente; por el momento, ante el decoro nacional en riesgo, sólo nos toca pensar que la historia no ha de distinguir entre carlistas, republicanos y amigos de la dinastía reinante, sino que escribirá elevándose sobre mezquinos intereses y pequeñas pasiones: España cumplió como buena, cual corresponde a los cuarteles de su escudo, o España rindió su gloria ante un montón de dólares.

...Mientras queden soldados en Cuba y buques en el mar, hay que mantener la lucha a que con tanta villanía se nos arrastra, que en la prolonga-

ción de la guerra tienen los *yankees* su mayor perjuicio.

Marte juega sus dados, aunque el comienzo de la partida nos sea adverso, veremos si al acabar puede más la codicia del comercio que el tesón del decoro.»

«Hasta aquí contrasta con la intemperancia y la grosería de los *yankees* el comedimiento y la dignidad de los españoles.

Es preciso que en estos últimos y solemnes instantes, precursores del choque de las armas, procedamos con la cortesanía que tantas alabanzas ha merecido del mundo entero.

Mientras la canalla reunida en la parte Norte de América, vocifera, escandaliza, quema retratos, pisotea banderas y, acaso, llega en su deshonor a mayores extremos, seamos aquí fieles guardadores de aquellas nobles leyes de la hospitalidad y del respeto al enemigo que entrega su persona a la hidalguía de un pueblo.

Cuanto más notoria resulte la diferencia entre conducta y conducta, más claro aparecerá que vienen a las manos de los cien mil hijos de San Fernando con los hijos de cien mil padres desconocidos y anónimos.»

Esta resultará la consigna a seguir. La situación es ésta. Por un lado, dinero, comercio, materialismo. Por el otro, razón, justicia, honor. Y la asombrosa conclusión: En casos parecidos los segundos móviles son los que ganan las guerras. Cantaba el pueblo en la calle:

Al pelear con los yanquis,
señores, tendrá que ver
cómo de dos ladrillazos
los haremos correr.

Tienen muchos barcos,
nosotros, razón.
Ellos armamento;
nosotros, honor.

Surgían manifestaciones en todas las ciudades de España. Cada vez que los grupos se encontraban con oficiales del ejército les vitoreaban y aun intentaban llevarles en hombros, mientras insultaban a los norteamericanos.

Un hombre que, a pesar de su juventud, sabe ver desapasionadamente, nos da cuenta del ambiente reinante.

«Azorín» (que todavía no se firma así), describe en su columna de *Madrid Cómico*, las distintas reacciones españolas ante la guerra.

«GACETA DE MADRID

Un patriota: ¡Salvemos el honor! ¡Viva la patria honrada! Hay que ir a la guerra con los Estados Unidos... ¡Arriba la gloriosa bandera de Pavía y de Bailén! *Un hombre "práctico":* Esa guerra sería una gran desgracia. El soldado español es el más valiente de todos los soldados. Llevad al infante alemán a la manigua y no resistirá dos días de fatiga... *Pero* no tenemos dinero, no tenemos barcos. ¿Cómo vamos a pelear con nación tan poderosa? *Un patriota:* ¡Moriremos con gloria! *Un hombre "práctico":* ¡Insensatez!, las naciones no son grandes por sus victorias o por sus derrotas; son grandes por su trabajo, por su industria, por su comercio, por sus artes. *Un patriota:* Sufrir las imposiciones de ese pueblo es una vergonzosa humillación. Hay que contestar a la osadía con arrogancia, a la injuria con el golpe. Antes la derrota que el deshonor, antes la ruina que la afrenta. *Un hombre "prác-*

tico": No hay deshonra en la justicia; no hay afrenta en la prudencia. Reconocer el derecho no es humillante. *Un patriota:* Vencidos o triunfadores, seremos ante el mundo un pueblo heroico. Quien defiende su honor con energía es digno de universal respeto. Los débiles son grandes por su voluntad, no por sus fuerzas. *Un hombre "práctico":* Quijotismo es arrojarse a empresas de punto de honra arriesgando en ello hacienda y vida. No son como los hombres los gobiernos; toman aquéllos sobre sí la consecuencia de sus acciones; caen las de éstos sobre gentes que sosegadamente viven sin curarse de maravillosas aventuras. *Un patriota:* ¡Cobardía! *Un hombre "práctico":* ¡Virtud! *Un patriota:* ¡Viva el honor! *Un hombre "práctico":* ¡Viva el trabajo! *Cosas de éste.* Hay algo que halaga más a las mujeres que la admiración de los hombres; la envidia de las mujeres.

J. MARTÍNEZ RUIZ.»

Lo de «Azorín» era un caso aislado. La gente más pacífica se lanzaba a la lucha y quien no podía hacerlo con las armas, usaba de la pluma con mayor violencia si cabe. Así, Federico Balart lanza su grito bélico sosteniendo que él morirá con los demás.

¡GUERRA!

¿Por qué su nombre aterra?
¡Oh! ¡Benditos mil veces los cañones
que, sobre el haz de la espantada tierra,
van forjando compactas las naciones
en el sonante yunque de la guerra!

¡Despliega, España, tu pendón al viento!
¡Por fin llegó el momento!
¡Pasaron, sí, las horas enlutadas
En que muda de asombro vio la tierra,
Como lobas hambrientas, mal domadas,
La Venganza y la Guerra
Dormidas a tus pies y encadenadas!

¡Suéltalas ya! La infame astucia viste
De ese pueblo en infamias tan fecundo;
Y, pues entera la razón te asiste,
Vuelve a ser, Patria mía, la que fuiste
Cuando, en desprecio de las crespas olas
tres pobres carabelas españolas
Remolcaron a Europa un nuevo mundo!
Trofeos de tus ímpetus navales,
Aún conservas dos joyas inmortales
Que, bajo el pabellón púrpura y gualda,
Brillan entre las ondas tropicales
Como, en zafiro azul, verde esmeralda.

Con hidrópica sed de sangre y oro,
A ellas tiende la garra
La nación que frenética desgarra
Toda ley de justicia y de decoro.
¡Ella entregó la tea y la cuchilla
Al bárbaro Maceo, fiera odiosa,
Que el crepúsculo tuvo en la mejilla,
Y en el alma la noche tenebrosa!
¡Ella, prestando a la codicia brío,
Y a la saña cruel pretexto vano,
En sangre roja el agua trocó al río,
Y en podre humana el légamo del pantano!
¡Ella, como quien teje parda alfombra,
Labró un yermo sin árboles ni sombra;
Y, con la torpe mano
Donde envidia y traición anidan juntas,
Cogió el desierto por las cuatro puntas,
Y lo tendió sobre el edén cubano!

¡Ella, con imprudencia escueta y franca,
Deponiendo la piel de la ceraste,
La máscara que tú no le arrancaste,
De la frente diabólica se arranca!

¡Mejor! ¡Así al villano
Verás por fin desnuda la mejilla,
Y en ella estamparás, para mancilla
Los cinco dedos de tu fuerte mano!

¡Vé al combate resuelta! Muestra al mundo,
Con esfuerzo iracundo,
Cómo sabe cumplir con sus deberes
Y a mantener incólumes sus fueros
Un pueblo de soldados caballeros
Contra una turba vil de mercaderes!

No temas que tu honor reciba ultraje
De esa imbécil canalla
Que por táctica tiene el agiotaje
Y los dóllars por única metralla.

Piensa que, contra insidias de la suerte,
Siempre queda el abrazo de la muerte;
Y que, viejo o cachorro,
Vencido o vencedor, débil o fuerte,
El león es león, y el zorro es zorro.

Cuando el potente al mísero atropella,
Ya que el poder a la razón no iguale,
¡Más vale, sí, más vale
Morir con honra que vivir sin ella!
¡No miren con rubor nuestra agonía
Las sombras de Isabel y de Pelayo,
Ni los héroes de Otamba y de Pavía,
Ni las pálidas víctimas de mayo.

¡Vé sin miedo a la lid! En esta tierra
Depurada en la fragua de la guerra
Donde mueren de asfixia los cobardes,
Para dorar de gloria los reveses
Sin gárrulos alardes,
A falta de Bazanes y Corteses
Sobran siempre Churrucas y Velardes!

Si ha sonado tu hora,
Muere como guerrera y gran señora;
Y, en el supremo día,
Sean tus postrimeras convulsiones
Testimonio marcial de tu energía,
Y singulto final de tu agonía
¡El áspero estertor de tus cañones!

¡En tanto, esgrime con vigor la espada,
Y no el castigo generosa aplaces!
¡Mientras no dejes a cercén cortada
La zarpa de esa tigre solapada
Que con uñas rapaces
Amaga tus dominios a mil leguas,
Imbécil quien con ella guarde treguas!
¡Maldito quien con ella firme paces!

Si lidiando perdemos la partida,
Yo, triste viejo, de vigor desnudo,
No humillaré la frente encanecida
Bajo el golpe sañudo
De la ciega Fortuna envilecida:
¡No quiero que, al entrar en la otra vida,
Me niegue el gran Quintana su saludo!

FEDERICO BALART

22 de abril de 1898.

Y si la poesía es belicista, la Iglesia no se queda atrás. Para el arzobispo de Madrid-Alcalá, los sol-

dados españoles no pueden perder, porque llevan tras de sí toda una corte celestial que les protegerían necesariamente contra esos «pueblos... sin historia y sin religión, sin más aspiración que el lucro ni más vínculos que el negocio». Veamos:

«Amadísimos hijos:

La maldita hambre del oro y la insaciable sed del mando, se han empeñado en mancillar los timbres de aquella bandera que la gran reina Isabel plantó, por mano de Colón, en las Indias occidentales. La justicia pisoteada, la voz del Papa desoída y la gestión de las naciones despreciada con arrogancia, han cerrado todo camino a los consejos de la paz y ha venido a hacer necesarios los horrores de la guerra. ¡Séanos el cielo testigo de que no somos nosotros los autores de este desastre, y responda de él ante Dios ese pueblo envanecido, cuyo dogma parece ser que el dinero es el Dios del mundo!

Vamos allá, amados hijos, con la confianza en el alma y el valor en el corazón, como hijos de aquellos hombres que han combatido y triunfado donde quiera que alumbra el sol. Cualquiera que sea la tierra en que posemos nuestras plantas, crujirán bajo nuestros pies huesos de héroes españoles que, con el acero desnudo, han andado el mismo camino. Nuestra vida es para Dios, que nos la ha dado prestada en el seno de nuestras madres, y para la patria amada, que nos arrulló en su regazo y cobija nuestros hogares.

No somos, gracias a Dios, pueblo informe y de acarreo, sin historia y sin religión, sin más aspiración que el lucro, ni más vínculos que el negocio. Somos el pueblo de Cristo, que por Cristo peleó contra godos y musulmanes, y con Cristo Dios subyugó a musulmanes y godos, a los unos con el acero, y a los otros con la palabra. Somos el pueblo de España, noble, leal, generoso; en los peligros, intrépido; en las luchas, aguerrido; en

la prosperidad, modesto; en la adversidad, invencible. Somos el pueblo de España que en los momentos de peligro olvidamos nuestras discordias, despreciamos nuestras fortunas, ofrecemos nuestra sangre, y pensamos, y sentimos y obramos del mismo modo, nos abrazamos como hermanos, y gritamos todos a una, hasta enronquecer de entusiasmo: "¡Viva España!" "¡Viva la Patria!" "Viva el Ejército!"

¡Allá van surcando los mares nuestros soldados y marinos! No hayáis miedo, que nadie llore, a no ser, tal vez, de coraje, o, acaso, por el temor de llegar tarde a la refriega.

Id, valientes, a pelear, con la bendición de la Patria. Con vosotros va España entera, del Mediterráneo al Atlántico, desde Irún hasta Tarifa. ¡Con qué envidia os contemplamos levar anclas y zarpar y alejaros de nuestras costas! ¿Por qué la infancia, o la vejez, o los cargos o los achaques, nos arrebatan la dicha de tomar parte en vuestra empresa? ¡Pero no! Con vosotros va nuestro corazón español. Para vosotros será nuestro pensamiento continuo, nuestro amor, nuestro dinero, nuestras oraciones y votos. ¡Que la Virgen Inmaculada, cuyo escapulario lleváis pendiente de vuestro cuello y cuya imagen bendita ondea en vuestras banderas, os proteja bajo su mando en los instantes de peligro, os libre de todo mal y os colme de todo bien! ¡Que Santiago, patrón de España, y la mártir de Nicomedia, y San Telmo, y San Raimundo, y el rey ínclito San Fernando, vayan delante, marchen siempre a la vanguardia por donde quiera que vayáis y os hagan invulnerables a las balas del enemigo, para que volváis victoriosos a pisar esta hidalga tierra y a besar el rostro lloroso de la madre patria que os dio el ser!

Hijos nosotros, aunque indignos, del Redentor de los hombres, que nos prescribió la oración como remedio universal, acudamos ahora a Dios

en demanda de protección. Niños, viejos, hombres, mujeres, seglares y sacerdotes, religiosos y religiosas, cuantos no podemos ir a tomar parte en las batallas, empuñemos y blandamos las armas de la oración, como Moisés oraba sobre la cumbre del collado, mientras que Josué y los suyos peleaban en la llanura y postraban a cuchilladas a sus feroces enemigos. Oremos con viva fe, y con esperanza firme, y con humildad profunda, y con grande perseverancia. Dios tiene en su mano el triunfo y lo dará a quien le plazca. Se lo dio a España en Covadonga, en las Navas, en el Salado, en el río de Sevilla, en la vega de Granada, en mil combates que no caben en las páginas de la historia.

¡Dios mío; dádnoslo ahora, para que vean las naciones que no ha muerto y que contra el derecho de la fuerza, hay fuerza del derecho!

A todos, amados hijos, desde lo íntimo del alma, nos complace en enviaros nuestra bendición pastoral en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.»

...Y prescribe oraciones especiales para que la victoria acompañe a nuestros soldados.

«...3.° Queremos que no haya iglesia, ni oratorio, ni hogar cristiano, en que este año no se celebre el hermoso "Mes de las Flores", para alcanzar la victoria por la intercesión de María.

4.° Exhortamos en el Señor a los profesores de escuelas y directores de colegios para que recen en común por el triunfo de nuestras armas y organicen comuniones con sus respectivos alumnos.

5.° A los padres encarecemos que, mientras dure la guerra, recen en familia el rosario, para que, por esta oración, que es tan grata a la Virgen Madre, venzamos ahora en Cuba como vencimos en Lepanto.

6.° Confiamos en que nuestros párrocos can-

tarán el Santo Rosario los domingos por las calles, como hacían nuestros mayores en circunstancias semejantes.

7.º En nombre de Dios pedimos a los pecadores públicos, a los profanadores de las fiestas, usureros y blasfemos, pongan fin a sus escándalos, causa principal de los males que a los hombres envía Dios, según la célebre máxima del libro de los Proverbios: "La justicia eleva a la nación, y el pecador hace miserables a los pueblos."

8.º Por cada uno de los actos en esta nuestra Circular, prescritos o aconsejados, concedemos a nuestros fieles cuarenta días de indulgencia.

Madrid, 23 de abril de 1898.

JOSÉ MARÍA,
Arzobispo-Obispo de Madrid-Alcalá.»

En Filipinas existía el mismo increíble desconocimiento de la realidad. Aun descontando lo que una arenga tiene siempre de exageración a favor de las fuerzas propias y desprecio de las del enemigo, la proclama del capitán general don Basilio Augusti, coincidía con el pensamiento de la mayoría de los españoles. La fuerza armada americana no tenía cohesión moral ni disciplina. Y, además, naturalmente, el Dios de las victorias no puede estar al lado de esos protestantes. Era el 23 de abril.

«La lucha será breve y decisiva. El Dios de las victorias nos la concederá tan brillante y tan completa como demandan la razón y la justicia de nuestra causa. España, que cuenta con la simpatía de todas las naciones, saldrá triunfante de esta nueva prueba, humillando y haciendo enmudecer a los aventureros de aquellos Estados que, sin cohesión y sin historia, sólo ofrecen a la humanidad traiciones vergonzosas y el espectáculo

ingrato de unas Cámaras en que aparecen unidas la procacidad y la difamación, la cobardía y el cinismo. Una escuadra, tripulada por gentes advenedizas, sin instrucción ni disciplina, se dispone a venir a este archipiélago con el descabellado propósito de arrebatarnos cuanto significa vida, honor y libertad. Preténdese inspirar a los marinos norteamericanos el coraje de que son incapaces, encomendándoles, como realizable empresa, la de sustituir con el protestantismo la religión católica que profesáis; trataros como tribus refractarias a la civilización, apoderarse de vuestras riquezas como si os fuere desconocido el derecho de propiedad; arrebataros, en fin, las personas que consideren útiles para tripular los barcos o ser explotadas en faenas agrícolas o trabajos industriales. ¡Vanos propósitos! ¡Ridículos alardes!... ¡Filipinos! Preparaos a luchar, unidos cuantos cobija la gloriosa bandera española, siempre cubierta de laureles...»

En medio de ese entusiasmo bélico sólo hay un grupo pacifista. Es, curiosamente, el de los militares de carrera que, precisamente por serlo, conocen perfectamente la diferencia de poder militar entre ambos países. Este es el informe de los marinos al gobierno, sobre la posible marcha de la escuadra a las Antillas:

«Sobre los asuntos presentados a consulta por el señor almirante de la escuadra, en la junta de guerra celebrada a bordo del acorazado *Cristóbal Colón,* opina: 1.° Que las fuerzas navales de los Estados Unidos son tan inmensamente superiores a las nuestras en número y clase de buques, blindaje y artillería, y en preparativos hechos, y estando en tan ventajosa situación por la insurrección de Cuba, la posible de Puerto Rico y la aún latente de Oriente, que tienen elementos suficientes para atacarnos en las Antillas, en la Pen-

ínsula y sus islas y en Filipinas; y puesto que no se ha atendido a aquel archipiélago, que era, quizá, lo más urgente para limitar nuestro campo vulnerable, y lo que se hubiera conseguido con un solo acorazado, hoy todo lo que sea dividir nuestras fuerzas, siendo, como son, tan contadas, y apartarse de los mares de Europa, envuelve un error estratégico que traería la guerra a la Península, con un desastre espantoso en nuestras costas, pago de enormes rescates y, quizá, pérdida de alguna isla. Apenas se inicie la salida de esta escuadra para las Antillas, es de indiscutible evidencia, pues ya se ha iniciado más de una vez, que la escuadra volante americana saldrá para Europa; y aunque no se propusiera más que una *razzia* o una demostración contra nuestro litoral, la justa alarma de toda España traería el regreso obligado de esta escuadra, que forzosamente llegaría cuando el enemigo hubiera ya sacado todo el fruto de su impune victoria. Los únicos tres buques de guerra que quedan para la defensa de la Península, el *Carlos V*, el *Pelayo*, cuyas reformas no están terminadas, y el *Alfonso XIII*, de escasísimo andar, y éste sin garantía, no bastan para la defensa de las costas de España, y de ningún modo, para Canarias; sin que agregue ninguna fuerza militar a nuestra armada, ni el yate *Giralda*, ni los vapores *Germania* y *Normandía*, cuya adquisición se ha notificado oficialmente, buques de ninguna utilidad para el combate. 2.° El plan de defender la isla de Puerto Rico, abandonando la de Cuba a su suerte, es de todo punto irrealizable, pues si la escuadra americana destroza una ciudad de la última isla, a pesar de todos los planes del gobierno sobre esta materia, y así fuere el mayor disparate, el gobierno mismo se verá obligado, por la opinión en masa, a lanzar esta escuadra contra la americana, en las condi-

ciones y en el sitio que a ésta le plazca escoger. 3.° Aun suponiendo que se hubiera resuelto la defensa de Puerto Rico como única, la travesía, hoy, después de declarada la guerra, de hecho, sin un puerto militar donde reorganizarse a la llegada y sin una escuadra nuestra que distraiga a la del enemigo, que se supone hará de Saint-Thomas su base de operaciones, es también un error estratégico, tanto más deplorable cuanto se ha dispuesto de meses y aun de años para acumular en las Antillas las fuerzas necesarias. Lo que parece probable, de las noticias adquiridas, es que los recursos acumulados en Saint-Thomas deben ser para hacer el enemigo su base de operaciones en las cercanías de nuestras indefensas Vieques; todo lo que constituye una responsabilidad en el viaje, que debe quedar toda al gobierno de S. M. 4.° Reunidos estos tres acorazados y el *Cristóbal Colón*, sin sus "cañones de romper", a los dos que quedan en la Península y a los pocos y viejos torpederos que nos restan, se puede defender nuestro litoral desde el Guadiana a cabo Reus, con las Baleares y Canarias, gracias a la distancia del enemigo de su base de operaciones; pero defensa que será seguramente encarnizada si el enemigo acumula aquí sus buques más modernos; pero sin que sea posible evitar que las costas de Galicia y del Norte de España sufran más o menos, si el enemigo trae consigo una división ligera, ni aun ataques de horas en las mismas costas protegidas, pues los buques son muy pocos para dividirlos. 5.° Sensible es que no hayan buques suficientes para atender a todas las necesidades; pero el deber y el verdadero patriotismo obligan a presentar frente a frente los recursos que nos dio el país y las necesidades que las circunstancias acumulan sobre la patria en peligro. 6.° Por último, opina que, con el mayor respeto,

debe someterse la situación militar al señor ministro de Marina; reiterando la más profunda subordinación a las órdenes que comunique, y el firme propósito de realizar, con la mayor energía, los planes de operaciones que dicte a estas fuerzas, con completa abstracción de las consecuencias, que, una vez hechas presentes, quedan al cargo y responsabilidad del gobierno de S. M.

San Vicente de Cabo Verde, 20 de abril de 1892.

VÍCTOR M. CONCAS.» (1)

Era una voz en el desierto. Los Estados Unidos han anunciado ya su propósito de bloquear la isla de Cuba y la de Puerto Rico, y *El Correo Español,* se burla del intento efectuado por la «insignificante escuadra americana».

«LA GUERRA

Diario de observaciones

El bloqueo de nuestros puertos de la isla de Cuba, es cosa que no debe de preocuparnos. Es tan poco efectivo ese bloqueo que no ha de evitar el arribo de nuestros barcos mercantes a las costas de la gran Antilla. No ya la insignificante escuadra americana, pero ni todas las escuadras de Europa reunidas podrían cerrarnos el paso en las trescientas ochenta leguas de costa con que contamos.

Y el bloqueo, además, no puede ser fijo. Los buques han de estar a merced del tiempo, y un

---

(1) *La Escuadra del Almirante Cervera,* por VÍCTOR M. CONCAS, págs. 53-59.

temporal puede dispersarlos en pocos momentos. Grandes máquinas de guerra ni se expondrían cerca de las costas a un fracaso ni se aventurarían a capear en alta mar una tormenta. Y esto, que la mayoría de los barcos militares no pueden hacer, por falta de condiciones, marineras puede hacerlo cualquier barco mercante acostumbrado a luchar constantemente con los elementos. Y en estas circunstancias les sería fácil a muchos entrar y salir en nuestros puertos, aprovechando, naturalmente, las condiciones del tiempo y bonanza para burlar a mansalva todas las precauciones del enemigo.

De modo que por lo que más se pudiera temer el bloqueo, por la falta de víveres en la isla, podemos estar muy tranquilos. No llegarán a faltar ni un momento.

Las últimas noticias de La Habana dicen que la escuadra *yankee* se aproximó a la ciudad, llegando a cinco millas de sus fortificaciones. Parece que fueron hostilizados por nuestra artillería, y que los barcos volvieron a sus primitivas posiciones. Se conoce que trataron de practicar un reconocimiento, sin duda para estudiar la manera de efectuar el bombardeo, pues aunque despachos de Washington dicen que por ahora la escuadra norteamericana se concretará a bloquear la isla, nosotros creemos que no han de tardar muchos días, y acaso horas, sin arrojar los proyectiles de sus cañones sobre la ciudad.»

(*El Correo Español*, 24 de abril de 1898.)

He aquí las posibilidades de la «insignificante escuadra americana», comparada con la española:

Según Chadwick, *The relations of the United*

States and Spain: «The Spanish American War», New York, 1911.

«*Acorazados de primera clase:* Estados Unidos: 3; España: 0.

Acorazados de segunda clase: Estados Unidos: 1; España: 1.

Cruceros acorazados: Estados Unidos: 2; España: 3.

Monitores: Estados Unidos: 4; España: 0.

Cruceros protegidos: Estados Unidos: 6; Espana: 1.

Cruceros no protegidos y cañoneros: Estados Unidos: 16; España: 5.

Cazatorpederos: Estados Unidos: 0; España: 6

Destructores: Estados Unidos: 0; España: 7.

Torpederos: Estados Unidos: 8; España: 4.

El *Pelayo* y el *Carlos V*, acorazados, estaban en reparación.»

Y con este panorama, lo que podría considerarse órgano más responsable, el gobierno, llega a la más insensata de las propuestas. El general Correa, ministro de la Guerra, desafía a los americanos a una lucha mano a mano.

«No soy de los que alardean de seguridades en el éxito, caso de romperse las hostilidades; pero soy de los que creen que, de dos males, éste es el mejor; el peor sería el conflicto que surgiría en España si nuestro honor y nuestros derechos fuesen atropellados.

La opinión no debe alarmarse porque los Estados Unidos, si la guerra estalla, nos eche a pique algún barco. Esto puede ser consecuencia natural de la guerra.

Lo que se debe evitar a todo trance es que nos cojan un barco y se dé motivo para que el telégrafo anuncie que se ha izado la bandera americana en uno de nuestros acorazados.

Antes volarle.

¡Ojalá que no tuviésemos un solo barco!

Esta sería mi mayor satisfacción.

Entonces podríamos decirles a los Estados Unidos desde Cuba y desde la Península:

—¡Aquí estamos! ¡Vengan ustedes cuando quieran!

No veo la situación tan extremada como mi compañero el señor Moret.

Sin embargo, si el conflicto llega, y no seguramente porque haya fracasado la intervención del Papa, aquí estamos dispuestos a no perder ni un átomo de nuestro territorio.»

(*Heraldo*, 6 de abril.)

La idea persiste. Si se enfrentan el soldado español y el norteamericano, este último no tiene nada que hacer ante nuestro valor ancestral. Véase lo que dice el órgano del tradicionalismo español:

«...Pero demos por supuesto el hecho poco probable de que, abrumados por el número, consiguieran poner el pie en territorio de la isla y ocupar el puerto y población de Santiago.

Admitamos también que, una vez ocupada la plaza y establecida en ella su base de operaciones, emprendían la conquista del país. A poco que nos amparase la fortuna, tendrían que ir ganando palmo a palmo el terreno, en el que, seguramente, además de las bajas causadas a sus huestes por las balas de nuestros Maüser, irían dejando un reguero de muertos del vómito, paludismo, disentería y demás enfermedades comunes al clima, y cuando llegasen a las provincias occidentales, se encontrarían con su ejército diezmado y compuesto de esqueletos ambulantes.

Nos explicaríamos que hubiesen puesto empeño en tomar un puerto próximo a La Habana para desde allí dirigir sus operaciones y por la mayor facilidad en preparar un ataque contra dicha plaza, pero que establezcan su base de operaciones a 1.314 kilómetros de la misma sin otras vías de comunicación que las marítimas, nos parece una temeridad, que ha de costar muy cara a los ensoberbecidos súbditos del tío Sam.

Tenemos tal confianza en que los españoles de Cuba sabrán cumplir como buenos, que no nos importaría gran cosa el ver desembarcado en sus costas un ejército de 50.000 americanos, pues abrigamos la seguridad de que, a poco que nos favoreciera la suerte, pronto darían cuenta de ellos.

Nuestros temores tienen otro fundamento. El de que la política del gobierno neutralice la resistencia enérgica a que están dispuestos nuestros hermanos de allende el océano, y resulten estériles para nuestro porvenir en Cuba los sacrificios de vidas y haciendas.

Más que a los yanquis tememos a las imprudentes declaraciones de Silvela, Moret y Sagasta.»

(*El Correo Español*, 4 de junio de 1898.)

Con este ambiente no es raro que el gobierno dé una orden concreta. La flota saldrá hacia Cuba.

«Oída la junta de generales de Marina, opina ésta que los cuatro acorazados y los tres destructores salgan urgentemente para las Antillas. Sometida esta opinión al gobierno de S. M., la acepta, disponiendo que se den a V. E. amplias facultades para dirigirse a las Antillas, confiando en su pericia, conocimiento y valor; pudiendo tomar informes en aquéllas antes de recalar en

Puerto Rico o Cuba, si lo estimase más conveniente, en vista de los informes recibidos. La derrota, recalada, casos y circunstancias en que V. E. debe empeñar o rehusar el combate, quedan a su más completa libertad de acción. En Londres tiene a su disposición 15.000 libras. Los torpederos deben regresar a Canarias, con los buques auxiliares, marcándoles V. E. la derrota. La bandera americana es enemiga.»

En carta fechada el mismo día 24 de abril, pero que no cerró hasta el 27, Cervera escribió al ministro de Marina; «Con la conciencia tranquila voy al sacrificio, sin explicarme ese voto de los generales de Marina que significa la desaprobación y censura de mis opiniones; lo cual implica la necesidad de que cualquiera de ellos me hubiese relevado.»

Eso lo decía un técnico.

La gente, en cambio, cantaba por la calle:

A Mac-Kinley le han salido
dos granos en la mollera;
uno en forma de Cuba
y otro en forma de Cervera.

...porque, claro, donde no hay cantidad, compensa la calidad

Tú podrás tener escuadras;
cuatro, cinco, nueve y diez;
yo tengo una pequeñita
y te traigo a mal traer.

El primer aldabonazo a esa increíble auforia le da el combate naval de Cavite, donde los buques americanos aprovecharon, como harían después

en Cuba, su mayor potencia de tiro para disparar a mansalva sobre la escuadra española.

La escuadra de Dewey, en el sudeste asiático, estaba formada por cuatro cruceros protegidos y dos no protegidos. La de Montojo, por seis cruceros, de los cuales sólo uno protegido. El total de tonelaje de la flota yanqui era de 19.000 toneladas, con 87 cañones grandes y 46 pequeños. La española contaba con 11.600 toneladas y la desproporción era mucho mayor en la artillería: 42 cañones grandes y 53 pequeños.

Hubo 167 muertos y 214 heridos en los buques españoles. En los americanos las bajas fueron sólo de dos oficiales y seis marineros heridos por astillas a bordo del *Baltimore*.

La prensa española publica, sin poder creer lo que llega por el cable, la noticia de la desgracia.

«EL DESASTRE DE CAVITE

(Versión norteamericana)

En el despacho, que aparece fechado en Manila el 1.° del actual y transmitido ayer desde Hong-Kong, dice el comandante de la escuadra norteamericana que ha sido destruida toda la flota española, compuesta de 11 barcos, y que en el combate de Cavite murieron 300 españoles y quedaron heridos 400.

Ningún buque norteamericano sufrió averías; no murió ningún tripulante, solamente resultaron heridos seis.

En un segundo despacho dice Dewey:

«He destruido las fortificaciones de Cavite y los fuertes de la entrada de la bahía.

He tomado posesión del apostadero de Cavite.

La guarnición y los oficiales de la ciudad y sus

fuertes, donde he entrado, han quedado en libertad, bajo palabra de honor de que no harán armas contra los Estados Unidos.»

Termina Dewey con las siguientes palabras:

«Dominamos en la bahía por completo. Podemos tomar a Manila cuando queramos.

La salud es excelente en la escuadrilla.

No conozco exactamente las bajas sufridas por los españoles; pero han sido grandes.»

De Washington dicen que el gobierno ha reservado la parte de los despachos donde Dewey pide refuerzos, víveres y material de sanidad.

Demuestran los partes del comodoro que no hubo realmente combate, y que los *yankees*, aprovechando el mayor alcance de sus cañones se colocaron fuera de la acción de la artillería de los barcos españoles, abrasándolos impunemente a larga distancia.

Probablemente las pocas bajas de los *yankees* fueron producidas por algún disparo de las baterías de Cavite o de los fuertes de la entrada de la bahía.

Añade que hay mucha excitación en Manila, y que él se encargará de proteger a los residentes extranjeros.

El secretario de la Guerra, Mr. Long, telegrafió ayer al comodoro Dewey las siguientes palabras:

«El presidente os da las gracias en nombre del pueblo norteamericano por vuestra espléndida victoria.»

El gobierno ha nombrado a Dewey almirante jefe de la escuadra del Pacífico.

Mr. Mac-Kinley enviará un mensaje al congreso federal recomendándole que vote una felicitación al vencedor de Cavite.»

(*La Epoca*, 2 de mayo.)

Y estos son los partes del vencido:

«Capitán general de Filipinas a ministro de la Guerra:

Anoche a las once y media —30 de abril—, disparos de cañón de las baterías entrada del puerto anunciaron escuadra enemiga y con oscuridad noche debió forzar paso. Al amanecer de hoy desplegó sobre Cavite y su arsenal, rompiendo nutridísimo fuego, sosteniendo brillante combate nuestra escuadra, protegida por baterías de aquélla y de ésta plaza, obligando a la enemiga, que ha sufrido grandes averías, a hacer varios cambios y evoluciones. A las nueve se ha retirado escuadra americana a la parte oeste bahía, donde ha fondeado detrás de buques mercantes extranjeros. Nuestra escuadra, ante excesiva superioridad de la enemiga, ha sufrido bastante, y fuego a bordo en el *Cristina,* y otro está explotado, y se consideran perdidos, con sensibles bajas, entre ellas, comandante *Cristina, Cadarso.* No puede dar más pormenores por carecer parte detallado. Espíritu levantado de la Marina, Ejército y voluntarios. AUGUSTÍ.»

...y del almirante Montojo a ministro de Marina:

...«A medianoche de ayer la escuadra americana consiguió forzar puerto, antes de amanecer; presentó en línea ante Cavite los ocho buques de que se compone. A las siete y media se incendió proa *Reina Cristina;* poco después ardió también popa. Roto servomotor, transbordé con mi Estado Mayor. A las ocho, completamente incendiado *Reina Cristina,* e igualmente el *Castilla.* Los demás buques averiados se retiraron ensenada Bacoor, siendo preciso echar alguno a pique porque no cayesen en poder del enemigo. Bajas numerosas, entre ellas capitán de navío *Cadarso,* capellán *Novo* y otros.—MONTOJO.»

Y *La Epoca* intenta un...

«Resumen del hecho...

Descartando la parte de jactanciosa exageración que hay en los partes del comodoro Dewey a su gobierno, y lo que éste ha suprimido o variado en ellos al darles publicidad, y añadiendo a lo que dicen los del general Augustí lo que contienen entre líneas, resultan los hechos tal y como siguen:

Primero: la escuadra norteamericana entró en la bahía de Manila por sorpresa, y apareciendo frente a la española de Cavite antes de que ésta pudiera adoptar disposiciones de combate buscando el apoyo de las baterías de Manila, la cañoneó desde gran distancia, valiéndose de la diferencia entre los alcances de su artillería y la nuestra.

Así los buques de madera, como la *Castilla,* o de hierro con instalaciones interiores también de madera, como el *Reina Cristina,* ardieron fácilmente, y los demás, unos sufrieron graves averías y otros fueron echados a pique por orden del contraalmirante Montojo, para que no cayesen en poder del enemigo.

Segundo: una vez destruida nuestra escuadra y habiendo sufrido Cavite grandes daños y el incendio de sus edificaciones de materiales ligeros, concentrados sobre dicha plaza los fuegos enemigos, no era posible a la guarnición y marinería libre de la escuadra española sostenerse allí, por lo que se retirarían hacia Manila, por Bacoor y Parañaque.»

(*La Epoca,* 2 de mayo.)

Resulta curioso que la magnitud del desastre filipino no fue apreciado todavía en lo que signi-

ficaba, quizá porque la distancia física era también distancia moral. Al revés, la gente reaccionó con mayor indignación, pidiendo incluso la muerte de quien quisiera buscar una solución posible.

«El desastre de Cavite es preciso vengarle, y vengarle duramente.

Que nadie hable en estos momentos de duelo para la patria, de intervenciones ni componendas, porque ese sería el más grande enemigo de la patria. Ojo por ojo, y diente por diente, hasta que España alcance la reparación debida.

Y si hay algo que se oponga a los patrióticos deseos de España, si se interpone en su camino algún extraño obstáculo que trate de dificultar su acción para vengar a sus hermanos, no muertos, sino asesinados en Cavite, y volver por la honra y el nombre de su territorio y el honor de sus armas, se le arrolla y destroza primero, para luego ejecutar lo demás desembarazadamente y libre de traidores.»

(*El Correo Español*, 2 de mayo de 1898.)

Sisenio Delgado, popular autor de la época, insiste en el castigo al contemporizador:

...Corso en el mar, bandidos en la tierra,
guerra salvaje, sin cuartel... ¡la guerra
del dolor, de la furia y del despecho!
y que sienta su bárbaro estallido
la torpe humanidad que no ha querido
defender la justicia y el derecho.
Ysi hay un español, sea quien fuere,
que un arreglo *buscare o admitiere*
y de él la paz ignominiosa aguarde,
si alguno deja la compacta fila

vendiendo nuestro honor... ¡Se le fusila por traidor a la patria, y por cobarde!

Sinesio DELGADO
(Madrid Cómico)

Tras la derrota naval filipina, la terrestre no se hará esperar. El general Augustí informa al gobierno —23 de junio— de su desesperada situación:

«Sigo sosteniéndome en la línea de blocaos; pero el enemigo aumenta a medida que va rindiendo y apoderándose de provincias. Lluvias torrenciales que inundan trincheras, dificultan defensas, aumentan bajas por enfermedades en mis tropas y contribuyen a hacer penosísima la situación que provoca crecimiento de deserciones indígenas. Suponiendo que cuenta con 30.000 indios, armados de fusiles y 100.000 con bolos, me ha intimado Aguinaldo rendición, por medio de parlamentarios, para evitar víctimas; pero he despreciado proposiciones sin escucharlas, porque estoy resuelto a sostener soberanía, honor y bandera hasta último extremo. Tengo más de 1.000 enfermos, 200 heridos, y la ciudad murada invadida por moradores de barrios rurales, que los abandonan ante desmanes indios y constituyen un embarazo más para defensa y un mayor conflicto, caso de bombardeo, de que hasta ahora no hay grandes temores. Urge envío de prontos y poderosos auxilios, antes de que se agoten elementos de defensa.»

Entretanto, la vida prosigue. He aquí *La inconsciencia nacional,* según una crónica de *La Epoca.*

«¡Eh, eh! ¡A la Plaza!

Da gozo salir por esas calles. ¡Qué tiempo tan hermoso! ¡Qué cielo más azul! Los árboles de los paseos ostentan sus trémulas guirnaldas; brotan las flores en los prados y cantan las aves en las espesuras. Mujeres hermosas lucen sus encantos realzados por blondas, sedas y claveles... Todo invita a la alegría; todo aviva en los corazones el placer de vivir.

Madrid se divierte.

La Castellana ofrece soberbio espectáculo: el desfile de las carreras de caballos. Magníficos trenes, recreando con su lujo la vista de endomingada muchedumbre, van y vienen por entre la larga avenida a que dan sombra copudos árboles y limitan magníficos hoteles.

Otra muchedumbre acude en tropel a la Plaza de Toros: allá van el repleto tranvía, el ruidoso ómnibus, el desvencijado simón conduciendo millares de *aficionados*... La cosa lo merece. Va a tomar la alternativa un diestro apodado el *Conejito*. ¡Ante tan brillante solemnidad, qué importa lo demás!...

Por allá, por las orillas del Manzanares, entre frescos bosquecillos, resuenan los repiqueteos de los pianos de manubrio: parejas de enamorados danzan al compás de los alegres sones, y en los grupos sentados en el césped anda a la redonda la enorme bota de rancio Valdepeñas.

Y en los Cuatro Caminos, en las Ventas del Espíritu Santo, en la Florida, en la Fuente de la Teja, el buen pueblo de Madrid se divierte en grande, libre de penas, contento con su suerte y dándosele un ardite de otra cosa que no sea el pasar gozosamente la vida.

Que 600 españoles han sido ametrallados a mansalva acorralados junto a las costas de Cavi-

te... ¿Qué importa? ¡Está aquello tan lejos!... A ojos que no ven... ¿Que la insurrección cunde en las Filipinas? ¿Y qué? Ya se arreglará aquello, aunque se arregle como lo de *Capa-rota.*

Que nuestra escuadra anda por esos mares, expuesta, a la hora menos pensada, a ser deshecha por fuerzas cuatro veces superiores... Bueno..., pues nos quedaremos sin barcos, lo que es una felicidad, según la autorizada opinión del ministro de la Guerra.

Que el motín ruge en las ciudades y en las aldeas, que el pan falta, que los artículos de primera necesidad suben, que la plata se va, que la miseria amenaza con dejarnos en cueros vivos...

¿Qué importa? Disfrutemos del día presente; cojamos las flores de hoy... Vivamos y gocemos, y que después venga tras de nosotros el diluvio.

¡Ea! ¿Quién dijo penas? La tarde es hermosa, el ambiente tibio y perfumado... Día de fiesta, día de corrida... ¡Eh, eh!... ¿A la Plaza!

ZEDA. (Francisco FERNÁNDEZ DE VILLEGAS.)»
(*La Epoca*, 8 de mayo de 1898.)

Mientras tanto, la escuadra de Cervera llega a Cuba. El haber burlado el bloqueo es celebrado como si fuera una victoria, pero luego, lógicamente, la presión se estrecha. ¿Qué hay que hacer entonces? La prensa da consejo tras consejo; todos dan su opinión pero, en general, la idea común es clara. ¡Hay que salir al encuentro del enemigo! Al fin y al cabo es poca cosa... gente sin espíritu, sin honor... El *Heraldo* del 6 de abril había llegado a decir que la tripulación de los barcos de guerra yanquis desertaría al primer cañonazo, dado que estaban compuestas de gente sin moral. Y el diputado Romero Robledo hace in-

creíbles manifestaciones en la cámara, el 23 de junio: «Las escuadras son para combatir».

«...Además, S. S. se entretiene en pedir el fomento de la escuadra en los momentos en que, si perdemos las colonias, podrá suprimirse el ministerio de Marina.

¿Por qué no sale la escuadra de Santiago? ¿Por qué entró allí? Los americanos quisieron cerrar la boca del canal con el *Merrimac;* ¿es que la escuadra no puede salir? ¿Por qué no sale? Las escuadras son para combatir, y si se pierde, ¿para qué la queremos y para qué nos sirven esas máquinas infernales que tantos sacrificios han costado al país?

Hoy mismo, dice el señor Cervera, que desembarca la marinería, porque el combate será por tierra. ¿Es que no habrá combate en el mar? ¿Es que las poderosas corazas de nuestros barcos no han de ser rozadas por los proyectiles enemigos? ¿Es que los barcos van a estar en la bahía con las máquinas apagadas para que sea arriada la bandera española como en Cavite?

El almirante Cervera debe salir de Santiago de Cuba aceptando el combate naval.

Si no responde a lo que exige la opinión pública, a lo que reclaman los intereses de la patria, procede su relevo, como fue relevado el general Martínez Campos y otros, por no aceptar el gobierno su plan de campaña.»

Y el almirante Cervera escribe al general Linares el 25 de junio:

«Hoy, como antes, considero la escuadra perdida, y el dilema es: perderla destruyéndola, si Cuba (Santiago) no resiste, contribuyendo a su defensa, o perderla sacrificando a la vanidad la mayor parte de mi gente. ¿Qué es lo mejor? Como un hombre sin ambición y sin locas pasiones, creo que debe hacerse lo más sensato y afirmo con el

mayor énfasis que nunca seré quien decida la horrible e inútil hecatombe que será el único posible resultado de la salida por la fuerza, pues tengo que considerarme responsable ante Dios y la historia de las vidas que se sacrifiquen en el altar de la vanidad, y no en la verdadera defensa de la patria... A él (al general Blanco) incumbe decidir si debe ir al suicidio arrastrando conmigo estos 2.000 hijos de España.»

Y el almirante Cervera salió, efectivamente, al encuentro del enemigo sabiendo perfectamente que iba a la destrucción de la flota y, muy probablemente, a la de su vida y la de sus compañeros. En la España ebria de mentiras sobre las posibilidades bélicas, él y sus oficiales eran los únicos que sabían a lo que se exponían.

Las primeras noticias de la batalla son optimistas. Con la pérdida de dos destructores, la escuadra parece haber roto victoriosamente el bloqueo...

«DE GUERRA
Santiago de Cuba 4 (8 m.)

Comandante general interino a ministro Guerra:

Nueve y media mañana 3), salió escuadra Cervera del puerto, rompiendo fuego sobre la enemiga y sosteniendo con ella combate durante una hora, sin perder ordenada formación un momento hasta que desapareció por Oeste, seguida de los barcos americanos *Iowa, Massachusets, Indiana, Brooklyn, New York* y varios yates.

Según informa comandante castillo Morro, tenemos que lamentar pérdida dos *destroyers* en esta jornada gloriosa para nuestra marina.

General jefe tropas enemigas intimó rendición plaza, anunciando caso contrario bombardeo ciudad.

Da plazo para evacuación extranjeros, mujeres y niños, hasta las diez de la mañana del día 5.

He contestado ordéname deber defender plaza.

TORAL.»

(El Liberal.)

El telegrama siguiente da noticias muy distintas. Los españoles se enfrentan con la mayor derrota naval desde los tiempos de la Invencible.

«Habana (sin fecha)

Entre los muertos se encuentra el capitán de navío don Fernando Villaamil, jefe del Estado Mayor.

El comandante del *Oquendo,* don J. Lazaga, capitán de navío, se ha suicidado.

Resultaron heridos en el combate el almirante Cervera, el comandante del *María Teresa,* don Víctor Concas, capitán de navío, y el comandante del *Vizcaya,* capitán de navío don Antonio Marín Eulate.

Los marinos americanos han respetado las armas a los prisioneros.

Estos pasan de 1.000.»

Los titulares rezaban...

«DETALLES DEL COMBATE NAVAL

La alternativa de muerte o rendición.—Granizada de proyectiles, vías de agua, ríos de sangre.—Sucumben, pero no arrían la bandera.»

Y la crónica siguiente precisaba...

«Alta mar, a diez millas al Oeste de Santiago, 3 (4 t.).

Por más que los barcos americanos estuvieron expuestos a un fuego terrible mientras duró el combate con la flota de Cervera, no fueron casi tocados por los proyectiles españoles.

La tentativa del contraalmirante Cervera de escapar del puerto y de salvar sus barcos en presencia de fuerzas imponentes que tenían que aniquilarlos, es digna de las más valerosas acciones que puedan contarse en la historia de las guerras navales.

Cervera no tenía otra alternativa que aventurarse a ser destruido o rendirse a discreción.

Y luchó sin descanso, aun en los momentos en que su propio barco almirante estaba incendiado, presa de las llamas y a punto de hundirse en el mar.

Los americanos vieron a los españoles inmediatamente después que éstos salieron del puerto.

Les siguieron durante dos horas a lo largo de la costa hacia el Oeste, haciendo llover sobre los barcos una granizada de proyectiles, que perforaban los cascos de acero, abrían profundas y extensas vías de agua e inundaban de sangre el puente de los buques.

En momento alguno mostraron los españoles voluntad o deseo de renunciar al combate.

No arriaron nunca la bandera, ni aun cuando los barcos comenzaban a sumergirse, ni aun cuando las espesas nubes de humo mostraban que ardían por completo.

Los buques de la escuadra de Cervera, en tal estado, se dirigieron hacia la playa, que distaba del punto del combate menos de una milla.

Madrid 6.

Terrible combate escuadras murieron seiscientos tripulantes de los *destroyers Plutón* y *Furor,* y de los cruceros *María Teresa, Vizcaya, Oquendo* y *Cristóbal Colón.*

El choque violentísimo contra las rocas completaba la obra de destrucción de las granadas de Sampson.

Las tripulaciones abandonaron entonces los barcos, y con ayuda de las embarcaciones enviadas por los buques americanos, ganaron tierra.

De dos mil doscientos veintisiete hombres que componían la dotación de la escuadra española —varía, según los autores— la cifra de muertos, 350 a 323; heridos, 150 a 160; prisioneros, 1.670 a 1.700.»

Más detalles sobre la derrota.

«*Al embarrancar en la playa.—Las emboscadas de los insurrectos.—Cervera a bordo del* Glocester.—*Los "yankees" felicitan a nuestro almirante.*

Alta mar, al Oeste de Santiago, 3 (5 t.).

Una vez desembarcados los marineros españoles, se entregaron a discreción a los americanos, que desembarcaron un destacamento para proteger a los prisioneros contra las partidas de insurrectos.

Estos se hallaban al acecho, emboscados en la manigua en el flanco de una colina.

Y desde allí se disponían a caer como fieras hambrientas sobre los náufragos españoles.

Tres horas después de haber salido la flota de Cervera de Santiago de Cuba, tres cruceros y dos torpederos yacían en la playa, rotos, deshechos, a diez o quince millas al Oeste del Morro.

Las llamas y el humo salían de sus costados, cubriendo la línea de la costa de una niebla espesa que se podía ver a distancia de muchas millas desde el mar.

Cuando el fuego llegaba a los pañoles, donde

se almacenaban las municiones, sonaban formidables explosiones.

Los barcos españoles se hundían profundamente en la playa, donde sus cascos se destrozaban al contacto con las rocas y empujados por las olas.

El contraalmirante Cervera tocó tierra en una embarcación enviada por el barco americano *Glocester*, en ayuda del *María Teresa*.

Tan pronto como Cervera saltó a tierra, se rindió el teniente Mortoa y pidió ser conducido a bordo del *Glocester*, el cual era el único barco americano que estaba allí cerca.

El único barco que entonces pudo escapar fue el *Cristóbal Colón*, que al salir de Santiago partió a gran velocidad.

El *Oregon*, el *Brooklyn* y otros muchos navíos americanos lo persiguieron, tirando constantemente al *Cristóbal Colón*.

Este contestaba al fuego con sus cañones de popa.

El *Colón*, por de pronto, escapó al tiro de los barcos americanos a causa de su velocidad superior.

Sampson dice que fue apresado a sesenta millas de Santiago.

El capitán del *Iowa*, que participa la caza del *Cristóbal Colón*, afirma en su despacho que no era posible que pudiera escapar de los tiros del *Oregon*.

El plan de Cervera de salir de Santiago de Cuba era absolutamente inesperado por parte de Sampson.

REUTER.»

He aquí el telegrama que mandó desde el buque que era su prisión, el *Iowa*, el almirante de-

rrotado. La frase final es un resumen de la batalla y de la guerra hispanoamericana.

«Salí ayer mañana con toda la escuadra y después de un combate desigual y contra fuerzas más que triples que las mías, toda mi escuadra quedó destruida, incendiada y embarrancados *Teresa, Oquendo* y *Vizcaya* que volaron, y el *Colón,* según informes de los americanos, embarrancado y rendido y los cazatorpederos a pique; ignoro las pérdidas de gente, pero seguramente suben de seiscientos muertos; la gente toda rayando a una altura que ha merecido los plácemes más entusiastas de los enemigos; al comandante *Vizcaya* le dejaron su espada; estoy muy agradecido a la generosidad a hidalguía con que nos tratan; entre los muertos está Villaamil y creo Lezaga y entre los heridos Conca y Eulate. Hemos perdido todo.»

Si el ataque del almirante Cervera fue quijotesco, su caída también parece la del ingenioso y triste hidalgo.

...Cuenta el comandante Wainwright, del *Gloucester.*

«Recuerdo cuando Norman trajo al almirante a bordo. Al ver que el anciano caballero no tenía puestas más que su ropa interior chorreando agua, me sentí culpable. Cuando el valiente y viejo almirante llegó a bordo había dejado de ser un enemigo... Su táctica puede discutirse, nunca su valor. Me sentí orgulloso de tener el privilegio de ser el primero en felicitarle por su heroica lucha.»

Para el general Miles, general jefe de las fuerzas norteamericanas, la salida de la flota española fue una de las hazañas más audaces de la historia de la guerra naval. «No olvidemos —señaló— que se dirigía al encuentro de una escuadra que tenía

cuatro veces su poder.» Y al serle preguntado, por el periodista del *New York Herald* (5 de julio), la razón de que hubiera escogido al almirante español el salir de día contestó que probablemente se debía a la sinuosidad del canal con las boyas marcadoras, invisibles en la noche y el casco del *Merrimac* (hundido adrede por los americanos para evitar la salida) como un obstáculo muy difícil de evitar.

Otra razón, más precisa, la dio el capitán Crowninshield: «Imagino que al salir del puerto, lo que Cervera quería era aparecer, lo más dignamente posible, ante los ojos del mundo.»

En los Estados Unidos —como en España— estaban convencidos de que Dios estaba a su lado y la victoria no hizo más que confirmar sus esperanzas. «Rodilla en tierra —dice en titulares el *New York Herald*—, norte, sur, este y oeste se unen en plegarias de elogio y agradecimiento por las victorias conseguidas por nuestro ejército y armada sobre España y que aportarán la libertad a un pueblo oprimido.»

Los sacerdotes de distintas denominaciones aparecían seguros de este hecho. Para el pastor episcopal de Brooklyn, «nos vimos obligados a intervenir en Cuba en nombre de la humanidad, América debe guiar al mundo cristiano para defender a los débiles». «Esta guerra —terminó— es un juicio de Dios contra España por los siglos de cruel opresión y maldades.»

Aparte de las razones religiosas había otras más terrenales que regocijaban a la prensa americana y que se reflejan en la mención de «Unidad» y de los puntos cardinales. Era la primera vez que el país se enfrentaba con una guerra después de la suya civil; era, pues, la prueba de fuego de una unión todavía difícilmente conseguida tras la lucha de Secesión que había dejado hon-

das cicatrices. En ese aspecto el 1898, representó para los Estados Unidos un momento de orgullo que ligó a los más reluctantes. Cuando llegue la prueba siguiente —la de la Guerra Europea— no cabrá ni siquiera la duda de que reaccione igual el hombre de Chicago que el de Alabama, el de Nueva York que el de Arizona.

Después de la decepción naval vino otra más fuerte. Porque la inmensa mayoría de los españoles estaban de acuerdo en que, si a distancia unos cañones americanos podían hacer más bajas que los españoles, en el momento de intervenir la infantería, todas las posibilidades estaban a favor de nuestros soldados. Y asombrosamente se enteraron que, también en tierra firme, la organización y material de los yanquis, podían resolver la guerra en su favor. Santiago capitula; honrosamente, pero capitula.

«Términos de la convención militar para la capitulación de las fuerzas españolas que ocupan el territorio de la división de Santiago de Cuba, bajo el mando del general Toral, convenidos entre los comisarios abajo firmantes: general de brigada don Federico Escario, teniente coronel de Estado Mayor don Ventura Fontán, y como intérprete, Mr. Robert Mason, de la ciudad de Santiago de Cuba, nombrados por el general Toral, comandante de las fuerzas españolas, en nombre del Reino de España, y mayor general Joseph Whueeler V. S. V., mayor general H. W. Lawton U. S. V. y primer teniente J. D. Miley, del segundo de artillería A. D. C., nombrados por el general Shafter, comandante de las fuerzas americanas, en nombre de los Estados Unidos:

1. Que todas las hostilidades entre las fuerzas americanas y españolas en este distrito cesarán absoluta e inequívocamente.

2. Que esta capitulación se aplica a todas las fuerzas y material de guerra de dicho territorio.

3. Que los Estados Unidos están de acuerdo para, en el plazo más breve posible, transportar todas las tropas españolas en dicho distrito al Reino de España, teniendo lugar el embarque, en lo posible, en el puerto más próximo a las guarniciones que ocupan actualmente.

4. Que se permitirá a los oficiales del ejército español que conserven sus armas de cinto y tanto a los oficiales como a los soldados su propiedad personal.

5. Que las autoridades españolas estén de acuerdo en remover, o ayudar a la marina americana a remover, las minas o cualquier otra obstrucción a la navegación actualmente existentes en el puerto de Santiago y su boca.

6. Que el comandante de las fuerzas españolas entregará inmediatamente un inventario completo de todas las armas y municiones de guerra de las fuerzas en el distrito arriba descrito al comandante de las fuerzas americanas; así como un estado de los efectivos de las fuerzas españolas en dicho distrito.

7. Que se autoriza al comandante de las fuerzas españolas a llevar consigo, cuando abandone el citado distrito, todos los archivos militares y documentos pertenecientes al ejército español que se encuentren actualmente en en dicho distrito.

8. Que se permitirá permanecer en la isla de Cuba a todos los que forman parte de las fuerzas españolas conocidas como voluntarios, movilizados o guerrillas que lo deseen, a condición de entregar sus armas y dar palabra de honor de no hacer armas contra los Estados Unidos mientras dure la presente guerra entre los Estados Unidos y España.

9. Que las fuerzas españolas realizarán la salida de Santiago de Cuba con los honores de la guerra, depositando a continuación sus armas en un lugar convenido, en espera de lo que disponga respecto a ellas el gobierno de los Estados Unidos; estando entendido que los comisarios de los Estados Unidos recomendarán que el soldado español vuelva a España con las armas, que con tanta bravura ha defendido.

10. Que las disposiciones de este instrumento entrarán en vigor inmediatamente después de su firma.

Hecho en el día 16 de julio de 1898, por los comisarios abajo firmantes, bajo las instrucciones de sus respectivos comandantes generales, y con la aprobación de sus respectivos gobiernos.

(Firmado)

Joseph Wheeler — Federico Escario
H. W. Lawton — Ventura Fontán
J. D. Miley — Robert Mason.»

Y unas semanas más tarde lo hacen las islas Filipinas.

El acta de la capitulación se firmó el 14 de agosto; he aquí su texto:

«Primero: Las tropas españolas, europeas e indígenas capitulan con la plaza y sus defensas, con todos los hombres de la guerra, depositando sus armas en los lugares que designen las autoridades de los Estados Unidos y permaneciendo acuarteladas en los locales que designen y a las órdenes de sus jefes y sujetos a la inspección de las citadas autoridades norteamericanas, hasta la conclusión de un tratado de paz entre ambos beligerantes. Todos los individuos comprendidos en la capitulación quedan en libertad, continuando los

oficiales en sus respectivos domicilios, que serán respetados, mientras observen las reglas prescritas para su gobierno y las leyes vigentes.

Segundo: Los oficiales conservarán sus armas de cinto, caballos y propiedad privada.

Tercero: Todos los caballos públicos y propiedad pública de todas clases se entregarán a los oficiales de Estado Mayor que designen los Estados Unidos.

Cuarto: Relaciones completas, por duplicado, de las tropas por cuerpos, y listas detalladas de la propiedad pública y efectos de almacén, serán entregados a los Estados Unidos en el plazo de diez días, a partir de la fecha.

Quinto: Todas las cuestiones relacionadas con la repatriación de los oficiales y soldados de las fuerzas españolas y de sus familias y con los gastos que dicha repatriación ocasione, serán sometidas al gobierno de los Estados Unidos en Washington. Las familias podrán salir de Manila cuando lo estimen conveniente. La devolución de las armas depositadas por las fuerzas españolas tendrá lugar cuando se evacúe la plaza por las mismas o por el Ejército americano.

Sexto: A los oficiales y soldados comprendidos en la capitulación se les proveerá por los Estados Unidos, según su categoría, de las raciones y socorros necesarios, como si fuesen prisioneros de guerra, hasta la conclusión del tratado de paz entre los Estados Unidos y España. Todos los fondos del Tesoro español y otros públicos se entregarán a las autoridades de los Estados Unidos.

Séptimo: Esta ciudad, sus habitantes, sus iglesias y su culto religioso, sus establecimientos de enseñanza y su propiedad privada de cualquier índole quedan colocados bajo la salvaguardia especial de la fe y honor del ejército americano.»

El Desastre —así se llamará simbólicamente este año del 98— provoca numerosos estudios. ¿Qué ha ocurrido? ¿a dónde vamos? Uno de los más famosos se debe a la pluma de Francisco Silvela; se titula «Sin pulso» y estudia la atonía que invadió a España tras la guerra perdida:

«...no se oye nada; no se percibe agitación en los espíritus ni movimiento en las gentes. Los doctores de la política y los facultativos de cabeza estudiarán, sin duda, el mal... pero el más ajeno a la ciencia que preste alguna atención a asuntos públicos, observa este singular estado de España; donde quiera que se ponga el tacto, no se encuentra el pulso.

Monárquicos, republicanos, conservadores, liberales, todos los que tengan algún interés en que este cuerpo nacional viva, es fuerza se alarmen y preocupen con tal suceso. Las turbulencias se encauzan, las rebeldías se reprimen, hasta las locuras se reducen a la razón por la pena o por el acertado régimen; pero el corazón que deja de latir y va dejando frías e insensibles todas las regiones del cuerpo, anuncia su descomposición y la muerte al más lego.»

Esta situación hay que arreglarla, hay que buscar nuevos caminos. Silvela apunta ya los principales móviles de lo que se llamará más tarde «generación del 98». Primero: enfrentarse con la realidad...

...«Hay que dejar la mentira y desposarse con la verdad; hay que abandonar las vanidades y sujetarse a la realidad, reconstituyendo todos los organismos de la vida nacional sobre los cimientos modestos pero firmes que nuestros medios nos consientan, no sobre las formas huecas de un convencionalismo que, como a nadie engaña, a todos desalienta y burla.»

Y relaciona, como algo que no debe repetirse, la

mayoría de elementos que han intervenido en el resultado de la guerra perdida.

«No hay que fingir arsenales ni astilleros donde sólo hay edificios y plantillas de personal que nada guardan ni nada construyen; no hay que suponer escuadras que no maniobran ni disparan, ni cifrar como ejércitos las meras agregaciones de mozos sorteables, ni empeñarse en conservar más de lo que podamos administrar sin ficciones desastrosas ni prodigar recompensas para que seduzcan de ellas heroísmos...»

Y refieriéndose a los movimientos separatistas que nacen naturalmente, cuando sobreviene la derrota.

«... y hay que levantar a toda costa y sin pararse en amarguras y sacrificios... el concepto moral de los gobiernos centrales, porque si esa dignificación no se logra, la descomposición del cuerpo nacional es segura.

El efecto inevitable del menosprecio de un país respecto de su poder central, es el mismo que a todos los cuerpos vivos produce la de la anemia y decadencia de su fuerza central...»

(*El Tiempo*, Madrid, 16 de agosto.)

Efectivamente, con el desastre, retoñan los movimientos regionalistas. Unamuno acusa a sus paisanos de discriminación respecto al castellano emigrado, el «maqueto». Será una de sus constantes obsesiones; a ella aludirá treinta y cuatro años después, en el congreso de la República, al discutirse el Estatuto de Cataluña, con los mismos ejemplos y, casi, con las mismas palabras que aquí.

«EL ANTI - MAQUETISMO

Cuando hace más de cuatro años, en julio de 1894, dediqué a este mismo asunto dos artículos en *Las Noticias,* de Bilbao, mi pueblo, no faltó quien dijera que veía visiones, concediendo inmerecida importancia a una chifladura sin alcance alguno. Sucesos revelaron que no exageré la importancia del movimiento denunciado allí, y la elección del señor Arana ha atraído, por fin, sobre él la atención general.

Creo conocer bastante bien el carácter y alcance en la comarca que el Nervión baña, del movimiento llamado *separatista,* cuyo valor es inútil querer reprimir. Extiéndese su espíritu, con mayor o menor intensidad, desde los que se contentan con escribir *Bizkaya* y otros desahogos tan inofensivos y pueriles, hasta los que leían con fruición aquello de que si un *maqueto,* estando ahogándose, pidiera socorro a un vizcaíno neto, debía éste contestarle: *nik eztakit erdaraz* (no sé castellano), barbaridad que se estampó en un papel que circulaba con éxito entre el clero joven de Vizcaya.

El calificativo más adecuado al movimiento es tanto el de *separatismo* como el de *antimaquetismo.* Es, ante todo y sobre todo, una explosión de enemiga hacia el español no vascongado, el *maqueto,* establecido en Bilbao y que allí trabaja. Las raíces del movimiento son de carácter económico, radicando en el desarrollo industrial de la región minera. Es un hecho análogo a tantos otros fenómenos sociales semejantes, como la enemiga de los checos contra los alemanes en Bohemia, pongo por caso.

En el mismo Ayuntamiento de la villa de Bilbao han llegado a establecerse diferencias con motivo de cierta escuela de sordo-mudos, entre los veci-

nos indígenas y los vecinos naturales de otro pueblo, como si éstos no contribuyeran en igual medida que aquéllos a levantar las cargas municipales. Y es un síntoma harto significativo en de que tal monstruosidad pasase sin más protesta que la de los socialistas. El antimaquetismo manso tiene en Bilbao más raíces de lo que se cree.

El nombre maqueto, de origen castellano, procede de la región minera, donde se le aplicaba, en un principio, en sentido de advenedizos o intrusos, los naturales de la comarca aquella, y con ellos los obreros del país a los pobres braceros que acudían de toda España a ganarse un jornal con su trabajo, enriqueciendo a los dueños de minas, vizcaínos en su mayoría. De allí se ha extendido a toda Vizcaya.

El rápido desarrollo que en poco tiempo alcanzó la industria extractiva del Nervión, y la riqueza que a su favor fue acumulándose, atrajo multitud de gentes de toda España, como siempre sucede, tiene que suceder y debe suceder.

Mientras se encontraba fácil empleo productivo para los ahorros del pasado trabajo, y con la extensión de éste, crecían el interés del capital, el beneficio del empresario y la renta del propietario, era bien recibido todo el que acudiese a hacer producir a los capitales y se miraba con buenos ojos la inmigración; pero así que se ha llegado al punto crítico de la acumulación capitalista y que los capitales difícilmente hallan empleo lucrativo para sus dueños en aquel mismo mercado, ha tomado gran incremento toda forma de aplicación socialmente improductiva y florece que es una plaga el agio en todas sus formas. Bilbao padece el brutal caciquismo de la industria, ejercido por gentes del país sobre todo, no por maquetos y por gentes sin cultura ni elevación de miras.

Hoy, tal vez, sea Bilbao la población española en que *sobre* más capital.

...Es que los colaboradores de la producción se han dejado sentir como concurrentes al consumo, es que hay que repartir el trigo entre los segadores y tocan a poco. Culpan a la llamada *invasión* de males que lleva consigo el proceso mismo económico. Es la cantinela de siempre basada en profunda ignorancia del dinamismo social, ignorancia que es la base principal del movimiento antimaquetista, cuyo actual cabecilla (1), aunque no de talento, carece en absoluto de sentido histórico a pesar de las *historias* que tiene atiborrada la mollera y se muestra en sus escritos ayuno por completo de cultura científica en cuestiones sociales; que hay que separar el antimaquetismo de la cuestión social lo prueba el hecho de que florezca aquél en Bilbao, cuya historia, durante siglos, ha sido un continuo pleito contra la base del régimen foral mismo, con cuyo restablecimiento perdería no poco la villa del Nervión.

...El regionalismo es, en el fondo, no ya distinto, sino hasta opuesto a todo antimaquetismo.»

MIGUEL DE UNAMUNO
(Catedrático)

Igualmente Cataluña, ante la pérdida de fuerza del poder central, extremó sus pretensiones. El 12 de junio de 1898, la «Unio Catalanista», hacía, en su quinta Asamblea, la ratificación del manifiesto del año anterior (16 de marzo de 1897) en el que se había dicho:

---

(1) Sabino Arana, que este año precisamente, y no por coincidencia, acababa de salir elegido diputado, primer triunfo electoral de los bizcaitarras.

«Queremos la lengua catalana con carácter oficial y que sean catalanes todos los que en Cataluña desempeñen cargos públicos; queremos Cortes catalanas no sólo para ordenar nuestro derecho y nuestras leyes civiles, sino para todo cuanto se refiere a la organización de nuestra tierra; queremos que catalanes sean los jueces y magistrados, y que dentro de Cataluña se fallen en última instancia los pleitos y causas; queremos ser árbitros de nuestra Administración, fijando con entera libertad las contribuciones e impuestos; queremos, en fin, la facultad de poder contribuir a la formación del ejército español por medio de voluntarios o dinero, suprimiendo en absoluto las quintas y levas en masa, y estableciendo que la reserva regional forzosa preste servicio solamente en Cataluña.»

...añadiendo ahora: «Es urgente y de absoluta necesidad que Cataluña tenga gobierno de sus intereses y que influya en la dirección de los exteriores proporcionalmente a sus fuerzas.» El Estado español, tras el desastre era considerado como incapaz de hablar en nombre de todos los que componían el mundo hispánico.

Mientras tanto siguen las consecuencias políticas de la derrota. España, que no había querido mencionar la posibilidad de una separación de Cuba antes de la guerra, cede ahora, incluso a Puerto Rico, donde no había habido guerra de independencia.

El texto del Protocolo, firmado en Washington —12 de agosto de 1898— por el secretario de Estado de los Estados Unidos, William R. Day, y el embajador extraordinario y plenipotenciario de la República francesa cerca de aquel gobierno, Jules Cambon, con plenos poderes éste último del gobierno de España, es el siguiente:

«Artículo 1.° España renunciará a toda pre-

tensión a su soberanía y a todos sus derechos sobre Cuba.—Art. 2.° España cederá a los Estados Unidos la isla de Puerto Rico y las demás islas que actualmente se encuentran bajo la soberanía de España en las Indias Occidentales, así como una isla en las Ladrones, que será escogida por los Estados Unidos.—Art. 3.° Los Estados Unidos ocuparán y conservarán la ciudad, la bahía y el puerto de Manila, en espera de la conclusión de un tratado de paz, que deberá determinar la intervención *(contrôle)*, la disposición y el gobierno de las Filipinas.—Art. 4.° España evacuará inmediatamente la isla de Cuba, Puerto Rico y las demás islas que se encuentran actualmente bajo la soberanía española en las Indias Occidentales; con este objeto, cada uno de los dos gobiernos nombrará comisarios, en los diez días que seguirán a la firma de este Protocolo, y los comisarios así nombrados deberán, en los treinta días que seguirán a la firma de este Protocolo, encontrarse en La Habana a fin de convenir y ejecutar los detalles de la evacuación ya mencionada de Cuba y de las islas españolas adyacentes; y cada uno de los dos gobiernos nombrará, igualmente, en los diez días siguientes al de la firma de este Protocolo, otros comisarios, que deberán, en los treinta días que seguirán a la firma de este Protocolo, encontrarse en San Juan de Puerto Rico y de las demás islas que se encuentran actualmente bajo la soberanía de España en las Indias Occidentales.—Art. 5.° Los Estados Unidos y España nombrarán, para tratar de la paz, cinco comisarios a lo más por cada país; los comisarios así nombrados deberán encontrarse en París el primero de octubre de mil ochocientos noventa y ocho lo más tarde y proceder a la negociación y a la conclusión de un Tratado de Paz; este Tratado quedará sujeto a la ratificación con arreglo

a las formas constitucionales de cada uno de ambos países.—Art. 6.º Una vez terminado y firmado este Protocolo, deberán suspenderse las hostilidades en los dos países, y a este efecto se deberán dar órdenes por cada uno de los dos gobiernos a los jefes de sus fuerzas de mar y tierra tan pronto como sea posible.»

Para el presidente Mac-Kinley, las Filipinas se las había otorgado Dios a los Estados Unidos.

«Las Filipinas se encuentran en otra situación (acababa de hablar de Cuba y Puerto Rico). No es menos cierto, sin embargo, que sin ninguna idea preconcebida de adquisición total o parcial, la presencia y triunfos de nuestras armas en Manila nos imponen obligaciones que no podemos desatender. La marcha de los acontecimientos regula y se impone a las acciones humanas. Confesando, sin reserva, el propósito que ha inspirado todos nuestros esfuerzos, y manteniéndonos fieles a él, no podemos dejar de comprender que, sin deseo ni designio por nuestra parte, la guerra nos ha impuesto nuevos deberes y responsabilidades que debemos cumplir y satisfacer como incumbe a una gran nación sobre cuyo desenvolvimiento y carrera, desde su mismo principio, el Señor de todas las naciones *(Ruler of Nations)* ha claramente inscrito el alto mandato y empeño de la civilización.»

...Y empezó el triste drama de los repatriados, cuyo aspecto da clara muestra de la organización con que habían sido mandados. «Formaron las tropas con el traje de viaje haraposo y sucio, produciendo un efecto desastroso», dice el corresponsal del *Heraldo.*

«Coruña, 10.

Se ha verificado el desembarco de los repatriados que vinieron en el vapor *Montevideo.*

A bordo se pasó revista al regimiento de Cuba.

Formaron las tropas con el traje de viaje, haraposo y sucio, produciendo un efecto desastroso.

Procedióse a la limpieza de los soldados, bañándolos en agua tibia. Después se les dio un traje nuevo completo.

El momento de la muda sobre cubierta, produjo escenas movidas e interesantes.

La generalidad de los soldados se halla en buen estado.

Fueron transportados a las gabarras desembarcando en orden de formación.

Los socios de la Cruz Roja atendieron a los enfermos con una solicitud digna de los mayores elogios, pasando sólo 77 enfermos al hospital.

Muchos marcharon hoy a sus casas.»

(*Heraldo*, 11 de septiembre.)

En su honor se levanta la voz poética de quien será más tarde famosa como novelista. Concha Espina, que se firma todavía añadiendo el apellido de su marido, pide venganza en los últimos versos.

A LOS REPATRIADOS

Con entusiasmo ardiente,
De anhelos prenda,
Yo os canté cuando fuisteis
Para la guerra;
Y con fe viva,
Yo recé por vosotros
Todos los días.
Yo con vuestras esposas
Y vuestras madres
Compartí las angustias

Y los pesares;
Y a vuestros hijos
Los quise casi tanto
Como a los míos.
Yo por vuestras hazañas
Y vuestros triunfos
Sentí el alma embargada
De noble orgullo;
Y ni un momento
Mantuve abandonado
Vuestro recuerdo.
Yo de vuestro cansancio
Sentí fatiga,
Me causaron dolores
Vuestras heridas,
Y moralmente
Sufrí todas las penas
De vuestra suerte.
Dejadme, pues, que llore
Sobre las ruinas
De vuestras ilusiones,
De vuestra vida
De todo aquello
Que me fue tan querido
Porque era vuestro.
Siguiendo condolida
Vuestro camino,
Os lloro desgraciados,
Mas no vencidos;
Que no es venceros
Devolveros a España
Ya medio muertos.
No hay soldado en el mundo
Que aún se resista
Estando cual vosotros
En la agonía;
¡Y hay en el mundo
Quien lucha con soldados

Ya moribundos!
Hay pueblo humanitario
Que tiene a gala
Mandaros expirantes
A vuestra patria.
¡Y sois montones
De esqueletos vivientes
Que fueron hombres!...
Morid los que llegasteis
A nuestros brazos
Con la paz de los héroes
Y de los santos.
¡Morid en calma
Sobre el triste regazo
De vuestra España!
La patria que os bendice
Y os ama tanto
Os vengará en un día
Tal vez cercano;
Y Dios por ella
Os dará imperdurable
La recompensa.

CONCHA ESPINA DE SERNA.

Santander, 1898.
(*Moda Elegante Ilustrada,* 14 de noviembre.)

La prensa pide a gritos la cabeza de los culpables, olvidándose de la frivolidad con que excitó al pueblo español a luchar con la «miserable y despreciable nación de choriceros». Empieza, inmediatamente, como en el caso de todas las derrotas, la búsqueda de las responsabilidades. ¿De quién es la culpa? Del gobierno, dicen la oposición y los militares. «De éstos», afirma el conde de las Almenas, en una frase de brutal efecto, co-

mentada al día siguiente en toda España: «¡Hay que subir muchas fajas desde la cintura al cuello!»

«SENADO

Sesión del día 7 de septiembre de 1898.

Comienza a las tres y cuarto, presidiendo el señor Montero Ríos.

En los escaños, regular concurrencia; en el banco del gobierno, los ministros de Ultramar y Marina, y en la tribuna, más espectadores que de ordinario.

...Pide la palabra el general Weyler.

(Expectación en todos los lados de la Cámara.)

Expresa su sentimiento por no haber oído ayer al señor conde de las Almenas, cuyas palabras son consideradas por el marqués de Tenerife como una verdadera injuria al Ejército, y especialmente, a los jefes que le han mandado en Cuba, Filipinas y Puerto Rico.

—La culpa de todo lo que ha sucedido —dice—, no la tiene el Ejército, sino los hombres políticos que estuvieron y están al frente del gobierno de la nación.

Recuerda la campaña de hostilidad que hacia su persona hizo parte de la prensa peninsular y de la gran Antilla, cuando estuvo mandando el ejército de Cuba.

Dirige cargos al gobierno por haber nombrado para el gobierno insular cubano a individuos cuyos antecedentes debían conocer en Madrid.

Tratando de la guerra entre España y los Estados Unidos, pregunta:

—¿Cómo la había preparado el gobierno de Madrid? ¿Qué preparación de guerra se hizo en Cuba y Filipinas?

"Desde que llegó a Madrid Mr. Woodford, veía yo que íbamos rápidamente a la guerra. ¿Estábamos en condiciones para ir a la guerra? Yo no lo sé; pero lo que sí sé perfectamente es que debió llamar entonces a los que entienden de estas cosas y le hubieran aconsejado si se debía o no ir a la guerra. Tal vez yo, de haber sido llamado, habría dicho que no.

"La autonomía no era, como se dijo en Zaragoza, la paz, sino la guerra a plazo fijo.

"Señor conde de las Almenas: ¿Tenía la nación recursos para sostener la guerra con los Estados Unidos?

"Desearía que su señoría nos lo demostrase.

(El conde de las Almenas pide la palabra.)

"El ejército —prosigue el general Weyler— cumplió en todas partes con todos, absolutamente con todos sus deberes.

"Hablemos de la escuadra del almirante Cervera.

"Yo desearía que se trajera aquí el acta de la Junta de generales que determinó la salida de Cabo Verde a Santiago de Cuba.

Entiendo que aquella escuadra no resolvería en la gran Antilla ningún problema. Indudablemente se cometió en el asunto una grave falta de lesa patria. La escuadra, sépalo el país, debió quedarse en Canarias o debió haber ido oportunamente a Hong-Kong, donde se encontraban los buques americanos que se preparaban a salir para Manila en busca de otra flota débil, casi sin medios de defensa.

"Y una vez que la escuadra de Cervera llegó a Santiago ¿qué disposiciones para socorrerla tomó el capitán general de Cuba?

(El presidente llama la atención del general Weyler, rogándole que se atenga sólo a rectificar lo dicho por el conde de las Almenas.)

—Creo —sigue el marqués de Tenerife—, que el ejército de Santiago, como todo el de Cuba, se ha batido bizarramente. Si los resultados obtenidos no respondieron a la abnegación del ejército, la culpa es de otros, y las responsabilidades no deben exigirse más que a ellos.

"Día llegará, señores senadores, en que discutamos sobre todo esto. Ni siquiera lo intento ahora porque comprendo que sería enteramente inútil. No se dejaría conocer lo que yo dijese, por la misma razón que no se ha permitido que los periódicos publiquen la noticia de mi reciente regreso a Madrid.

"Respecto de Filipinas hay también mucho que hablar; pero renuncio a ello por igual motivo y porque el general Primo de Rivera, que se halla presente, podrá dar al Senado cuantos informes convenga conocer.

(El señor conde de las Almenas levántase para contestar al general Weyler.)

Rechaza los cargos que le ha dirigido el general Weyler, e insiste en cuanto manifestó ayer.

A una frase del conde de las Almenas, que no oímos bien, replica el general Primo de Rivera:

—¡Eso es injusto!

El conde de las Almenas, con energía:

—¡Lo que digo es cierto!

El general Primo de Rivera:

—¡Lo veremos, lo veremos!

El conde:

—¡Lo veremos! ¡No faltaba más! ¡A mí —dice enérgicamente— no me asustan ni me achican los entorchados!

(Varios senadores: "¡Muy bien, muy bien!" Otros protestan, y se produce bastante confusión.)

El presidente restablece el orden a fuerza de campanillazos.

—Hay que arrancar de algunos pechos —grita

el conde de las Almenas— muchas, pero muchas cruces, y hay que subir muchas fajas desde la cintura al cuello.

("¡Muy bien, muy bien!" —dicen algunos senadores.)

Pide la palabra el ministro de la Guerra, quien ruega al conde de las Almenas que suspenda todo juicio sobre los asuntos de la guerra hasta que los Tribunales que están funcionando nos digan quiénes han delinquido y cómo delinquieron.

El general Weyler:

—¡Muy bien!

Rectifica el señor marqués de Tenerife.

Es breve y no dice nada interesante.

Habla después el general Primo de Rivera.

Protesta contra la especie de que exista una inteligencia entre varios generales para marchar de acuerdo en el debate planteado por las palabras que en la sesión de ayer pronunciara el conde de las Almenas.

—Si el señor conde de las Almenas —dice el citado general— tiene alguna faja, debe llevarla no al cuello, como él pide para los demás, sino a la boca.

"Aquí no se puede venir con noticias del arroyo y con informaciones de los corresponsales yanquis. Aquí es preciso traer, señor conde, datos irrefutables y hechos concretos.

Hace un caluroso elogio del soldado español y defiende a los generales, jefes y oficiales y a la administración del Ejército...»

(Diario de Sesiones.)

Tras el Tratado de París, sólo le quedaba a España algunos archipiélagos del Pacífico. Se «liquidó» prácticamente este resto imperial al año

siguiente con la cesión de las islas Carolinas con las Palaus y las Marianas, excepto la de Guam.

«1.º El Imperio alemán reconocerá en dichas islas a las órdenes religiosas españolas los mismos derechos y las mismas libertades que reconozca a las misiones de las órdenes religiosas alemanas. 2.º El Imperio alemán dará al comercio y a los establecimientos agrícolas españoles el mismo trato y las mismas facilidades que da en los referidos archipiélagos, a los establecimientos agrícolas y al comercio de sus súbditos alemanes. 3.º España podrá establecer y conservar, aun en tiempo de guerra, un depósito de carbón para las marinas de guerra y mercante, en el archipiélago de las Carolinas, otro en el de las Palaos y otro en el de las Marianas. 4.º El Imperio alemán indemnizará la cesión de los territorios supradichos mediante la suma de 25 millones de pesetas, que serán abonados a España. Además, el gobierno de S. M. y el gobierno Imperial han convenido en que éste solicitará del Consejo Federal y del Parlamento alemán la autorización necesaria para conceder a las importaciones españolas en Alemania los derechos de la nación más favorecida, entendiéndose que esta autorización ha de preceder a la ratificación del acuerdo de transferencia de soberanía en las islas del Pacífico. Recíprocamente, el gobierno de S. M. otorgará a las importaciones alemanas en España los derechos de la tarifa convencional, facultado para ello por la Ley de 10 de julio de 1894. Dichas concesiones mutuas en las tarifas arancelarias, empezarán a regir el mismo día en ambos países y continuarán en vigor durante cinco años, si antes no se celebra un nuevo acuerdo en cuanto a las relaciones comerciales entre las dos naciones, y terminado este plazo, se considerarán como prorrogadas de

año en año, mientras a ello no se oponga alguna de las dos partes contratantes.»

(Ley de 14 de junio de 1899.)

Poco a poco, los gritos pidiendo justicia para los responsables, van acallándose como si los españoles empezaran a darse cuenta de la verdad evidente de que todos habían colaborado en la desgraciada empresa. Los poetas, que tan animosamente lanzaron a los soldados a la batalla, enmudecen en su mayor parte. Núñez de Arce entonará unos versos de aliento...

A ESPAÑA, EN SUS TRISTEZAS

...En estas horas
de febril inquietud, ¿quién, patria mía,
merece como tú la pobre ofrenda
de mi respeto y de mi amor? Postrada
en los escombros de tu antigua gloria,
la negra adversidad, con férrea mano,
comprime los latidos de tu pecho
y el aire que respiras envenena.
Como tigre feroz clavó sus garras
la catástrofe en ti, y en tus heridas
entrañas sacia su voraz instinto.
¿Quién al mirar tus lágrimas no llora?

El poeta, como los ensayistas de la «generación del 98», cree que hay que cambiar de rumbos. Acercarse a Europa, olvidar sueños guerreros, buscar en la industria, en la agricultura, en la educación los nuevos caminos.

...Surge del fondo
de tu aislamiento secular, y marcha
con paso firme y corazón resuelto
sin mirar hacia atrás, siempre adelante.
Sean la escuela, el taller y el surco
los solos campos de batalla, en donde
tu razón y tus fuerzas ejercites.
Entra en las lides del trabajo y vence,
que entonces de laureles coronada,
más fecunda, más próspera y más grande
seguirás, fulgurando, tu camino
por los arcos triunfales de la historia,
la prez de España.

La idea de que hay que cambiar a esta España que se nos ha quedado antigua, desfasada, arcaica, está en todos los intelectos finos del país; y títulos como *Del desastre nacional y sus causas* (Isern), *La moral de la derrota* (Morote), *Nos regeneramos,* de Cologan, marqués de Torre Hermosa, *¿El pueblo español ha muerto?* (Madrazo), *Los desastres y la regeneración* (1) *de España* (Rodríguez Martínez), muestran a las claras la obsesión nacional.

El más «catalán» de los poetas regionales se unirá a la lamentación por el desastre, pidiendo un cambio en la actitud española.

---

(1) La obsesión de la palabra produjo unas reacciones humorísticas. Pío Baroja, considerado elemento clave de la «generación del 98», ironiza, en *La busca,* titulando una zapatería «A la regeneración del calzado», y añade: «El historiador del porvenir, seguramente, encontrará en este letrero una prueba de lo extendida que estuvo en algunas épocas cierta idea de regeneración nacional, y no le asombrará que esa idea, que comenzó por querer reformar y regenerar la constitución y la raza española, concluyera en la muestra de una tienda de un rincón de los barrios bajos, en donde lo único que se hacía era reformar y regenerar el calzado.»

ODA A ESPAÑA

Escucha, España, la voz de un hijo
que te habla en lengua no castellana;
hablo en la lengua que me ha legado
la tierra áspera:
en esta lengua pocos te hablaron,
en la otra muchos.

Ella te habló de los saguntinos
y de los que por la patria mueren;
y por tus glorias y tus recuerdos
—recuerdo y gloria de cosas muertas—,
triste has vivido.

Yo voy a hablarte de otra manera.
¿Por qué vertiste la sangre inútil?
La sangre es vida si está en las venas,
para los de hoy, para los que vengan;
vertida es muerte.

Pensaste siempre sólo en tu honor
y no pensaste nunca en tu vida;
tus hijos, trágica, diste a la muerte.
Te sostenías de honras mortales,
y eran tus fiestas tus funerales
¡oh, triste España!

Yo vi los barcos marchar repletos
de hijos que dabas para la muerte:
alegres iban cara al azar,
y tú cantabas, cerca del mar,
como una loca.

¿Dónde tus barcos? ¿Dónde tus hijos?
Dilo al Poniente y a la ola brava:
perdiste todo, ya nada tienes.
¡España, España, vuelve en ti misma:
rompe en llanto de madre!

Sálvate, sálvate de tantos males;
que el llanto te haga fecunda y viva;
piensa en la vida que en torno tienes;
alza la frente
hacia los siete tonos del iris.

¿En dónde, España, que no te veo?
¿Mi voz no sientes atronadora?
¿No sientes esta lengua que te habla entre pe-
[ligros?
¿Temes en ella oír la de tus hijos?
¡Adiós, España!

JUAN MARAGALL
(Traducción de L. F. A.) (1)
(*España*, Madrid, 30 de abril de 1915.)

M. Fernández Almagro, en su luminoso e imparcial libro *Historia política de la España contemporánea*, recuerda otros libros significativos, entre ellos el del primer buscador de caminos nuevos que fue Joaquín Costa y otro más preciso: el de Macías Picavea, *El problema nacional: hechos, causas y remedios* (1898-9), diagnostica las causas del desastre citando el despotismo ministerial, caciquismo, centralismo, unidad católica, intolerancia, militarismo, moral bárbara, desorientación, incultura, vagancia, pobreza y otras muchas que marcan como culpables prácticamente a todos los españoles. Por ejemplo, está mal la intolerancia religiosa, pero también la irreligiosidad decadentista, etc. Picavea pide para su patria política hidráulica, pedagógica, moralizadora, autonomía municipal, separación de la Iglesia y el Estado, reformas obreras... en principio estará de acuerdo con él toda la llamada «generación del 98».

(1) ¿Luis Fernández Ardavin?

Resulta curioso que dos de las obras más importantes de la época en este sentido aparecieron en el año anterior al desastre. Tanto *En torno al casticismo*, de Unamuno, como *Idearium español*, de Ganivet, son de 1897. Los otros autores, como es sabido, son Maeztu (*Hacia otra España* es de 1899), Valle Inclán, Benavente, A. Machado, etc.

Costa había ratificado igualmente su repulsa por la vieja España en un manifiesto, tras la reunión de la Cámara Agrícola del Alto Aragón, casi dos años antes del desastre, en noviembre de 1896.

«Todo menos seguir arrastrando un año y otro año nuestra agonía, sin consuelo y sin esperanza, objeto de lástima y piedad por parte de los pueblos que, como las vírgenes sabias, no dejaron apagar su lámpara o se apresuraron a reencenderla; todo menos que se nos represente coronados y penitentes, diciendo que sufrimos, pero no padecemos, que hemos tomado demasionado *filosóficamente* el desastre; todo menos seguir reprimiendo la ira que rebosa en nuestros corazones y consintiendo cobardemente, como hemos consentido hasta ahora, que nos pongan el pie al cuello y se lo tengan puesto al país sujetos que debieran arrastrar grilletes en Ceuta u ocupar una celda en el manicomio, o un banco en la escuela; todo menos seguir engañándonos con la ilusión de estas instituciones de papel, que inocentemente hemos tomado en serio; Parlamentos de mozos que no sirven para ganarse la vida en el trabajo o el estudio, y van a divertirse con el país hasta hacerle rodar en el abismo; ministros desalumbrados que parecen no haber estudiado en otro libro de política que aquel de Benajmín Franklin, *Arte de hacer una nación chica con una grande;* arbitristas de imperio abisinio, que presumen redimir la Hacienda subiendo el precio del sello de correos y rebajando el presupuesto de Fomento; escuelas

de todos grados, que en vez de mejorar al hombre natural dotándole con alguna nueva excelencia, lo malean con un falso barniz de civilización que pervierte sus cualidades nativas; marina de guerra estacionada en la introducción, de la cual no ha sabido salir desde la víspera de Trafalgar; Diputaciones provinciales, las más de las cuales encierran un presidio en potencia; simulacros de tribunales, donde rara vez penetran las personas honradas sin dejar en ellos la dignidad o el caudal, especie de clavo pintado del que no podría colgarse una capa que no fuese pintura también, y del cual, sin embargo, está colgado todo un pueblo, compuesto de 18 millones de españoles declarados libres por la Constitución.»

LA VIDA ESPAÑOLA EN 1898

EL TEATRO

El acontecimiento teatral del año es la presentación en París de la compañía dirigida por F. Díaz de Mendoza, con varias obras de repertorio. *La dama boba, El desdén con el desdén, Mancha que limpia, Don Juan Tenorio, El vergonzoso en Palacio.* Los críticos esperan el resultado de esa salida al extranjero con cierto temor y recelo. Hay, en todos ellos, un convencimiento más o menos oculto de que seguimos siendo provincia —teatralmente hablando— en comparación con la capital francesa. Aunque resulta un éxito, hay, sin embargo, matices en el elogio.

«María Guerrero es un artista de gran talento, de muchas facultades —no tantas como fuera de desear— de exquisitas disposiciones... podría ser aún mejor si sus aduladores y sus triunfos no le ciegan.»

(*La Ilustración Española y Americana,* 30 oct.)

A otra pluma le asombra que la famosa actriz se declare partidaria de un poeta muy discutido

en España entonces. Me refiero a Gabriel d'Annunzio, a cuyos admiradores se les llama «estetas», con cierta mala intención. El hecho de que «la Sarah Bernard española escribiera a la francesa pidiéndole los derechos de *La ville morte*, del italiano, asombra e irrita a *Gedeon* (3 de febrero), ¿quién había de figurárselo?».

Los hermanos Alvarez Quintero estrenan *La buena sombra*, «un delicioso apunte andaluz..., la obra chorrea juventud, savia, y si por ese camino siguen esos muchachos, muchas obras podrán ser compañeras de *La buena sombra* que, en verdad, no les falta».

(*Blanco y Negro*, 12 de marzo.)

El teatro ¡naturalmente! está en crisis, como parece que ha estado toda su vida. En enero de este año cierran tres: Novedades, Cómico y Eslava que, según *Blanco y Negro*, no pudieron con el arranque de la cuesta económica, característica del primer mes del año.

He aquí una variada cartelera teatral de un día cualquiera de 1898:

PRINCIPE ALFONSO.—A las ocho y media: *Las pesquisas de mi suegro.—El padre Juanico* (de Angel Guimerá).

PRINCESA.—A las ocho y media. Turno segundo: *La corte de Napoleón.*

PARIS.—A las nueve. 186 de la temporada: *Marina.*

ZARZUELA.—A las ocho y media. (Moda): *El seminarista.—El señor Joaquín.—Entre mi mujer y el negro.—La buena sombra.*

APOLO.—A las ocho y media. (Beneficio de la primera triple cómica Joaquina del Pino): *La revoltosa.—Los altos hornos* (estreno).— *La verbena de la Paloma* o *El boticario y las chulapas y celos mal reprimidos.—El santo de la Isidra.* La última obra, en la mejor hora, era la llamada «cuarta de Apolo».

LARA.—A las ocho y media. 18 de abono. Turno tercero, par: *Las solteronas.—La praviana.—Los corazones de oro* (reprise). (Segundo acto de la misma. Próximo estreno: *El marido pintado.*

(Como se ve, se olvidaba a menudo el nombre del autor.)

TEATRO-CIRCO DEL BUEN RETIRO.—A las ocho y tres cuartos: Gran función ecuestre, gimnástica, acrobática, cómica y mímica, en la que tomarán parte los incomparables Charles Lamas y Masías O'Conor.
Entrada, una peseta.

SALON MURILLO (Alcalá, 14 y 16).—De nueve a una noche: Tiro al blanco por distinguidas señoritas.—Apuestas mutuas.

SALON SPORT (Príncipe, 12).—Tiro al blanco por distinguidas señoritas.—Sesiones de tres a siete de la tarde y de nueve a una de la noche.

PARQUE RUSIA.—Patines y montaña rusa todo el día.

JAI-ALAI.—A las cuatro: Dos grandes partidos en honor a los señores congresistas de higiene. En el primero, Zabarte y Eguibar contra Melchor y Olascoaga.
En el segundo, Brau y Francés contra Treset y Blener.

FRONTON EDER-JAI (Antiguo teatro Romea).—A las nueve y media: Grandes partidos por señoritas pelotaris.

El empleo de la «claque» es normal en los teatro madrileños. Pero un día se da un curioso caso. La «claque» patea la obra que tenía obligación de aplaudir y la empresa suspende a los rebeldes de empleo y sueldo. Pero lo que resulta aún más raro es que no se trataba de que los «alabarderos» se sintiesen obligados a coadyuvar en la reacción adversa del público, porque éste, por el contrario, había recibido muy bien la obra titulada *El generoso extremeño*. Lo cuenta *La Ilustración Española y Americana*, del 30 de noviembre.

En el anuncio del espectáculo se emplea terminología francesa e inglesa.

ESPECTACULOS

«Parísh.—Atendiendo indicaciones del público que no le gusta trasnochar, la empresa de este circo ha dispuesto para los jueves 15 y 22 del corriente dos *matinées fashionables*, en que se darán las vistas del Vargraph, que gustan más cada día, y en las que trabajarán los artistas más notables de este circo.

Anoche se aplaudió mucho a los tiradores argelinos, muy notables, al artista Robertson, equilibrista joven y de mérito; a la troupe Dincel y a los demás artistas que en la fiesta tomaron parte.

La entrada, un lleno.»

El Benavente típico, conocido de todos, está ya claramente en su primera obra de gran éxito: *La casa de las fieras*. Juego de palabras, sociedad

malvada que intenta destruir lo más sagrado, triunfo de la pureza y el amor.

La estrenaron Carmen Cobeña y Mario Thuiller en noviembre de 1898. He aquí algunas escenas...

«DON FERMÍN.—...si se arruinan no es culpa nuestra.

TOMILLARES.—Pero será culpa suya y la pagarán cara. ¡He visto tantos casos! La sociedad humana es democrática por naturaleza; tiende a la igualdad de continuo y sólo a duras penas tolera que nadie sobresalga de la común medianía; para conseguirlo es preciso una fuerza; poder, talento, hermosura, riqueza; alrededor de ella, atemorizados más que respetuosos, se revuelven los hombres como fieras mal domadas; pero, al fin, el domador cuida de alimentarlas bien y el poder ofrece destinos, la riqueza convites, el talento sus obras y las fieras parecen amansadas; hasta que un día falta la fuerza, decae el talento, envejece la hermosura, se derrumba el poder, desaparece el dinero... y aquel día, ¡oh! Ya se sabe, ¡la comida más sabrosa de las fieras es el domador!»

(*La comida de las fieras*, acto 2.)

«...Y, ¿se lleva bien el matrimonio?

—Están realmente enamorados uno de otro, ¿verdad, Luis?

TOMILLARES.—Así parece. Van juntos a todas partes.

TELESFORO.—¡Pero eso es una cursilería!

MARQUÉS.—No, eso era antes. Ahora se lleva mucho la virtud.»

(*La comida de las fieras*, acto 1, escena 3.)

«VICTORIA *(leyendo)*.—...que nadie sabe lo que ha sido de nosotros y "se asegura que el matrimonio se ha..." ¡Oh! ¡Separado! ¡Separados nosotros! ¿Oyes éstos? ¿Lo ves? *(abrazándole)*. Separados... No, eso no. Todo fue pasto de vosotros; nuestra reputación, nuestra fortuna... nos habéis arruinado, calumniado; os burláis de nosotros, pero separarnos... Eso quisierais. ¡Ah! Si nos vieran felices, unidos, más unidos que nunca... ¡entonces sí que no nos perdonarían!...

HIPÓLITO.—Pero nosotros les perdonamos. No contaban ellos que habíamos salvado de la ruina nuestra conciencia.

VICTORIA.—Y nuestro cariño.»

(La comida de las fieras, escena final.)

A un crítico le parece excesiva la libertad que se toma Benavente con las costumbres: «El que tan fino y delicado ingenio muestra, y hasta derrocha, para exponer hermosos pensamientos y cómicas agudezas, ¿por qué ha de deslustrarle con toques harto subidos de color, crudezas tan duras que desgarran el velo de la más limpia retórica?»

(La Ilustración Española y Americana, 30 de octubre.)

Como se vé tampoco andaba mal de léxico florido el crítico E. Bustillo.

En el mismo año se estrenará una obra de Echegaray, titulada *Silencio de muerte*. En principio la situación es parecida a la obra de Benavente. Pero donde este autor ironiza, sin llevar la sangre al río, Echegaray grita desesperadamente. Los

personajes se expresan en forma altisonante desde el principio. Una sombra del pasado impide la felicidad...

«ANGUSTIAS.—Escuche usted, Raimundo. Yo le he confesado sin escrúpulos, sin vacilaciones, con todo mi corazón, con la voluntad entera, mi cariño.

RAIMUNDO.—Y mañana le pido su mano de usted a doña Mercedes; a ella su mano de usted, a usted, toda su alma.

ANGUSTIAS.—Y ella la concederá gozosa.

RAIMUNDO.—*¿Y usted?*

ANGUSTIAS.—Yo... yo diré... y será mi sentencia de muerte "imposible, imposible, no me vea usted más, huya usted de mí".

RAIMUNDO.—¿Por qué? ¿Por qué esa sentencia cruel? Para usted no sé, para mí de muerte; ¿por qué?

ANGUSTIAS.—Porque es preciso, porque el deber lo exige; porque Dios lo manda; yo no puedo ser su esposa.

RAIMUNDO.—¿No es usted pura como los ángeles?

ANGUSTIAS.—Sí, ¡lo soy! ¡Soy orgullosa!

RAIMUNDO.—¿No confiesa usted que me quiere?

ANGUSTIAS.—...Con todo eso no puedo ser de usted. Créame usted *(con desesperación)*. ¿Imagina usted que nadie se desgarra el corazón por el gusto de desgarrarlo? ¿Imagina usted que nadie abandona la vida llena de luz, de alegría y de amor para acurrucarse en la fosa, llena de sombra, de tristeza, de olvido? ¿Ha de ser tan insensata? ¡Pues por algo será, Raimundo, por algo será!

RAIMUNDO.—Ya lo sé... ya lo sé... Ah, Angustias, ¡mi pobre Angustias! ¡qué niña! *(sonriendo, casi alegre)*. ¡Qué escrúpulos! ¡qué falta de confianza en mí!... ¡si lo sé todo!

ANGUSTIAS.—¿Todo?, ¿que lo sabe usted todo?
RAIMUNDO.—Sí, sí, todo. ¡Una desdicha de familia! ¡un drama sangriento!
ANGUSTIAS *(retrocediendo)*.—¡Ah!
RAIMUNDO.—Una mancha sobre el nombre de usted...
ANGUSTIAS.—¡Virgen santísima!
RAIMUNDO.—¡Una triste historia de deshonra y muerte!
ANGUSTIAS.—¡Dios mío! *(retrocede mirándolo con espanto)*.
RAIMUNDO.—...¿Y qué me importa todo eso, ni qué tiene usted que ver con todo eso? Venga, ¿es en su familia? ¿Y qué? No de entre esas deshonras lejanas que para usted no son deshonras; sombras de un borrón que pasa sobre las blancas alas de un ángel; del lodazal, del cieno, que aunque en él estuviera usted no podría tocarle, saco yo a mi Angustias; en el fuego de mis besos abraso miserias y en la pureza del amor blanqueo el armiño... Así, así la quiero yo a usted.»

(Silencio de muerte, escena IX, acto I.)

Al final, el drama. Herido de muerte en un duelo provocado por la maledicencia, el novio quiere saber todo lo ocurrido y ella se lo cuenta, demasiado tarde.

«ANGUSTIAS.—Aquella, no quiero nombrarla...
RAIMUNDO.—Sí...
ANGUSTIAS.—Tuvo un amante...
RAIMUNDO.—¡Ah!
ANGUSTIAS—Mi padre lo supo... fue a sorprenderlos...
RAIMUNDO.—¿Y tú?
ANGUSTIAS.—También lo supe, no te importe cómo...

RAIMUNDO.—No, ¡acaba...!
ANGUSTIAS.—Corrí... llegué... hice esconder a mi madre... me quedé yo... me deshonré yo... fue por ella, ¿hice bien?
RAIMUNDO.—Ah, eres mi Angustias... mía... mía... *(la abraza frenético).*
ANGUSTIAS.—¡Que nadie lo sepa!
RAIMUNDO.—No... te guardaré el secreto, mi Angustias *(cae muerto).*
ANGUSTIAS.—*(Grito horrible)* ¡Raimundo! ¡Raimundo! *(contemplándolo con además trágico)* No... No... Aunque le pregunten no contestará... silencio... ¡silencio de muerte!»

(*Silencio de muerte*, escena última.)

Eran los últimos coletazos de un estilo pasado de moda. Este desfase no lo vemos solamente nosotros, con la perspectiva histórica que tanto ayuda. Lo notaron muchos contemporáneos.

«Triste es —dice un crítico— ver a un ingenio de la talla de don José empeñado en la tarea de imposible romanticismo moderno, que tan poco aprovecha ya a la artista que le debió los primeros y más ciertos resplandores de su gloria.»

(*La Ilustración*, 15 de octubre.)

Benavente satiriza con mala intención a Echegaray y a la doble faceta de Guimerá, catalanista en Barcelona, pero que gustaba de estrenar en Madrid.

«...REPORTER.—¿Y con qué obras cuenta usted?
SECRETARIA.—En primer lugar... varios arreglos de obras extranjeras adaptadas a nuestro teatro.

REPORTER.—¿De quién son los arreglos?
DIRECTORA.—Son cosa nuestra... Siga usted...
SECRETARIA.—*Luz en la sombra.* Drama trágico.
REPORTER.—¿De Echegaray?
DIRECTORA.—No señora, de un joven murciano.
REPORTER.—Me sonaba el título.
SECRETARIA.—*¡Viva Madrid!*
REPORTER.—¿De Guimerá?
DIRECTORA.—Justamente. Se estrenó en catalán con el título de...
REPORTER.—Sí, de *¡Viva Barcelona!*»
(BENAVENTE: *Teatro feminista,* obra en un acto, diciembre de 1898.)

Los intelectuales del momento gustan de Ibsen. Los bien pensantes, escandalizados, reaccionan con sátiras como ésta:

LA CRITICA SERIA

A don Nicanor García,
que es un crítico eminente,
En la calle el otro día
Le halló mi amigo Vicente;
Y después de saludar
A tan eximio escritor,
De este modo empezó a hablar
Vicente a don Nicanor:
—He leído, hace un instante,
En una revista inglesa,
Una noticia importante
Que me ha causado sorpresa.
Ibsen, el famoso autor,
Tiene casi concluido
Un drama, que es el mejor
De cuantos ha producido.
La obra, por lo que se ve,

Será un acontecimiento.
Si me lo permite usté,
Le contaré el argumento.
—Con mucho gusto, Vicente;
Lo agradeceré infinito,
Porque Ibsen, precisamente,
Es mi escritor favorito.
...Se trata de un ingeniero
un loco, un degenerado,
que se queda sin dinero
el día menos pensado.
Y no sabiendo qué hacer
remedia su situación
uniéndose a una mujer
que lleva en dote un millón.
Y, ¡claro!, como a su esposa
sólo le une el vil metal,
ocurre luego una cosa
muy lógica y natural.
Y es que se cansa enseguida
de la mujer en cuestión,
y al ver que en su nueva vida
hallaba una decepción,
aunque su esposa es honrada,
la escarnece, la atropella,
y le da una puñalada
para verse libre de ella.
Demuéstrase de este modo
de una manera evidente
que el hombre debe hacer todo
lo que juzgue conveniente,
y que cuando se ha logrado
con la mujer un deseo
queda el hombre autorizado
para mandarla a paseo.
Esta es la tesis del drama.
¿Qué le parece? ¿Qué opina?
—¡Que acrecentará su fama!

¡Que es una cosa divina!
¡Que resulta, en mi opinión,
Atrevido, grande, hermoso!...
Mañana en El Moscardón
Le daré un bombo espantoso.
Quedó Vicente callado
Por ver lo que le decía,
Y después, emocionado,
Le dijo al señor García:
—Amigo don Nicanor,
Perdone si le engañé;
Pero... ¡yo soy el autor
Del drama que ha oído usté!
—¡Es posible!
—Sí. Respeto
Su opinión...
¡Qué atrocidad!
¡Vaya, vaya!... Y ¿con qué objeto
Me ha ocultado la verdad?
—Porque si le hubiese indicado
Que esa producción es mía,
¡Me hubiera usted contestado
Que era una majadería!

ALBERTO CASAÑAL Y SHAKERY
(*La Ilustración Española y Americana*, 30 de julio de 1898.)

El Santo de la Isidra, con música de Torregrosa, ofrece todos los valores que el público buscaba en Arniches: El padre sentencioso, la hija enamorada del chulo pero que se corrige a tiempo, el muchacho torpe y noblote, que termina con las ínfulas del chulo.

«...SEÑOR EULOGIO.—...Y diga usted que Venancio, en cuanto al físico, no le diré a usted que sea un Adonis o un Romeo y Julieta; pero en

lo tocante a hombría de bien, ríase usted de Guzmán el Bueno y de don Homobono, señá Inacia...»

(*El Santo de la Isidra,* acto 1, escena VI.)

«...SEÑOR EULOGIO.—El mundo, Venancio, en lo referente al amor es talmente una zapatería; la juventud es el escaparate, las mujeres son el calzao y el hombre el parroquiano. Las mujeres, como el calzao, ca una tiene una piel distinta;... las ties dende becerro (que Dios nos libre) hasta el charol más fino y reluciente. Ahora, que la mujer es un calzao que tié el defecto que no lo hacen a la medida. ¿Qué tié que hacer el hombre? Pues mirar por el escaparate y escoger a ojo y decir aquel calzao es el mío y entrar a disputárselo al "sursum corda"... ¿Me entiendes?... Bueno, tú has encontrao lo que te gusta, pues entra a cogerlo y cásate pronto porque mira, chico, el hombre que no se casa, u sea, el que no calzao como Dios manda, tié que andar con chanclas toa su vida... y pa eso más vale que te coja un carraquirri... créemelo.»

(*El Santo de la Isidra,* acto 1, escena X.)

Hace sólo unos meses que se ha estrenado una de las zarzuelas más populares, obra de Miguel Echegaray, música de Fernández Caballero. Los españoles recordarán durante años la explicación lírica de «La Viejecita» al entrar en el baile:

«Al espejo al salir me miré
y un consejo al espejo pedí
y el espejo me dijo: Sí, ve,

si disfrutas mejor para ti.
Y en carroza abierta
hasta aquí he llegado
y en la misma puerta
me gritó un soldado:
¡Eh! ¡Eh!
Viejecita, que vas al sarao,
no sé porque vas.
El que baile contigo esta noche
no pierde el compás.
Yo le dije: Si voy al sarao
no voy a bailar.
Voy a ver si recuerdo los tiempos
que alegres pasaron
y no vuelven más.»

Lo curioso es que el oficial que se disfrazaba de «Viejecita» no hacía más que volver a su auténtico sexo, ya que el papel ha sido siempre desempeñado por una mujer, en este caso, Lucrecia Arana.

LOS TOROS

Una crónica de toros de 1898; resulta que, a juicio del revistero, están saliendo unos toros que dan risa por lo pequeños y por falta de facultades. Torean Guerrita, Fuentes y Bombita.

«La primera corrida de abono verificada ayer tarde en la plaza de Madrid no dejó satisfecho al público, que llenaba casi totalmente las localidades.

El ganado de Moreno Santa María fue pequeño y de mediana lámina. El segundo toro, que correspondió a Fuentes, era un chivo, sin cuernos, sin poder y sin facultades. Los cinco compañeros, aunque mayores, no dieron juego. De lidia difícil, de escasa bravura y de poco respeto, fueron de los que no pueden dar fama a los diestros y, en cambio, les pueden dar desazones. La empresa debe escoger mejor el ganado y no permitir que se lidien reses como la segunda de ayer; en una novillada de invierno sería inadmisible.

Entre las seis fieras mataron nueve caballos.

Guerrita, fue, como es natural, el señor de la fiesta. Dio a sus dos toros la lidia que les correspondía: breve, sobrio y eficaz. Mató al primero, después de unos cuantos pases ceñidos y de otros

en que le ayudó Juan Molina, de un gran volapié: la estocada resultó algo contraria. Al cuarto lo toreó sobre corto, con gran bravura y maestría, y le hizo polvo de una superiorísima estocada, entrando con coraje, marcando los tiempos y saliendo a ley. Ambas faenas fueron rapidísimas. Empleó en la primera cuatro minutos y en la segunda un minuto. La ovación fue tremenda. El maestro cordobés demostró una vez más que es el primero, si no es el único.

Fuentes anduvo desgraciado y con pocos alientos. A su primer toro —el choto de marras— le trasteó desde fuera, sufriendo acosones y perdiendo el terreno. Lo mató de dos pinchazos y una estocada regular. Al quinto, después de una faena de muleta lamentable, le acabó de dos estocadas, ninguna buena.

Bombita pasó al tercer toro con poco arte. Abusó de la muleta, no aprendiendo el ejemplo de Guerra, que para estos bichos emplea trasteos rápidos y aprovecha la primera ocasión de herir. Rematólo de una estocada cuarteando y que dio en los bajos. En el sexto, después de ser desarmado al primer pase, toreó cerca, con bravura y gana de aplausos. Sufrió dos coladas. Una media estocada caída y otra buena acabaron la lidia. Demostró mucho valor y poca habilidad.»

Como en España tiene que haber siempre uno malo para que haya otro bueno, el crítico taurino analiza a dos rivales que se disputan el entusiasmo del público: *Machaquito* y *Lagartijo.*

«Viniendo al examen crítico de ambos muchachos, he de manifestar que *Machaquito* presenta más cosas de torero que su colega *Lagartijo,* sin que esto quiera decir que el hijo de Juan Molina sea un ignorante ni mucho menos.

Fijándome especialmente en la hora de matar (que es cuando menos me han satisfecho casi to-

dos los toreros que he conocido), veo en uno y otro deficiencias que realmente no son de apreciar, puesto que ambos empiezan ahora, y tiempo tienen de corregir esos defectos (si no creen de buena fe que no lo necesitan, en vista de que todo se les aplaude).

Machaquito da una zancada atrás, y luego avanza bien preparado para el quiebro de muleta. *Lagartijo* no retrocede tanto; pero en cambio alarga mucho el brazo derecho, de manera que el pinchazo o la estocada quedan marcados antes de la reunión.

Machaquito, con el capote como con la muleta, tiene el defecto de levantar demasiado los brazos. *Lagartijo* no acentúa tanto tal defecto; pero en cambio es menos general en la práctica de lances variados.

Machaquito banderillea locamente, no cuidándose más que de demostrar guapeza, mejor cuanto más cerca de los pitones. *Lagartijo* es más reposado y menos bullidor, por lo que ve llegar, y a su vez llega, más serenamente.

En una palabra: los dos tienen condiciones muy buenas, impropias (la verdad sea dicha), de muchachos que llevan el poco tiempo toreando que por ahí se cuenta; pero desde el primer momento se advierte mayor soltura y conocimiento mayores en *Machaquito* que en su compañero, y, valga por lo que valiere, mi opinión es que *Machaquito* ha de dar más ruido que el nuevo *Lagartijo,* generalmente considerados los dos.»

(Heraldo.)

Otra crónica taurina del año, en la que el crítico alardea tanto de conocimiento taurino como de léxico: el caballo puede llamarse «potro», «medio coche simón» o «hipógrifo violento», o usa símbolos de la baraja.

«EN VALLADOLID

Tercera corrida

De nuestro redactor, señor Mínguez. Valladolid, 18.

Plaza llena. Gran animación.

Se lidia ganado de don Esteban Hernández, vecino de Madrid, y son matadores Minuto y Reverte.

Primer toro, castaño asardado y nevado.

Cinco varas, un caballo.

Minuto se adorna en quites y oye palmas.

Ponen los chicos tres pares, y Minuto, de verde y oro, muletea poco, da un pinchazo, media estocada, un descabello, y es aplaudido.

Segundo, colorado.

Voluntario, pero blanducho, aguanta seis rejonazos.

Con tres pares de perendengues pasa a manos de Reverte, que viste de lila con oro, pinchando de primeras sin soltar, otro pinchazo saltando el estoque, otro ídem, media estocada y un puntillazo de ballestilla. (Aplausos.)

Tercero, negro.

Bravo y poderoso, arremete siete veces con los lanceros, matándoles cuatro potros.

Se dejó colocar seis rehiletes noblemente, y Minuto acabó con su existencia empleando un pinchazo a paso de banderillas, otro más y media estocada. (Divídense las opiniones.)

Cuarto, castaño salpicado.

Cumple en el primer tercio aguantando seis sangrías, y mata un hipógrifo violento.

Medianamente pareado, pasa a jurisdicción de Reverte, quien lo manda al desolladero con cuatro pinchazos y un volapié. (Vuelven las masas a sostener contrarias opiniones.)

Quinto, colorado.

Apenas se llamó Pedro en varas, atreviéndose a destrozar medio coche simón.

No hubo lugar a los entusiasmos en el segundo tercio, y del final se encargó Minuto, que al dar media estocada fue trompicado y derribado, acudiendo Reverte al quite.

Varios pinchazos, dobla el toro, y se oyen pitos y flautas.

Sexto, colorado.

En seis batallas que libró con la caballería, trituró el caballo de oros y el de copas.

Minuto, con salero y arte, dejó muy bien puesto un par de banderillas de lujo, oyendo muchos aplausos.

Los chicos de turno metieron dos pares más, y Reverte terminó con una estocada algo caída.»

Los caballos, para terror de los extranjeros que acuden a la fiesta nacional, son la primera víctima.

En esta corrida, por ejemplo, murieron doce caballos...

«Barcelona, 11.— Toros de Miura, regulares. El segundo, magnífico. Varas 33. Caballos, 12.

Bebe chico, bregando bien, y desgraciado princhando.

Maera, superior toreando de capa y muleta, y con dos estocadas mató sus dos toros, cortando la oreja del quinto.

Velasco, bien en todo. Al sexto le dio una estocada caída, pero recibiendo a ley. Ganó la oreja del tercero.

Maera y Velasco banderillearon bien al sexto bicho.

A Velasco le ocasionó la segunda res una leve herida en la barba.

Entrada, buena. Mucho calor. Público, satisfecho.—*Corresponsal.*»

...Y en esta novillada, sólo ocho.

«Sevilla, 11.—Los novillos de Benjumea resultaron buenísimos, matando ocho caballos.

Alvaradito, monumental. Hizo una magnífica faena de muleta en el tercero; rematándolo de un buen volapié.

Banderilleando al quinto estuvo superiormente.

Montes, trabajó bien, dejando igualmente satisfecha a la afición, que considera la novillada de hoy la mejor de la temporada.—*Viriato.*»

Pero también hay españoles que se impresionan y piden el fin del espectáculo. Santiago Rusiñol es uno de ellos.

«...Otra vez que fui a los toros, recibí una impresión de otro género, pero también repulsiva. Esa vez era en España, y en pleno sol, y plena vida. La plaza estaba llena, el toro que se lidiaba era de empuje, y el pueblo pedía caballos, caballos a toda costa, del fondo.

De una puerta salió un caballo blanco, un caballo enfermizo, un caballo indiferente, pero un caballo que yo había conocido, como quien dice tratado, que me había acompañado hacía poco, a pintar por esos puntos, que arrastrando la tartana me llevó días y días al mismo sitio: a un prado lleno de flores, que servía a mi cuadro y a su instinto; un caballo cuasi amigo, que ganó nuestro cariño a fuerza de bondad y paciencia, un caballo que iba a morir a mi vista, por una de esas desdichas que la desgracia combina.

Montado por Padila, le vi comparecer en la arena, entre gritos y aplausos que recibía el picador;

tieso y contento, sobre aquellas pobres costillas, sonriendo al pueblo que le aclamaba, cuadrando su opulencia, encima de aquella flaqueza, sin acordarse un momento de la víctima infeliz que soportaba su cuerpo, contento de su gran éxito y prometiendo lucirse, con su mirada serena.

Al mismo tiempo el caballo, vendado, obediente como siempre, manso de miedo y de vejez, corría el pobrecito al lado de la barrera, corría ilusionado, estirando su cuello, creyéndose tal vez en el blanco camino, extrañado, quizá, de no sentir la tartana, y ¿quién sabe? si creyendo encontrar aquel campo de flores donde nutrir su cuerpo, con perfume del campo y oleadas de paisaje.

¡Pobre caballo! De repente, el toro le acomete, y el picador avanza. En instante supremo, se apuntala la víctima, adelanta la pica, y deja en el caballo una huella horrorosa.

De aquella herida abierta, como fuente abundante, empieza a manar sangre, sangre que inunda sus piernas, tiñéndolas de color rojo, un temblor mueve sus nervios, baten sus dientes y el sudor abundantísimo se escurre por sus costillas, cual si fuesen dos vertientes; pero no es un sudor de aire libre, es un sudor negro, que parece desteñir aquella piel de esqueleto; el sudor de la agonía que le mata sin defensa.

Después de esa herida, recibió otra y otra más, y otros aplausos recibía el picador al retirarse de la plaza, montado sobre su víctima. Y yo también quise marcharme, pero el temor al ridículo, el temor a la *pose* de sensible me detuvo, y otra vez volvió el caballo a salir y a continuar su martirio.

Ya no era el mismo de antes. Destrozado, lleno de cáñamo, cuasinegro, quería trotar y no podía con él; quería estirar la cabeza y le caía sobre el pecho, no veía ya donde iba; y una vez hubiera

caído, a no haberse apuntalado en la barrera. De vez en cuando, vacilaba, y temía el picador que muriese de repente; daba otro paso y parecía que era el último; levantaba con esfuerzo aquella pierna ensangrentada; parecía que lloraba, con tal pena dejaba caer la cabeza sobre la herida del pecho.

Después, un mozo de plaza, acompañóle a morir, acercándolo a la fiera: al fin el toro le abrió en canal, destripándole de arriba abajo y abierto y arrastrándose a sí propio, el pueblo gritó que lo sacasen de allí, no sé si por asco o por lástima.

Y digo mal, diciendo al fin, porque aunque parezca imposible, aún volvimos a verle, y volvió a tomar otra pica, y allí mismo, debajo de aquel tendido, un mozo o un bruto, o un salvaje, le dio una feroz puñalada, y aquella fiera de hombre, resultó en aquel momento el corazón más humano que había en la plaza.

Tendióse el caballo, movió las piernas con violencia, estiró el cuello y quedó inmóvil sobre la sucia arena. Al cabo de un rato, temblóle una oreja, y fue el último reflejo de la vida del caballo. Después fue un montón de carne, con unos ojos que aún miraban, y dentro de sus pupilas, grandes, tristes y húmedas de bondad, no se veía el paisaje; reflejaban todo un pueblo que gritaba y aplaudía.

Reflejaban el pueblo que va a los toros, y dejábanme una impresión de amargura, una impresión aun aumentada al recuerdo de la última corrida a que asistí, en la cual conozco, ni nada sé, ni adivino, que me causa la idea de repugnancia, hacia mí y hacia el público, como sentí de momento, y como siento al escribirle.

¡Ojalá nos convenciéramos, que ese valor del torero, es hijo de una costumbre; que esos hombres que no tiemblan delante de aquellas fieras,

temblarían delante de algún alambre cuyo uso desconocieran, de una inyección epidérmica, o de una superstición! ¡ojalá nos convenciéramos, que ese valor del torero, sería fuerza motriz de gran utilidad y provecho empleada en cosas útiles, y la gran virilidad del valor que se proclama desde tendidos y gradas formarían a ser de verdad una muralla de hombres capaces de grandes hechos que todos demandan a gritos y que no confirma la historia.

SANTIAGO RUSIÑOL.»

Esta actitud es también del extranjero que visita España y, sin embargo, en el caso famoso de Amicis, el autor famoso de *Corazón,* sucederá lo contrario. Al terminar de ver su primera corrida, un amigo español que ha notado su gesto de angustia ante el peligro de toreros y caballos le dice al salir.

—¿Verdad que es un espectáculo horrible, cruel?

—Así es —contesta el italiano—, cruelísimo.

—¿Verdad que es indigno de un pueblo civilizado?

—Eso mismo creo yo.

—Ya me lo imaginaba —resume el español—. Bueno, adiós, ¿cuándo nos vemos de nuevo?

—¿Cuándo? —contesta Amicis—, pues naturalmente aquí, en la próxima corrida. «Porque era horrible, pero fascinante.»

(Spagna.)

Obras que se vendían profusamente entonces: Campoamor, con *El Tren Expreso*, a 1,25 pesetas. *Doloras y Cantares*, a 7 pesetas. Había también un *Album Poético Español*, con la colaboración de Hartzembusch, Molins, Núñez de Arce, Duque de Rivas, etc. En otros casos el anuncio precisa más el contenido. Como en esta descripción.

«*El sol de invierno*, por doña María del Pilar Sinués. Preciosa novela original con interesante argumento, cuadros de costumbres familiares, episodios muy dramáticos y brilla en todo el libro la más profunda moralidad.» Valía cuatro pesetas.

(*La Ilustración*, 8 de octubre.)

No era tan recomenrable, seguramente, otro libro aparecido unos meses antes. La revista se pone la venda antes del golpe.

«*Del amor, del dolor y del vicio*, por E. Gómez Carrillo. Este joven y muy distinguido escritor, cuya larga permanencia en París ha dado a su pluma una libertad que acaso en España parezca

extraordinaria, acaba de publicar la obra... que ha de ser muy discutida...»

(*Blanco y Negro*, 25 de marzo.)

En este año muere Tamayo y Baus, recordado por la prensa, especialmente por su *Locura de amor*. Menéndez Pelayo es nombrado Director de la Biblioteca Nacional, y Antonio Trueba, buen narrador, publica *Mari Santa*.

La catástrofe produce, en literatura, una reacción de ideales. Se intenta incluso, antecedente ya de la actitud de la «generación del 98», eliminar lo «patriotero». Un escritor defiende al símbolo musical de la guerra, del ataque de sus enemigos.

«LA GRAN MUERTA

"...Esa odiosa y fanfarrona Marcha de Cádiz..." La frase es de Blasco; esa explosión de terrible sinceridad apareció en su última crónica del *Heraldo*. "...Esa odiosa y fanfarrona Marcha de Cádiz." Y al leer esto y viéndolo sin protesta posible en letras de molde, y al registrar, como se registra, cualquier hecho del mundo real, incontrovertible e irreparable, la caída, la desaparición oscura de aquella música que ponía nuestras almas de rodillas ante la bandera que pasaba llevando detrás el batallón, es únicamente cuando se comprende la extensión de nuestro infortunio, la gravedad de nuestra derrota. Cada pueblo tiene "debilidades", de las cuales saca —aunque parezca paradógico— sus mejores alientos y sus más ilustres páginas de heroismo. Cree en la ciencia el alemán. Cree en la paciencia el inglés. Lo es-

pera todo Francia del dominio inconsciente, pero decisivo, que su genio cosmopolita, intermediario indispensable a la cultura universal, ha de imponer al mundo y a todas las fatalidades del destino. Cuenta Rusia con el torrente humano de una raza que tiene en su Emperador Dios y caudillo. Halla Italia su mayor fuerza en el prestigio histórico de su suelo, donde no hay alma que no haya puesto alguna vez la mirada entusiasta que va tras César o el amor elevado que se llevan sus poetas y sus legisladores. España creía en un fecundo y maravilloso "No importa"; un apóstol habíala llevado a la victoria frente al moro; un Cid, partiéndose de la Corte desterrado, devolvía reinos por afrentas; una mujer que sube a un trono que se bambolea y a cuyo encarnecimiento ayuda, rehace la patria en Granada y ensancha el planeta; un Cortés y un Pizarro rinden con un puñado de hombres fortísimos imperios; un monje nos asegura Africa; un rey penitente y misántropo, encerrado en desmantelada celda, orienta su corona de modo que jamás dejan de brillar en ella los más claros rayos del sol, y cuando, más tarde, todo parece perderse y acabarse, todavía llega España a los comienzos de nuestro siglo no sólo con su leyenda intacta, sino renovándola en una magnífica epopeya.

Cayendo y levantándonos hemos vivido desde el día del Guadalete; pero jamás las caídas fueron irreparables.

...Demos un salto del Guadalete a Santiago de Cuba. No hemos perdido sólo la isla y con ella el adorable Puerto Rico, y con ambas dichosas joyas, lo que en Filipinas perdamos... Hemos perdido algo que vale más, mucho más que unos pedazos de mortífera tierra habitada por la ingratitud y el odio; hemos perdido el sortilegio de raza, hemos perdido la poesía.

¡La poesía! Esa ha sido nuestra misteriosa fuerza nacional; ella nos empujó desde Covadonga a Granada al través de los siglos; ella, sublime alentadora, fue la que viera a Santiago entre nubes y al Cid ganando batallas insepulto; ella embarcó en el puerto de Palos a unos hombres rudos para una aventura infinita; ella dio vigor al brazo de los conquistadores y consistencia de coraza al pectoral de Cisneros; ella nos condujo a todos los continentes y abrió en la historia del mundo un espacio inmenso para que cupiera nuestro hombre, y ella es la que ha muerto y ella es la que estamos enterrando a estas horas!

Es verdad: La Marcha de Cádiz suena mal en nuestros oídos; resulta odiosa, su alegría es un remordimiento. Fue un himno electrizante y enloquecedor, y es hoy sencillamente una desvergüenza musical. ¿Por qué?

—Recuerdo la noche del estreno. El público de pie. Los vivas estruendosos. Agitaban las señoras sus pañuelos. Gritábamos todos ¡viva España!. En medio de aquel delirio me acerqué a don Ramón de Campoamor, que, aplaudiendo, aplaudiendo, aparecía congestionado por el entusiasmo. Esa marcha me ha puesto los pelos de punta. Esa marcha es España; una poesía en notas musicales, poesía para morir o vencer...

Y el himno siguió triunfal y alado por campos y ciudades, como un *excelsior* de la patria.

Pero después, pero hoy...

No, decididamente, amigo Chueca, no hay que pensar en aquella noche de gloria; eche usted tierra, eche usted tierra sobre ese gran pedazo de su alma de artista; que el himno no vuelva a resonar, que la derrota no lo envilezca...

La Marcha de Cádiz no debe ser la Marcha fúnebre de los repatriados.

JULIO BURELL.»
(*Heraldo*, 18 de septiembre.)

La tristeza de un país abocado al desastre se refleja en los versos que se harán popularísimos. España entera sentía...

CANSERA

¿Pa qué quiés que vaya? Pa ver cuatro espigas
arroyás y pegás a la tierra;
pa ver los sarmientos ruines y mustios
y esnúas las cepas,
sin un grano d'uva,
ni tampoco siquiá sombra de ella...
Pa ver el barranco,
pa ver la lacra
Sin una matuja... ¡pa ver que se embisten,
de pelás las peñas!...
Anda tú, si quieres,
que a mí no me quea
ni un soplo d'aliento,
ni uno onza de juerza,
ni ganas de verme
ni de que me mientes siquiá la cosecha...
Anda tú, si quieres, que yo pué que nunca
pise más la senda,
ni pué que la pase, sino es que entre cuatro,
ya muerto, me llevan...
Anda tú, si quieres...
No he d'ir por mi gusto, si en crus me lo ruegas,
por esa sendica por ande se jueron,
pa no golver nunca, tantas cosas güenas...

Esperanzas, quereres, suores...
¡tó se jué por ella!...
Por esa sendica se marchó aquel hijo
que murió en la guerra...
por esa sendica se jué la alegría...
¡por esa sendica vinieron las penas!...
No te canses, que no me remuevo;
anda tú, si quieres, y éjame que duerma,
¡a ver si es pa siempre!... ¡Si no me espertara!...
¡Tengo una cansera!

VICENTE MEDINA

Fuera ya de la política, he aquí el bello soneto de un poeta joven, natural de Sevilla.

ELLA

SONETO

Sola la vi una vez... Sé que era bella
porque llenó mi alma de hermosura...
Más vacila en mi mente su figura
como la luz vacila de una estrella.
Vaga recuerdo la expresión aquella,
los rizos de oro de su frente pura,
su tez blanca... su mano... su cintura...
rasgos no más que para mí son ella.
Mis sueños del color de aquellos ojos,
que a ser azul apenas se atrevía,
visten siempre la mágica aureola...
Aun hallarla otra vez me diera enojos...
¡porque la quiero ya con la poesía
de haberla contemplado una vez sola!

MANUEL MACHADO

Otro gran poeta español saluda a una famosa actriz extranjera del tiempo.

SARAH BERNHARD

En el yunque de bronce en que moldea
naturaleza las sublimes almas,
Dios sometió, al tronar de los martillos,
la más inaccesible y la más brava.
Fue de Sarah el espíritu tremendo
el que cayó bajo las férreas mazas
arrojando partículas de lumbre
como inflamado hierro, del que saltan
y se entretejen cual culebras de oro
en explosión espléndida las ascuas.

* * *

«Quiero dar el espíritu de un siglo
a este trozo de arcilla soberana»,
Dios dijo a sus artífices supremos
derramando el fiat-lux *de sus palabras:*
«en su cuerpo sutil de acero duro,
forjad los nervios con cordaje de arpa,
la cabellera con fulgor de incendio,
la voz con gritos de salvajes águilas,
los ojos con espejos que reflejan
las mil pasiones de la vida humana,
el corazón con roca incandescente,
las manos, delgadísimas, con garras,
y la forma del cuerpo con antílopes,
cisnes gallardos y esbeltez de garzas.
Engendraréis en ella, de la gloria
la fiebre pertinaz nunca saciada,
el genio errante del judío inquieto
que va a través de las distintas razas,
el anhelo del oro, derramado

de entre sus dedos en corrientes áureas
la inspiración de un arte no sabido
que cante y ruja su febril garganta,
la independencia de la bronca fiera,
la exaltación de las pasiones trágicas,
y el sello de los genios, la inventiva
que forja y crea y que a mi ser se iguala.
Ponedle entre las manos la careta,
el buril, el pincel, la pluma sabia,
y que esculpa, que pinte o represente
del pecho humano los grandiosos dramas.»
Al mandato golpean los martillos
sobre el sonoro yunque donde cantan,
y modelan la espléndida figura,
que abre los ojos y del molde salta.
Ella es el grande espíritu moderno,
la neurótica inmensa de una raza,
la viva antorcha cuya luz esparce
diabólicos reflejos en las almas.
Ella llama a la tumba de la historia
y resucita a las perdidas razas;
hace con Fedra *revivir la Grecia,*
y con Egipto revivir Cleopatra.
Vestida de española o de judía,
transfigurada en reina o en esclava,
en ella hablan los siglos y los seres
resucitados en su forma plástica.
Símbolo del espíritu moderno,
interpreta sus luchas y sus ansias,
y de la vida, su arte esplendoroso
recorre toda la infinita escala.
Logra en Passant *la gloria perseguida,*
hace en Ruy Blas *de augusta soberana,*
triunfa en la Esfinge, *y se orna de* camelias
representando el lacrimoso drama.
Se cubre en Anfitrión *de olas de gloria*
que en aplausos magníficos estallan;
Andrómaca *le ciñe sus laureles,*

crea a Gismonda *y diviniza a* Zaira.
Su vida es la de un héroe fabuloso,
se hace cercar de fieras exaltadas,
son sus gatos los tigres carniceros,
y un ataud fatídico su cama.
Llevada por el loco torbellino
que empuja y estremece sus entrañas,
parece una veloz locomotora
que recorre los círculos del mapa.
El rayo es el corcel donde camina;
y por doquier que triunfante pasa,
tiende una aurora boreal en genio
a través de las mentes y las almas.

SALVADOR RUEDA

Con la llegada del verano, Benavente recuerda los libros que deben y no deben leerse.

«LECTORES DE VERANO

¿Quién lee en verano? Los que nunca leen. Lectores de ferrocarril, de playa, de balneario, que alternan en sus lecturas la última novela francesa, comprada en Madrid momentos antes del viaje, con el tomo de versos cómicos, comprados de prisa y corriendo en el puesto de libros de alguna estación del camino, y si acaso veranean en antigua finca campestre, con los tomos de *Charpentier* o de *Tauchnitz,* los libros viejos de rancia biblioteca, de hojas amarillentas, pergaminosas, chirriantes al abrirse, con olor de herbario desecado.

¡Ah! Las novelas de prodigiosas aventuras en cuatro o más volúmenes, grandes, pesados. ¡Cómo nos hablan de una vida sosegada en que podía consagrarse un año, las veladas de todo un invierno, las siestas de todo un verano a la lectura

de un solo libro! ¡Qué diferentes los libros modernos! Manuables, ligeros, caben en el bolsillo, pueden ser ojeados por la calle, en el café, en coche, sin atención profunda, para ser distracción de algunos momentos de espera o de fastidio, no recuerdo para toda la vida.

¡Dichosos los que han leído pocos libros, como los que ha amado a pocas mujeres! tan triste es preguntarse ¿dónde leí yo esto?, como ¿dónde conocí yo a esta mujer?

¡Dichosos los lectores de verano que dejan a Cervantes por Jorge Ohnet! Más valerosos que el valiente general que a lo menos los unía en su admiración.

No releáis el libro leído en vuestra juventud. Cuentos de hadas, novelas de aventuras; encanto y alivio de horas hurtadas al estudio, novillos de la imaginación, aterida por la tabla de Pitágoras y las reglas gramaticales... ¡Qué desconsuelo volver a leerlos!

No intentéis la aventura. El recuerdo de los muertos es santo; la evocación, pecado. Como irisada urdimbre, va tejida nuestra existencia con el hilo de nuestros sueños.

Shakespeare los dijo: ¡Shakespeare! He aquí uno a quien puede leerse una vez y otra; de niños nos asombra, no le entendemos, pero atrae con algo misterioso y grande y seguimos leyendo sin descanso, y terminada la lectura, percibimos con mayor claridad la obra de nuestro espíritu, como percibimos mejor nuestras emociones de ayer y el recuerdo de hoy.

La obra de arte es recuerdo de emociones, nunca la emoción misma. No hay paisajes de luz más falsa que los pintados a plena luz. El verdadero artista no coge del del natural, recoge de su propio espíritu.

Por eso las obras de Shakespeare sólo se abren

verdaderamente cuando se cierran; pasado tiempo, podéis volver a abrirlas y a leerlas. ¡Ay!, pero si habéis leído una vez *Los tres mosqueteros*, no volváis a leerlos.

JACINTO BENAVENTE.»
(Madrid Cómico.)

LA VIDA DIARIA

Como para compensar de la mucha hambre pasada en el recuerdo, el español come en este tiempo de forma desaforada. He aquí lo que un periódico anuncia que se da por el precio de dos pesetas, y referida a un día de Vigilia, es decir, a un día en que hay que hacer el pequeño sacrificio de la gula.

«Sopa de cebolleta con huevos. Potaje de garbanzos; bacalao a la vizcaína, salmón a la mayonesa; merluza frita.»

Para compensar de la poca cantidad se ofrece, de postre, arroz con leche o flan, fruta y café. Las dos pesetas incluyen pan y vino y, además, se servía a domicilio. El restaurante estaba en el número 4 de la calle Aduana. (*Heraldo*, 6 de abril.) Recordemos, para dar idea de lo que eran dos pesetas en el 98, que el diario que traía este anuncio se vendía a cinco céntimos.

Con comidas así las indigestiones eran de rigor, pero la guerra hispano americana consigue que el patriotismo invada todo, incluso los anuncios. Por ejemplo, al cuidar de los problemas gástricos

Si he de tomar Emulsión
para poderme curar
acudiré, y con razón,
a la Emulsión Espinar.

La de Scott es yankee *pura;*
la de Espinar, sevillana,
¿más barata y más segura?
pues a ella desde mañana.

Desdice del patriotismo
dar a los yankees *dinero,*
darle al yankee *es lo mismo*
que darlo al filibustero.

...combinemos, pues, economía y amor a nuestra tierra.

...todo el que gaste un real
en cosa que de allí venga
ni tiene sangre española
ni un átomo de vergüenza.

(*El Heraldo*, 8 de abril.)

La gente come en plena calle. John Hay, un periodista americano, nos describe la escena; probablemente se trataba de albañiles.

«Pasando a las doce por plazas o sombrías plazuelas se puede ver docenas de trabajadores comiendo. Están sentados sobre la hierba y saborean el cocido, el invariable plato del español. Su fundamental ingrediente es el garbanzo... se meten en él toda clase de verduras; en los días de gran gala se añade un trozo de carne y algunas amas de casa derrochadoras llegan a añadir un pedazo de chorizo... el padre mete el primero la cuchara de madera y su esposa e hijos le imitan con gran dignidad.»

...Se come mucho, insiste Muret, un francés que se rebela contra la fama de comer mal en España, típica entre sus compatriotas, aunque admite que el aceite es difícil para una garganta de

más arriba de los Pirineos. Y elogia el pescado como excelente.

Poco a poco la comida se va retrasando a la moda francesa y sólo los albañiles acabarán, fieles al mediodía en punto.

El comportamiento social

Las consultas a las personas que saben responder lo mismo a la pregunta de cómo se quita una mancha a cómo se recupera un novio perdido, nos dan idea de las reglas sociales del tiempo. Por ejemplo, el novio sube a la casa... ¿debe quedarse a compartir manteles?

«Suponiendo que sea un novio oficial y que esté para casarse cuando se quede a comer... se le trata con cierta confianza, puesto que en breve plazo ha de ocupar el puesto del hijo.»

Cuidado, sin embargo; esa confianza tiene un límite...

«No debe quedarse una sola con él porque no está bien visto, y respecto a hacer labor, según las ganas que tenga, pues como hablará, no podrá atender a las dos cosas como quisiera; pero si es de su agrado no veo inconveniente en que trabaje.

ADELA *P.*»

(*Moda Elegante Ilustrada*, 6 de julio.)

A veces la consulta es más triste. Ha fallecido el marido. ¿Qué hacer?

«Transcurrido el mes debe contestar a las cartas y hacer las visitas de cumplido después de pasado el año. Las de la familia y mucha amistad cuando usted quiera. A paseos retirados puede ya ir; a paseos donde vaya la gente, hasta que pase

el año no debe usted ir. El traje debe adornarlo con crespón inglés; por ahora es el único adorno que debe llevar.»

(Moda Elegante Ilustrada, 6 de abril.)

Al parecer, algunas se pasaban en su deseo de rodear de severidad la casa en donde había habido un muerto:

«El estar de luto no impide que las habitaciones estén adornadas con plantas y flores, pero si en esa localidad la costumbre es no ponerlas, sígala usted y espere a que transcurran los seis primeros meses. No veo la necesidad de que lleve usted el velo echado sobre la cara, y menos cuando pasea usted por el campo.»

(Moda Elegante Ilustrada, 14 de julio.)

Entre los hombres se ha puesto de moda una nueva prenda llegada de Inglaterra. Se llama «smoking» o chaqueta de fumador, y se emplea en otras ocasiones. «Se puede usar —dice un comentarista—, en lugar del frac en los casos en que éste no sea de rigor y con corbata blanca o negra, según las circunstancias.»

La imaginación del periodista se lanza a soñar lo que será el futuro: Mujeres que toman el puesto de los hombres, libertad sexual, moda que retorna, música sincopada... no anduvo demasiado descaminado el profeta de 1898. Aunque lo dejó para mucho más lejos de lo que ha sido...

«CAPRICHO

Murmuración en el siglo L

—¿Has visto a Hedda?

—Sí; pero he dejado de saludarla. ¡Una mujer

indigna! Se ha casado con un hombre, y no contenta con eso, tiene tres hijos.

—¡Oh! Yo creí que dos, por lo menos, eran sólo de su marido.

—¡Una mujer que no es ningún círculo! No me hables de ella, me ataca a los músculos... Estoy muy musculosa estos días. He visto a siete especialistas y ninguno me entiende.

—¿Por qué no vas a ese médico, hombre, que está de moda?

—Pero ¿tú crees que un hombre puede entender de medicina?

—Te advierto que parece una mujer. ¿Qué pierdes por probar? ¿Estuviste anoche en el Cosmológico?, era jueves clásico.

—¿Qué obra representaron?

—Una antigualla: *La ciudad muerta,* una ñoñería allá del siglo XX o XXI. Por cierto, que los trajes son muy parecidos a los que llevamos este año; la moda está por lo antiguo. ¿No has visto la obra nueva? Es una trilogía irisada, cada parte de un color.

—Yo no voy más que al *Rítmico,* ya sabes mi pasión por la música. Ayer tocaron una *Discordancia* de trompetas eléctricas y aullidos de perro salvaje... ¡Un encanto!

—Y de libros, ¿tienes algo nuevo?

—Un novelón histórico: *Dreyfus y los franceses;* una porción de disparates que no puede ser que haya ocurrido nunca.

—A propósito: ya sabes que han suprimido el estudio de francés en todos los liceos.

—Ya era hora. ¡Una lengua muerta! Yo estoy aprendiendo el malayo... ¿Quién vive hoy sin hablar el malayo?

—Te dejo, querida; voy a tomar el hilo eléctrico.

—Yo la aguja magnética... Tantos besos a aquel caballero.

—De tu parte.

ARLEQUÍN.»

Dos gomosos retratados por Benavente nos indican gustos y costumbres de los elegantes de la época. ¡Ya había nacido el cocktail!

(música)

«GOMOSO 1.º.—Somos la esencia de la moda.
GOMOSO 2.º.—Somos la esencia de lo chic.
LOS DOS.—Del sport y de lo smart
los modelos de Madrid.
GOMOSO 1.º.—Visto al uso de London.
GOMOSO 2.º.—Yo a la moda de París.
GOMOSO 1.º.—Mi bebida es el cock-tail.
GOMOSO 2.º.—Es mi juego el lawn-tennis.
en el arte mi pasión.
GOMOSO 1.º.—Es la música alemana.
GOMOSO 2.º.—A mí sólo me divierten
los couplets del music-hall.
LOS DOS.—Il n'y a que Paris pour faire la fête.
Il n'y a que Paris pour le vrai bonheur.
Il n'y a que Paris pour trouver un coeur,
Pour trouver un coeur en perdant la tête.
LOS DOS.—Somos la esencia de la goma
somos la esencia de lo chic, etc.»

BENAVENTE: *Teatro Feminista*. Música: Pablo Barbero, 28 de diciembre de 1898.

Los anuncios de la época intentan recomendar nuevos productos, apelando a largas y complicadas historias. Obsérvese la incongruencia del principio, hecho para obligar a seguir el texto siguiente:

«¿SE HA ENCENDIDO PARA USTED ESTE FARO?

Creo que el gobierno debía erigir inmediatamente un nuevo faro en el punto de la costa de Florida que he marcado. Es lugar peligroso, en que los buques pueden aconcharse contra la costa y perderse.»

Así escribe un capitán al gobierno de los Estados Unidos. Se refiere a un punto de la costa de América, y no hay duda de que tiene razón. No puede haber demasiados avisos contra los peligros. La siguiente carta, que se imprime con las mismas palabras del que la escribió, puede ser una especie de faro para muchos de nuestros lectores. La escribe la señora Plowright, mujer de William Plowright, de Lincolnshire Bakery, Cheetham Street, 23, North Street, Cheetham, Manchester.

La señora dice: «En la primavera de 1889 padecía de enfermedad del corazón y debilidad general, llevando así desde abril a septiembre. Al principio la enfermedad se apoderó de mí sin que casi me diese cuenta. Me sentía languidecer, me cansaba a poco que hiciera, me faltaba la respiración y me desmayaba. No podía ni dormir bien. Siempre había tenido un genio alegre, pero se efectuó un cambio, y pronto me vi cansada y desanimada. Sentía mucho calor en el pecho y región del corazón, y no podía comer nada sin disgusto. Hasta para tragar un poco de agua sentía dolor.

Así pasaron algunas semanas, atendiendo al trabajo de la tienda y de la casa, pero sintiéndome muy abatida. Probé medicinas simples, pues soy muy contraria a medicarme, mas creí que debía hacer algo por aliviarme. No poniéndome mejor consulté al médico de la casa, persona que tiene

mucha clientela y está muy bien considerado. Después de un examen cuidadoso, me dijo que tenía congestión del hígado, enfermedad del corazón y debilidad. Me estuvo asistiendo algunos meses. Me daba medicinas que por el momento me hacían provecho, y luego caía en mi estado anterior. De cuando en cuando, *el corazón dejaba de latir y tenía toda la apariencia de estarme muriendo.* Esto me llenaba de alarma; pero a poco revivía y me sentía mejor.

Esto me dijeron que era lo que se llama *angina pectoris,* y se dice enfermedad incurable. Así seguí hasta fines de agosto, cuando mi marido y otros amigos me persuadieron a que probara el Jarabe Curativo de la Madre Seigel. Mi marido había tomado ya un poco de una botella de esta medicina, y yo había leído algo sobre ella en un libro que habían dejado en la tienda. Sin embargo, no creía que me haría mucho provecho. Empecé tomando quince gotas, y como no daban buen resultado, tomé treinta gotas, siguiendo lo que se aconseja. Esta dosis parecía conveniente, pues después de una botella empecé a sentirme más fuerte. Los dolores en el pecho y en los costados desaparecieron gradualmente, y al cabo de las dos botellas se había restablecido mi salud. Ahora estoy muy buena, y no me ha vuelto a dar trabajo el corazón.»

«Esta es la relación que hace la señora Plowright en calma y desapasionadamente. No hemos añadido nada, ni nada hemos quitado. El lector preguntará: —¿Cómo es que una persona que más de una vez ha tenido la apariencia y se ha sentido en estado de muerte, ha podido recobrar tan pronto la salud con una sola medicina, después de no haber dado resultado el tratamiento de un médico hábil? A esta pregunta estamos obligados a dar una contestación razonable y satisfac-

toria. No estamos en la época de la magia ni de los milagros. El Creador obra por medio de sus leyes, y deja a los hombres que averigüen lo que son por medio de la experiencia y la observación. La enfermedad real de esta señora era indigestión, producida, sin duda, por un trabajo excesivo y posiblemente por falta de precaución con respecto a la comida y al sueño. En esta enfermedad común y peligrosa, el estómago está constantemente más o menos inflado por un gas, que se produce por el alimento en descomposición y fermentación. Esto hace que el estómago oprima al corazón, que está por encima, produciéndose así la palpitación irregular, la paralización y el desmayo.

El remedio empleado, Jarabe Curativo de la Madre Seigel, atacó este estado alarmante de cosas, curando la verdadera enfermedad que lo ocasionaba, indigestión y estreñimiento. Este caso debe servir de aviso contra la tendencia a equivocar los síntomas por la causa. Este señora ha tenido la fortuna de emplear el único remedio existente, antes de que la situación se hiciera más crítica de lo que ya era.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está a la venta en todas las farmacias, droguerías y expendidurías de medicinas del mundo. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.»

También la historia se utiliza para que ayude a vender productos. He aquí por qué presumía Ninon de Lenclos a pesar del inútil «agitar de guadaña» del tiempo:

«NINON DE LENCLOS

Reíase de las arrugas, que no se atrevieron nunca a señalarse en su epidermis, y se conservó jo-

ven y bella hasta más allá de sus ochenta años, rompiendo una vez y otra su acta de nacimiento a la faz del tiempo, que en vano agitaba su guadaña delante de aquel rostro seductor sin poder mortificarle. Este secreto, que la gran coqueta egoísta no quiso revelar a ninguno de sus contemporáneos, ha sido descubierto por el doctor Leconte entre las hojas de un tomo de la *Historia amorosa de las Galias*, de Bussy-Rabutín, perteneciente a la biblioteca de Voltaire y actualmente propiedad exclusiva de la *Perfumería Ninon (Maison Leconte)*, 31, rue du Quatre Septembre, 31, Paris.

Dicha casa entrega el secreto a sus elegantes clientes bajo el nombre de *Véritable Eau de Ninon* y de *Duvet de Ninon*, polvo de arroz que Ninon de Lenclos llamaba «la juventud en una caja». Es necesario exigir en la etiqueta el nombre y la dirección de la Casa para evitar las falsificaciones. La *Perfumerie Ninon* expide a todas partes sus prospectos y precios corrientes.»

(Moda Elegante Ilustrada, 28 de febrero.)

Otros anuncios de la época prometiendo ventajas:

«Recibe consulta y practica todas las operaciones para curar la sordera, flujo de oídos, enfermedades de garganta y nariz y ozena (fetidez de aliento), el especialista don Alfredo Gallego, Fuencarral, 19 y 21. Su tratamiento contra el lupus, produce siempre resultados positivos en la curación.»

«DOLORES DE MUELAS.—Se calman en el acto con el *Licor del Polo de Orive*, e infaliblemente se evitan usando a diario tan excelente dentífrico. Deja la boca tan fresca y deliciosamente

perfumada, cual no la deja ningún otro dentífrico extranjero de los más recomendados. Farmacias y perfumerías.»

«SORDERA y males de oído. Cura radicalmente el dolor de muelas más violento.»

Y hablando de dientes, se empieza a tener cuidado de ellos. En ese año de 1898 circula un *Tratado Completo de la Higiene,* debido a Codina, en el que se aconseja, en verso,

Enjuágate cada día
la boca y limpia los dientes
con tal que no haya presentes
personas de autoridad;

el poeta médico aprovecha la ocasión para recomendar otros cuidados:

toma baños de limpieza
mayormente en el verano
y los pies también es sano
de vez en cuando lavar.

* * *

Un punto de reunión obligado, al que hay que echarle ya un responso un poco prematuramente.

«EL BRASERO

Con los medios de calefacción modernos, el brasero, que era una de nuestras instituciones, se va, y se va no sin echar antes una firma.

El brasero, como el botijo, la capa y la camilla, es genuinamente español, típico, cosa propia; al calorcillo suyo nos fajaron, de niños, nuestras

madres; ya más creciditos, escuchamos de labios de la abuela los primeros cuentos, y de mayores más de una vez nos han dado con la badila en los nudillos.

El brasero, que durante el verano vive retirado en la buhardilla, haciendo compañía a las alfombras, a las primeras avanzadas del invierno baja a dar lo suyo: calor a los que se sientan a su lado.

Con el brasero es con lo primero que se brinda al recién llegado en los crudos días: "Siéntese usted aquí. ¡Hay un buen fuego", decimos, apretando con la badila la lumbre, bien defendida por espesa capa de ceniza; el que llega ocupa su puesto en el corro, se frota las manos y las extiende sobre la alambrera, especie de vestal que protege el fuego sagrado.

El brasero, como las personas, se atufa algunas veces, pero en cuanto se le saca al balcón o a la calle, se le pasa en seguida; porque, eso sí, muy español, muy típico, todo lo que se quiera, pero poco higiénico también.

La camilla, creada para él, a quien cede toda la planta baja, es su mejor amiga y encubridora.

¿Quién no tiene apuntados en su vida de mozo, de estudiante, recuerdos gratos nacidos al amparo de tan simpático chisme? Pero doblemos la hoja, o la camilla, si ustedes quieren, y sentémonos otra vez en torno del brasero, que por muy a menos que haya venido, siempre quedará como el mejor abrigo de la clase baja y tendrá su público.

Por la mañana, muy tempranito, una de las ocupaciones indispensables, la primera operación que realiza la mujer pobre, es la de encender el brasero que ha de caldear la habitación durante el día; las vecinas del corredor que no pueden permitirse ese lujo, van en procesión, unas a sentarse al lado de la lumbre, otras a pedir un ascua para encender una *chispita* de cisco que las quedó

del día anterior. Ello es que la primera vecina que enciende el brasero tiene que proteger a las demás; y allí, en el centro del corredor, el brasero sirve a las comadres de asilo de murmuración; ante la lumbre se desatan las lenguas, y en aquella bolsa se cotizan todos los actos de la vecindad: si la Fulana vino tarde del teatro, si la Mengana lleva sus buenas arrancadas de brillantes, si la Zutana tiene ahora peinadora y antes no, todo se fisga y se desmenuza; luego, la vecina del número 2 pide permiso al corro para secar sobre la alambrera la camiseta recién lavada de su marido, la otra del 4 un huequecito para calentar un bote con agua, la de más allá sitio para las tenacillas...; lo que se llama un brasero de vecindad.

En el teatro tiene otro carácter; en el escenario, durante los ensayos, se agrupan en torno de la lumbre, que suele ser de guardarropía también, es decir, lumbre figurada, los cómicos, que en tanto ensayan sus compañeros hablan pestes de ellos y viceversa cuando los que están ensayando se sientan al brasero.

Las mamás de las coristas también hacen la rueda y no pierden el tiempo; con las manos hacen *crochet* y punto de media, y con la lengua no se dan punto de reposo: que si la Pérez gana más que *su niña* y canta menos, que si la Fernández hace ya papelitos y entró en el coro ayer, y así por el estilo sigue el palique hasta que llega algún autor, a quien inmediatamente las madres le hacen la rosca, sobre todo si es joven y tiene obras en el cartel. Entonces se cambia de *crochet*, el gancho es otro, y hay aquello de "¡Si viera usted lo que dice mi Paquita de usted! No es porque esté usted delante, pero, hijo mío, tiene usted mucha gracia. Si todas las piezas que *echan* fueran como esta última que ha estrenado usted ¡cómo se pondría de dinero la empresa! Sería

aquello de robar el dinero, de robar el dinero materialmente." Estos elogios, más o menos exagerados, según el temperamento de la señora madre de la corista, vienen casi siempre a parar en dos cosas: o en pedir café, con pretexto de "ser la bendita hora en que todavía no han podido almorzar a causa de los dichosos ensayos de la obra nueva", o en solicitar un papelito para la niña.

Otras veces, algún periodista amigo de la empresa es la víctima. A éste le piden que se ocupe de la niña, aunque no sea más que una línea. Así se explica que, muchas veces, en la revista de teatros de los periódicos, se encuentre uno con "La señorita Fernández hizo de su insignificante papel de criada una creación. En la manera de decir *la sopa está en la mesa,* se vio el detenido estudio que había hecho del tipo. Hará muy bien la empresa en confiar a la señorita Fernández papeles de más importancia".

Otros de los braseros más característicos es el de los ministerios.

Los porteros tienen su camarilla especial de pretendientes, a los que protegen, y a éstos les está permitido sentarse a la diestra, disfrutar del calor de la lumbre, y alternar, en una palabra. Cuando el timbre suena, el portero se levanta pausadamente, consulta el cuadro, abandona el periódico, que lee con igual *pose,* como se dice ahora, que un senador vitalicio, guarda las gafas y abre la mampara del despacho de su excelencia. Aquel momento lo aprovecha él para recomendar, de pasada, a los suyos, en tanto que los que no han caído en su gracia allí quedan en el banco, esperando los siglos de los siglos.

Y para éstos el ministro es algo así misterioso a lo que no se puede llegar nunca.

¡Nadie pase sin hablar al portero, pero, sobre todo, a un portero mayor!

El brasero tiene su representación en todas partes, en todos los centros, y hasta hay gentes que se mueren por él. ¡Díganlo los que se suicidan por este sistema!

Los *golfos*, cuando no lo tienen, lo improvisan en medio de la calle; se enciende la fogata, y en seguida las manos negras por el frío, se extienden sobre las llamas vivas y rojas como bendiciéndolas.

Así el cuerpo entra en su temple y se puede llegar mejor a las garitas de la Presidencia, establecidas para eso, y señalo este sitio por ser el asilo más céntrico y el que está de moda.

Y aprovecho la ocasión, ya que del brasero hablamos, para echar una firma.

LUIS GABALDÓN.»

(*Blanco y Negro*, 6 de febrero.)

En la España de últimos de siglo siguen celebrándose duelos que siguen a ofensas leves, graves o gravísimas. Las primeras pueden ser volver la espalda a quien nos dirige la palabra, rechazar su mano tendida... en las graves o gravísimas intervienen elementos físicos, como golpear a alguien, pero esa acción puede ser simbólica. De ello nace el darle levemente con un guante en la mejilla, que hace físicamente menos daño que el puñetazo, pero indica el mismo insulto. Ante él, el ofendido puede eligir armas e incluso tipo de duelo.

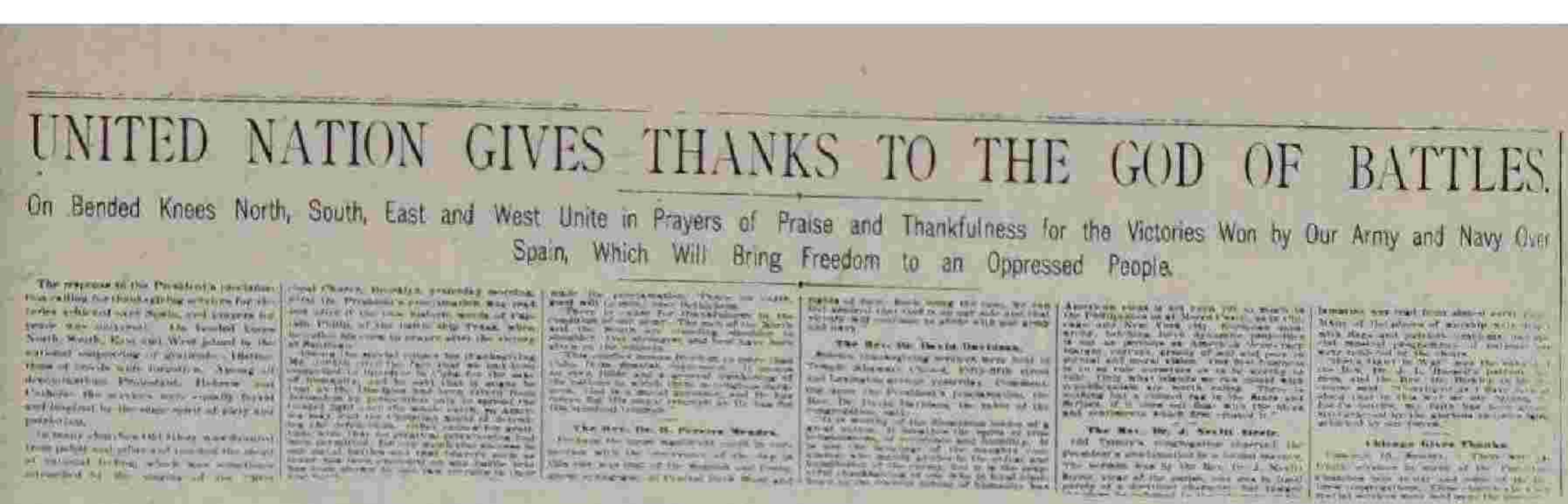
Todos esos principios están redactándose ahora por el marqués de Cabriñana que lo explicará en sus *Lances de honor*, obra en la que se precisa lo que hay que hacer en cada caso. Cabriñana

cree que ya que hay duelos es mejor que se precisen sus reglas y, efectivamente, su libro se constituyó en respetado código de entonces en adelante. Hay en él cosas curiosas. Como, por ejemplo, que el sordo no debe batirse a pistola a la voz de mando, porque no puede oírlo y se propone en su lugar «toques de instrumento de música o detonación de armas de fuego». Si el duelo es a sable éstos deben ser desinfectados con ácido fénico. El duelo a primera sangre le parece, al marqués, ridículo. Basta un arañazo para que se considere el honor a salvo. Así, se queja, se ríe la gente de una cosa tan seria como es el duelo.

«Todos blasonamos de católicos —dirá dos años más tarde un cronista...— y sabemos... que el que se bate se separa de la Iglesia, muere en pecado mortal... y, sin embargo, el duelo es considerado por nuestra sociedad como un medio a que debe recurrir todo hombre para castigar ciertas afrentas.»

(*Nuestras costumbres*, por Gotor, 1900.)

ILUSTRACIONES



UNITED NATION GIVES THANKS TO THE GOD OF BATTLES.

On Bended Knees North, South, East and West Unite in Prayers of Praise and Thankfulness for the Victories Won by Our Army and Navy Over Spain, Which Will Bring Freedom to an Oppressed People.

Los españoles no eran los únicos en creerse asistidos por la gracia divina. Después de la victoria "Una nación unida da las gracias al Dios de las batallas", titula el *New York Herald* del 11 de julio de 1898

BOTTLED—WILL HE ESCAPE?

El bloqueo visto por el caricaturista del *New York Herald*

FRANCE REGRETS HER HOSTILE TONE.

The Paris Press Realizes That It Took a False Step at the Outbreak of Our War with Spain.

BLAME ENGLAND FOR THE UNPLEASANTNESS

Papers Responsible for Anglo-American Rapprochement, Which Is Viewed as Threatening for the Future.

DEBATS APPROVES OUR PLANS

Says Editorially That Whoever Becomes Uncontested Master of the Sea Is Sure of Success.

SNEERS FROM THE GAULOIS.

Marc Landry Expresses Regret That the Spanish Fleet Has Postponed Its Departure from Cadiz.

HERALD BUREAU,
No. 49 AVENUE DE L'OPERA.

GERMAN PRESS MORE FRIENDLY

The Herald Praised by the Semi-Official Cologne Gazette for Discrediting the Rumored Hostility to America.

BERLINTAGEBLATT NOW COOS LIKE A DOVE

Even the Most Prejudiced Papers Rapidly Becoming More Just and Temperate Toward This Country.

NOW PROFESS NEUTRALITY

Alleged Interview with Prince Bismarck on the Anglo-Saxon Alliance Without Any Foundation.

TEUTON EXPERT ON THE MAINE

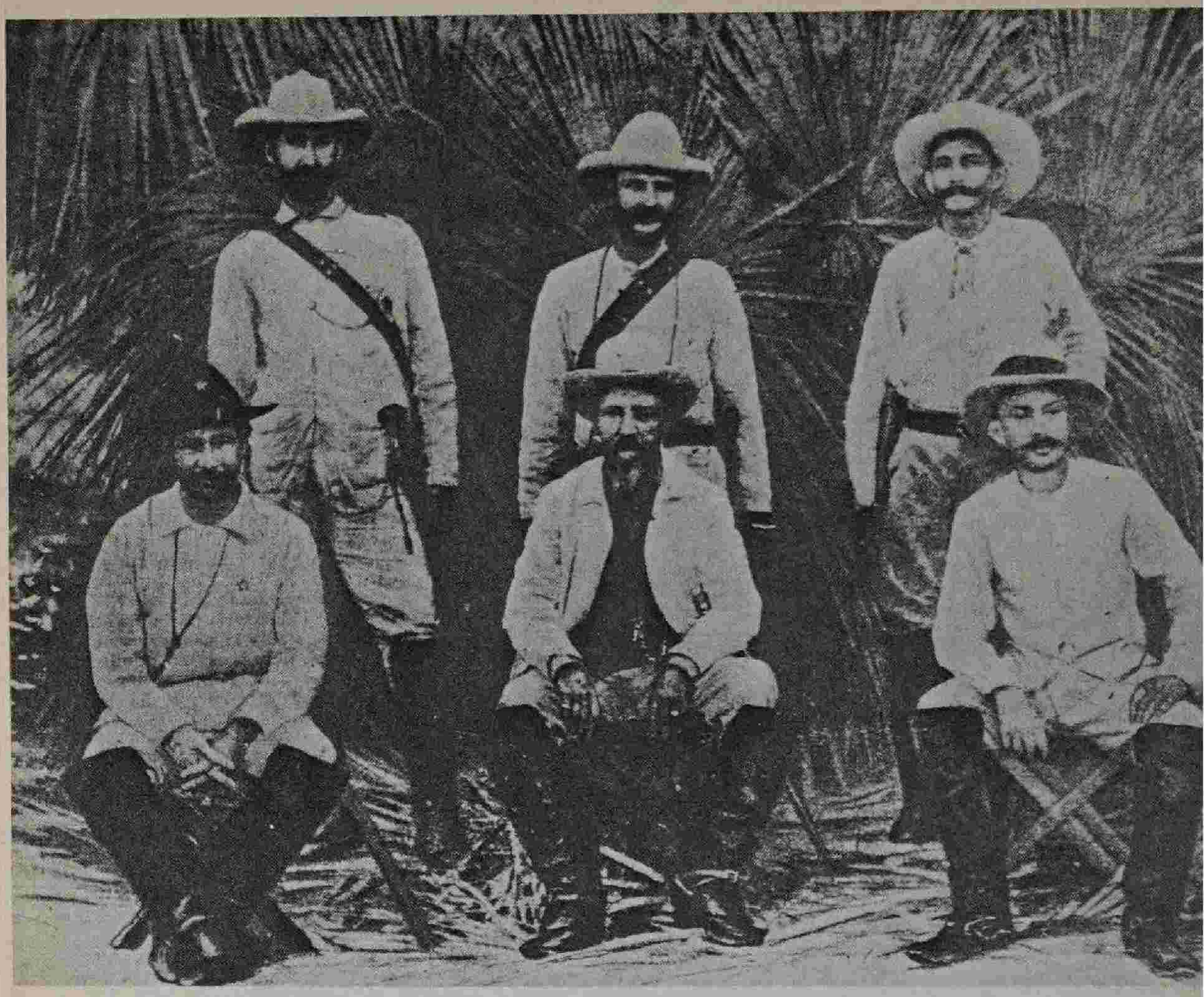
North German Lloyd Line Denies Having Sold Any of Its Steamers to Spain.

[SPECIAL CABLE TO THE HERALD.]

La soledad de España ante su poderoso contrincante se refleja en estas noticias, publicadas con satisfacción por el *New York Herald* (26 de mayo): "Francia lamenta su anterior tono hostil." "La prensa alemana, más amable con nosotros."

MORAL—"PRIDE GOETH BEFORE DESTRUCTION."

Un gallo —España— presumiendo de ser el rey de las aves, un águila que lo devora, una moraleja: "Orgullo precede a la destrucción." Así vaticina el final de la guerra hispano-americana el *New York Herald*, el 8 de junio



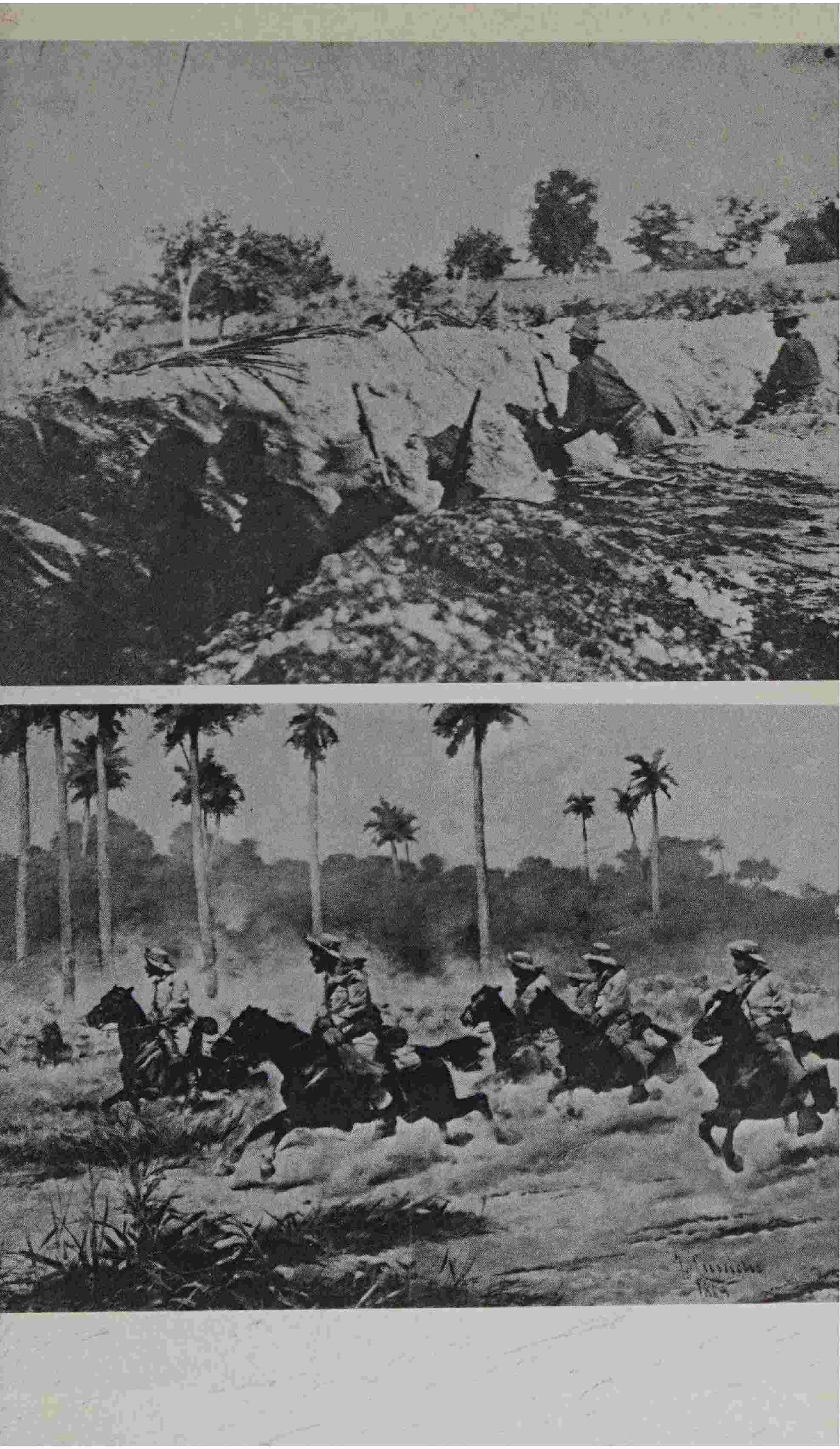
Gobierno de la República de Cuba. Sentados de izquierda a derecha: Domingo Méndez Capote (vicepresidente), Bartolomé Masó (presidente de la República), Manuel Ramón Selva (secretario Gobernación). De pie: Ernesto Fons (secretario Hacienda), Andrés Moreno de la Torre (secretario Estado). José B. Alemán (secretario Guerra)

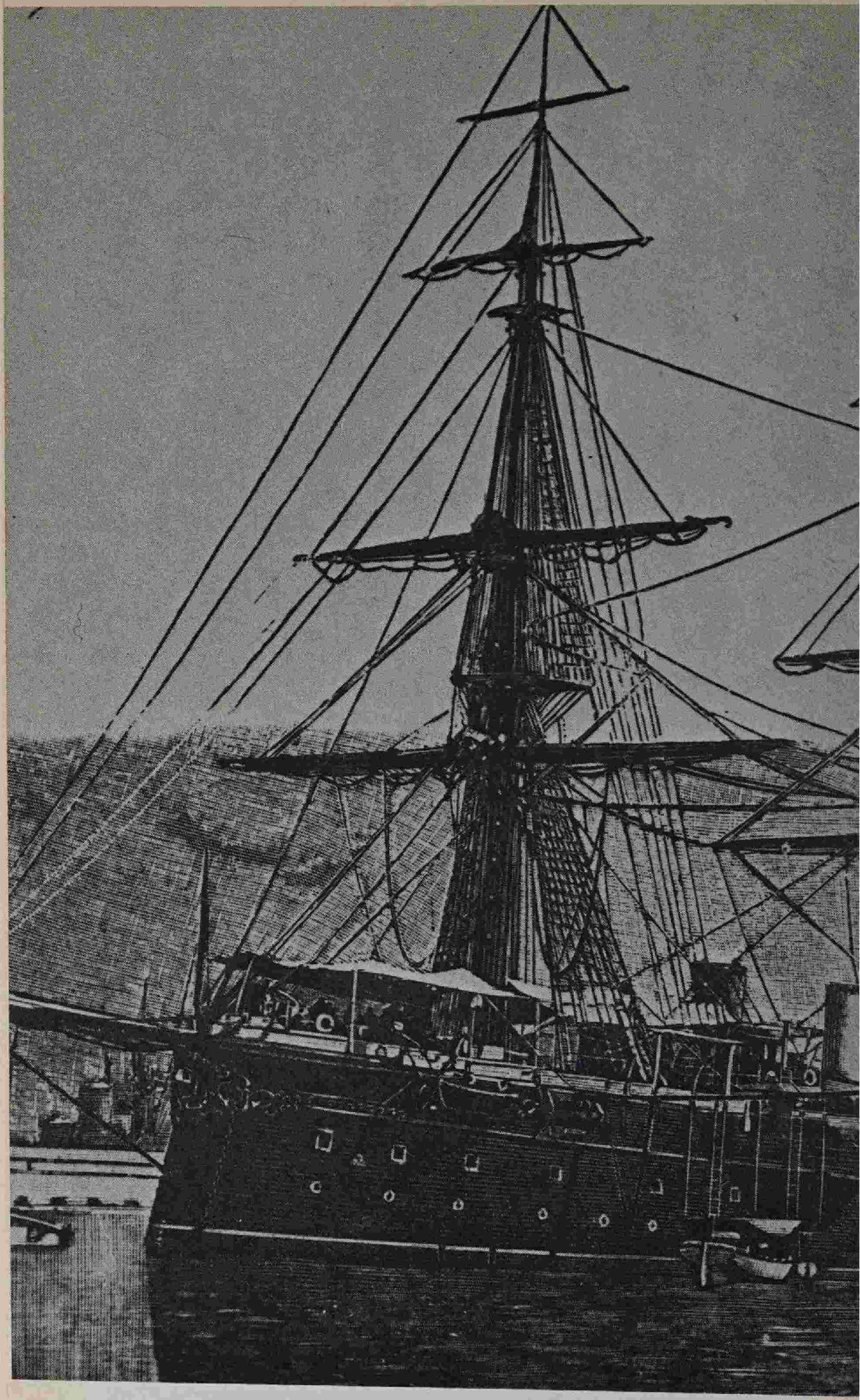
En las páginas siguientes:

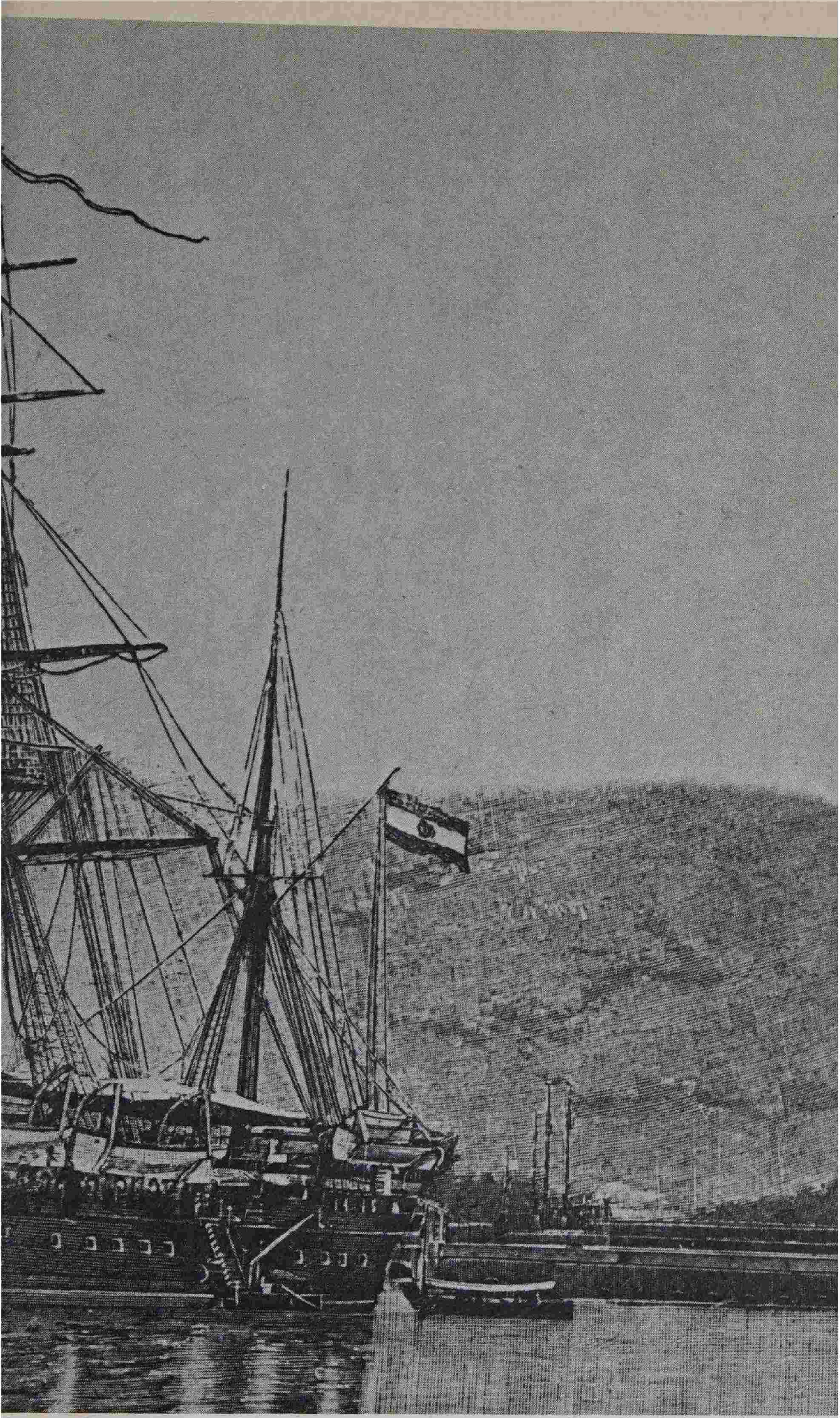
Trinchera de los americanos en El Caney, Cuba, 1898

Tropas coloniales españolas (Cusachs, 1889)

La guerra entre España y los Estados Unidos de Norteamérica. Crucero no protegido "Reina Cristina", buque insignia de la escuadra española en el combate de Cavite







Captura de un patrullero español por los norteamericanos en aguas de Cuba, 1898 (del *Petit parisien*)

V. R. Shafter, jefe del Ejército de invasión en Cuba

El hundimiento del "Maine", en un periódico de Nueva York, que sólo duda entre una bomba y un torpedo, pero desde luego supone una causa exterior de un enemigo

Restos del "Maine", dibujo de Caula

863,956 BOOKS CIRCULATED YESTERDAY

The World.

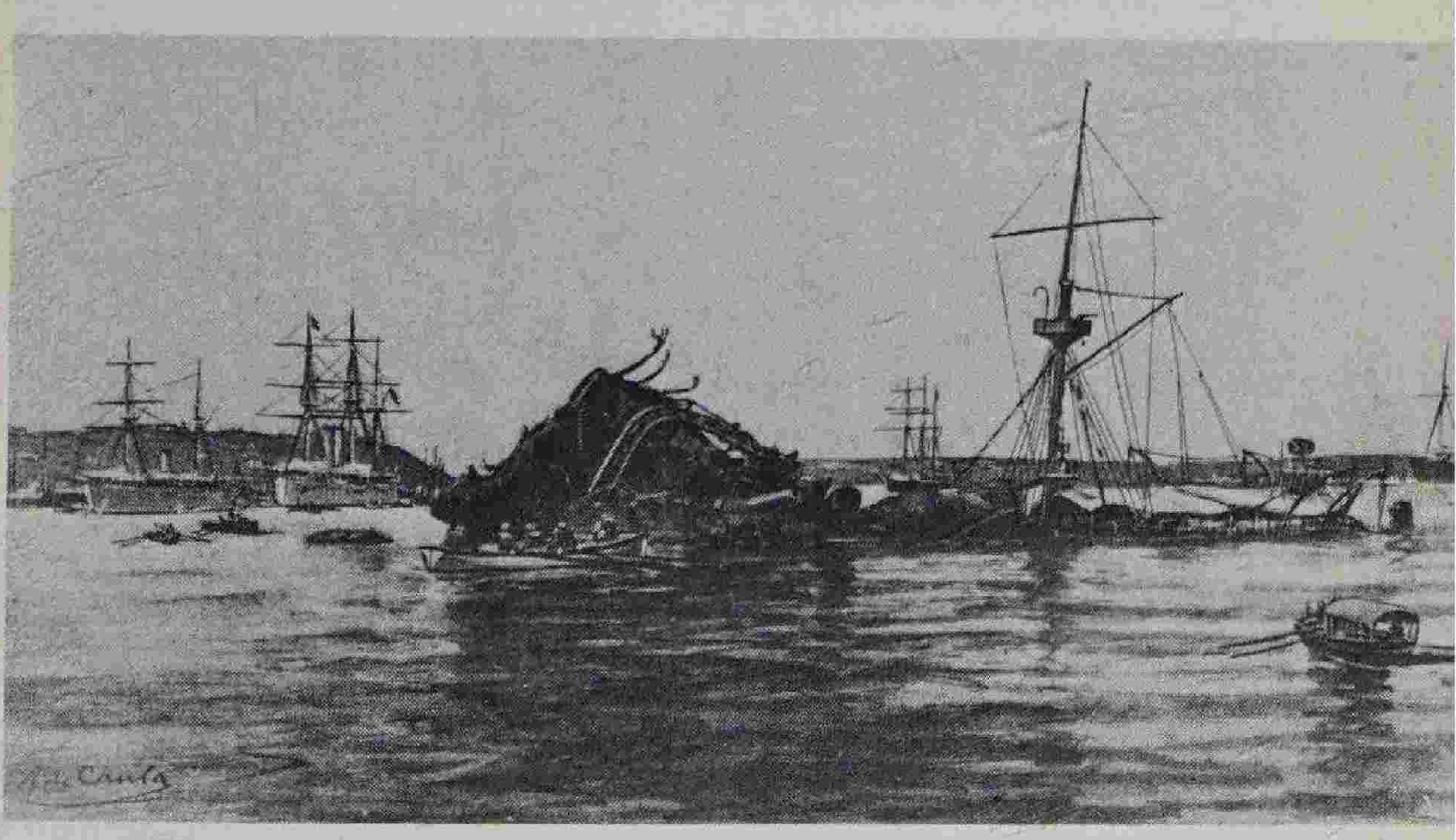
863,956 BOOKS CIRCULATED YESTERDAY

MAINE EXPLOSION CAUSED BY BOMB OR TORPEDO?

Capt. Sigsbee and Consul-General Lee Are in Doubt--The World Has Sent a Special Tug, With Submarine Divers, to Havana to Find Out--Lee Asks for an Immediate Court of Inquiry--Capt. Sigsbee's Suspicions.

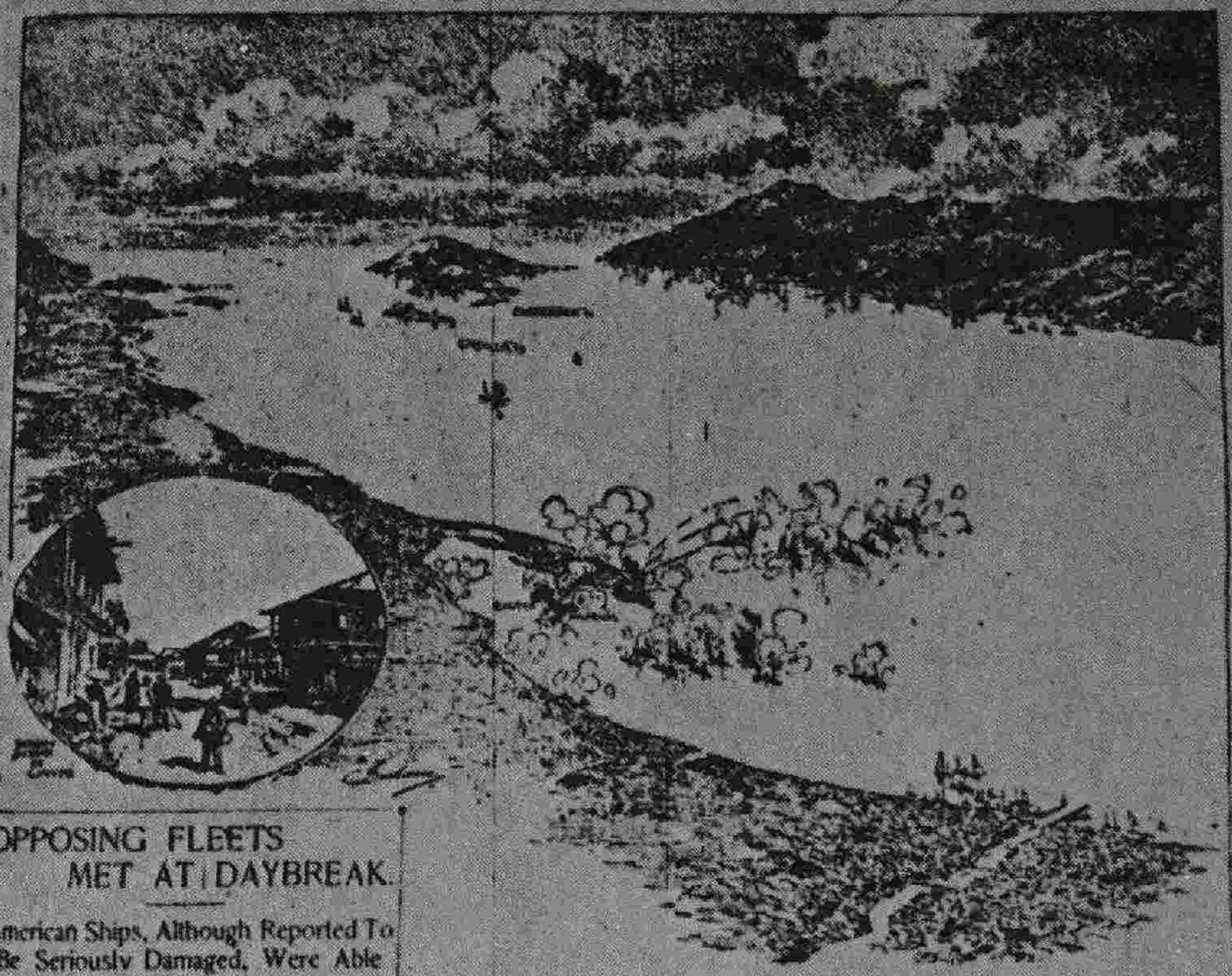
CAPT. SIGSBEE, IN A SUPPRESSED DESPATCH TO THE STATE DEPARTMENT, SAYS THE ACCIDENT WAS MADE POSSIBLE BY AN ENEMY.

Dr. J. C. Pendleton, Just Arrived from Havana, Says He Overheard Talk There of a Plot to Blow Up the Ship--Capt Zalinski, the Dynamite Expert, and Other Experts Report to The World that the Wreck Was Not Accidental--Washington Officials Ready for Vigorous Action if Spanish Responsibility Can Be Shown--Divers to Be Sent Down to Make Careful Examinations.



SPAIN'S ASIATIC FLEET DESTROYED BY DEWEY.

Great Naval Battle Fought Off Manila Sunday Morning, in Which the Two Principal Spanish War Ships Were Burned, a Smaller Cruiser Blown Up and Several Others Badly Damaged--Heavy Loss of Life on Both Sides and Two of the Commanders of the Enemy's Ships Killed During the Two Engagements.



MANILA BAY, SCENE OF BATTLE BETWEEN AMERICAN AND SPANISH FLEETS

OPPOSING FLEETS MET AT DAYBREAK.

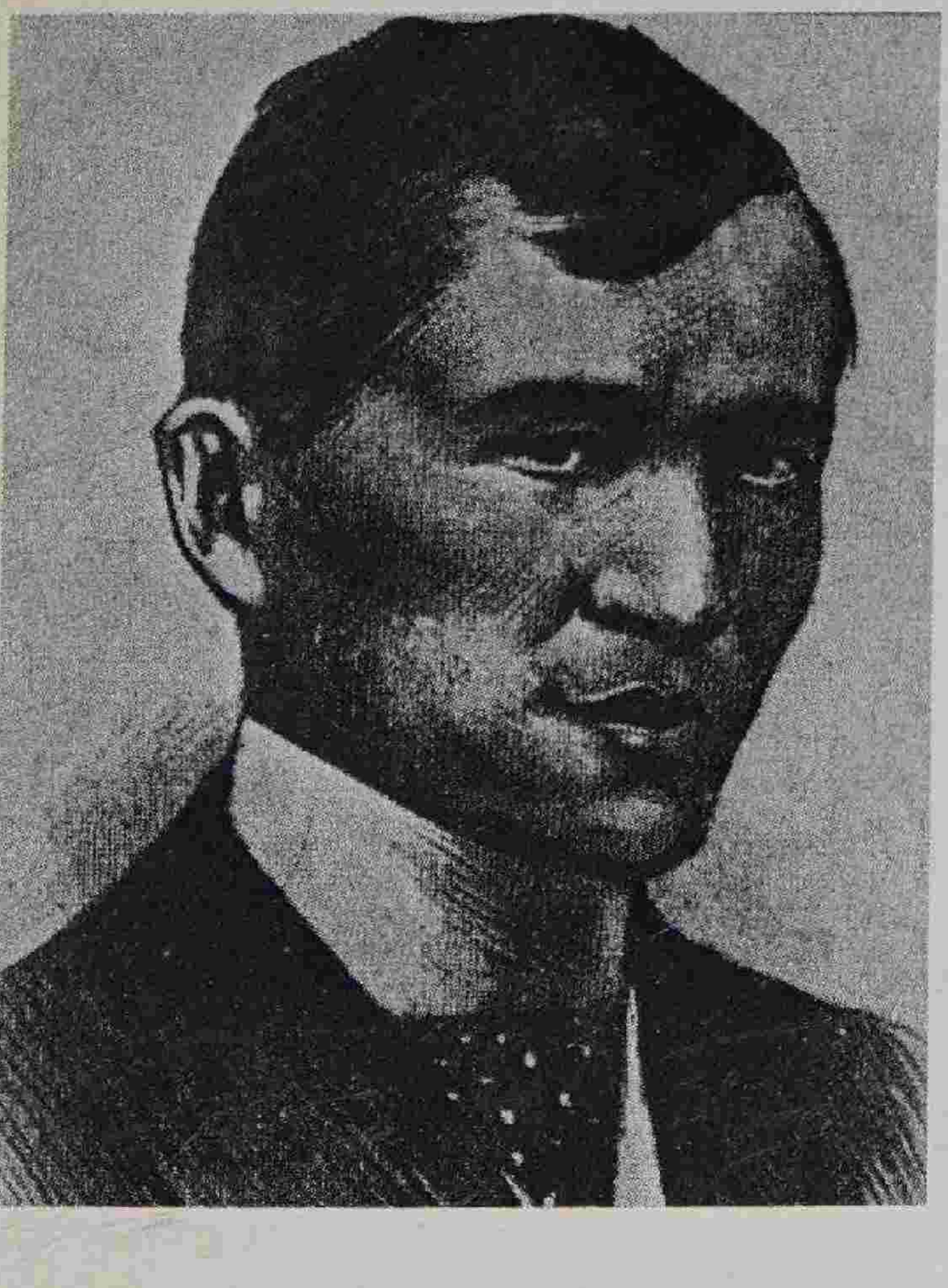
American Ships, Although Reported To Be Seriously Damaged, Were Able to Resume the Attack Under the Guns of Cavite and Manila.

MADRID IS EXCITED.

El desastre de Cavite en la página de un diario de Nueva York

Emilio Aguinaldo, jefe de la sublevación nacionalista filipina

---

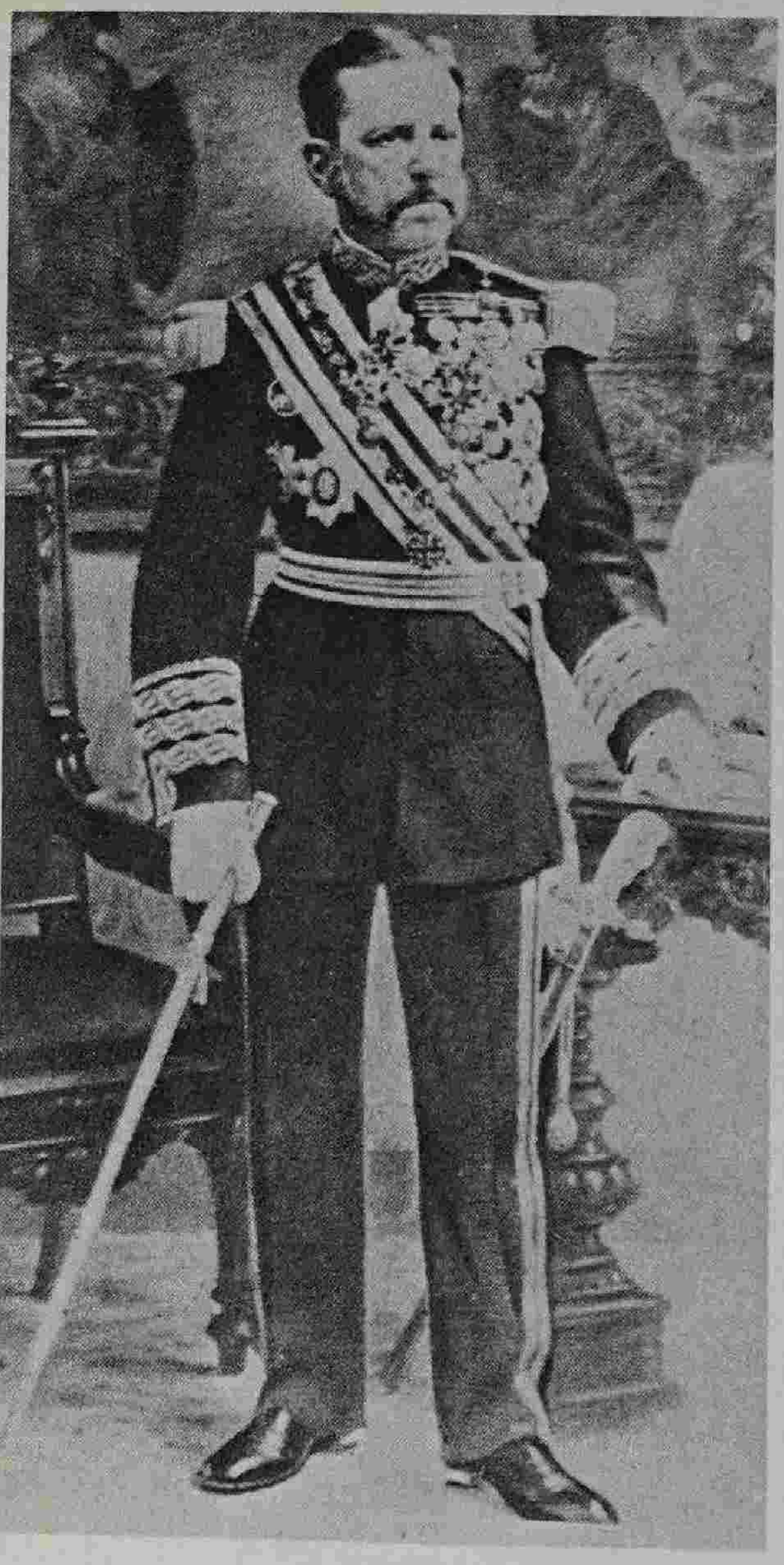


José Rizal, el escritor filipino fusilado por el ejército español

La línea dura...

El general Polavieja, capitán general de Filipinas

El general Weyler



La línea blanda...

El general Fernando Primo de Rivera, sucesor de Polavieja en la capitanía general de Filipinas

---

El general Blanco reemplaza al general Weyler en Cuba